EL POLEMISTA ARRIESGADO

Catorce asedios liberales a Vargas Llosa



Prólogo y edición de
Álvaro Vargas Llosa

DEBATE

El polemista arriesgado

Catorce asedios liberales a Vargas Llosa

Prólogo y edición de
ÁLVARO VARGAS LLOSA

DEBATE

Prólogo[1]

Por Álvaro Vargas Llosa

Julien Benda, el autor francés, es famoso por su libro *La traición de los clérigos*, aparecido en 1927 y tan exitoso y perdurable que aún hoy, un siglo después, se lo cita con frecuencia cuando se quiere criticar la defensa de causas innobles por parte de ciertos intelectuales (no siempre se lo cita bien, empezando por el hecho de que su texto era un alegato contra el abandono, por parte del mundo intelectual y científico, de los grandes valores permanentes como la verdad, la justicia, la razón, en favor de valores más terrenales e inmediatos, es decir, las ideologías políticas centradas en nociones colectivas como nación, clases sociales o partidos). Pero mucho menos conocido, y casi nunca citado, es su otro libro importante, *Discurso a la nación europea*, aparecido en 1933, semanas después de la llegada de Hitler al poder, en el que propugna la necesidad de unir a Europa por encima de sus particularismos nacionales. También aquí opone el mundo de los valores universales, que son los que a su juicio pueden unir a los europeos, a las consideraciones nacionales o los particularismos que causan antagonismos entre los países del Viejo Mundo, y añade algo que me parece pertinente recoger —y rebatir— en estas líneas liminares que sirven de breve presentación al volumen que los lectores tienen en sus manos. Tiene que ver con el papel del escritor, del intelectual, en la sociedad moderna —en cualquier sociedad, por supuesto, no solo la europea—.

Según Benda, Europa se ha apartado de los valores humanistas generales y universales que desarrollaron los antiguos griegos y los

ha ido reemplazando por unos valores nacionales por obra, especialmente, de los escritores alemanes. Esta deriva, que él denuncia como un factor disolvente de la Europa unida con la que sueña, en parte se debe a la sensibilidad literaria. Es la sensibilidad de poetas, narradores y creadores en general la que ha erosionado los valores humanistas permanentes y universales para agitar el espíritu particularista y diferenciador de las diversas naciones mediante el uso de símbolos, imágenes, mitos, que han hecho prevalecer en los pueblos una adhesión a lo propio por oposición a lo ajeno. Son los literatos, con su sensibilidad irracional, casi podría decirse que espiritual, los que han ido alejando a las naciones de esos valores humanistas universales que, en lugar de dividirlas, las unen en un espacio más abarcador que los enclaves delimitados por las pedestres fronteras nacionales. Por eso, dice, las obras literarias «son expresiones de la sensibilidad humana más que de la inteligencia», y hacer Europa es colocar «resueltamente las obras de la inteligencia por encima de las de la sensibilidad». Añade, además, que «Europa será más científica que literaria, más intelectual que artística, más filosófica que pintoresca». Para forjar una Europa unida —por extensión, una humanidad menos corroída por las divisiones nacionales— se necesita más inteligencia fría y racional que sensibilidad y emoción literaria.

El libro que usted está por leer es, sin proponérselo y quizá sin siquiera saberlo, una refutación de las dos grandes tesis de Benda, que por lo demás tuvo razón en muchas cosas y las formuló a partir de una comprobación inobjetable, pues lo rodeaba, no lo olvidemos, el mundo de los fanatismos ideológicos, los populismos incendiarios, los espíritus violentos de los años veinte y treinta, en los que él,

como tantos otros (pienso, por ejemplo, en la desesperación de un Stefan Zweig), veía el hundimiento de la civilización. ¿A qué me refiero? A que la persona a la que rinden homenaje los autores de estos textos, todos ellos dirigentes políticos —y en su día jefes de Estado o de Gobierno de sus respectivos países, con la única excepción de María Corina Machado, que lo hubiera sido si el régimen venezolano no le hubiera impedido competir en 2024—, es en cierta forma la personificación de las tesis contrarias. Mi padre, Mario Vargas Llosa, pertenece a esa estirpe de escritores que han creído siempre en la necesidad de emplearse en el combate cívico —o político, para usar un término desprestigiado— *precisamente* porque veía en la toma de partido aquí y ahora, en la refriega intelectual terrenal, la mejor manera de apuntalar, o mantener vigentes, ciertos valores de la civilización que de otro modo perderían importantes valedores sin cuya participación activa ellos serían más vulnerables frente a la arremetida de los bárbaros. Esa vocación de escritor comprometido ha durado toda una vida: nació quizá cuando, en el último año del colegio, leyó *La noche quedó atrás*, el estremecedor testimonio de Jan Valtin, y acabó en noviembre de 2023, en Puerto Rico, a los ochenta y siete años, el día en que dio su último discurso de contenido político antes de retirarse de la vida pública por razones de salud.

Donde Benda veía en la opción por las causas e ideas políticas una traición de la elevada e intemporal tradición humanística, Mario Vargas Llosa, el polemista arriesgado, ha visto siempre lo contrario: una condición indispensable para la prevalencia de esa misma tradición.

Es cierto que el intelectual francés fustigaba —no hay que perder de vista el contexto de la época— a un tipo de intelectual que se había entregado a utopías políticas peligrosas que amenazaban la vida en sociedad, pero sus conclusiones establecían una frontera infranqueable entre el escritor o pensador que permanecía fiel al mundo de la reflexión humanística alejada de la acción y el que hundía los pies en el fango de la acción política a partir de convicciones ideológicas.

Mario Vargas Llosa, influido, como lo saben quienes están familiarizados con su trayectoria, por una tradición —valga la ironía— sumamente francesa, la del escritor *engagé* (comprometido), fue desde el comienzo un creador, es decir, un hombre definido en gran parte por su sensibilidad literaria. Para él, los valores humanísticos emanaban, sí, de las ficciones, de la vocación de recrear o rehacer el mundo a partir de la imaginación, pero también de la participación del escritor —alerta, activo— en el mundo que lo rodeaba. Ese mundo exigía del tipo de escritor que él se consideraba promover ciertas causas, defender ciertos hechos, personas o ideas, fustigar lo que andaba mal, para que de esa confrontación surgiera, poco a poco, el progreso. La civilización, por tanto, no eran solo un conjunto de valores protegidos de la acción cotidiana, etéreos, encerrados en la torre de marfil: también, indesligables de ellos, ciertos actos, pronunciamientos, dejar constancia pública de sus posturas y convicciones, reaccionar frente a la provocación de la actualidad para dar a esos mismos valores vigencia, carnalidad. En esto, el escritor a quien están dedicadas estas páginas está en las antípodas de la primera tesis de Benda.

También en un segundo asunto medular su vida de literato se aparta de las ideas del intelectual francés, en este caso las que nutren la parte de su «Discurso a la nación europea» referida específicamente al papel del escritor y el nacionalismo. Para Mario Vargas Llosa, a diferencia del intelectual galo, la sensibilidad literaria no es en sí misma una fuente de nacionalismo ni está, por tanto, enemistada con la racionalidad en la que se sustentan los valores universales y permanentes de la civilización. Es verdad que ciertos poetas y creadores contribuyeron, a partir del siglo XVIII y sobre todo del XIX, al surgimiento del nacionalismo mediante sus imágenes y símbolos, y sus apelaciones emotivas a los lazos sentimentales que unen al ser humano con su comunidad, con tu terruño. Es verdad, como dijo Goya, sí, que el sueño de la razón engendra monstruos. Pero también hicieron estragos nacionalistas y colectivistas, aunque de otra manera, los filósofos más racionales, los pensadores más «científicos», los intelectuales más discursivos. Por lo demás, un creador puede contribuir, con el arma de su sensibilidad literaria, a los valores de la civilización mucho más que el más racional de los pensadores, porque, como lo escribió y dijo tantas veces el propio autor de *La fiesta del Chivo*, la literatura apela a la insatisfacción humana agitando en ella el deseo de superación del mundo limitado, empobrecedor, insuficiente, de que se compone la vida verdadera. La literatura forja ciudadanos de un modo más sutil e indirecto que otras disciplinas, y quizá por ello de una manera más profunda. La sensibilidad literaria, a contrapelo de lo que sostiene la tesis de Benda que glosa este prólogo, puede colaborar con la libertad y la civilización de un modo mucho más eficaz, aunque menos directo, que la mente más racional.

Sostener esto no es negar el daño que trajo a la vida moderna el exceso de racionalismo, como se vio a partir de la Revolución francesa. Esa explosión de violencia y abuso de poder fue el apogeo, en cierta forma, de una tradición racionalista que trató, en un momento dado, en Occidente, de incrustar las humanidades en la fría rigidez de las ciencias naturales y acabó instalando el Terror.

Una de las tesis que ha sostenido consistentemente Mario Vargas Llosa es que a la hora de crear uno actúa con todas las zonas de su personalidad, incluyendo las más oscuras y escondidas, las menos racionales y conscientes. Pero, según él, a la hora de intervenir en el debate cívico, de proponer ideas políticas, de convocar a otros ciudadanos a perseguir ciertos objetivos en el orden social, es decir, a la hora de pensar la «ciudad», el escritor debe domar esos instintos oscuros de que está hecha la sensibilidad literaria y actuar preponderantemente con la sensatez, la razón y el conocimiento. Elementos «aburridos» que, si no estuvieran acompañados de la sinrazón a la hora de inventar historias, se traducirían en una literaria sumamente pobre, pero que en la lucha política son indispensables para evitar utopías imposibles y estropicios cruentos.

Este desdoblamiento, esta esquizofrenia entre el literato que a la hora de crear da rienda suelta a su sensibilidad literaria y a la hora de promover causas políticas emplea los otros aspectos de su personalidad, que podríamos resumir en la expresión «sentido común», ha sido una característica central del personaje al que los líderes políticos que conforman este volumen rinden homenaje. Acertado o equivocado (eso lo debe decidir cada cual), es innegable que, a lo largo de su trayectoria como intelectual comprometido, como actor cívico y político, Mario Vargas Llosa ha procurado realizar

un esfuerzo de integridad, es decir, de coherencia entre lo que pensaba, lo que decía y lo que hacía. Esa integridad lo llevó, a menudo, a corregir, modificar, su propio pensamiento y exponer con impudicia su evolución política aun si ello daba armas a sus detractores. Es lo que hizo, por ejemplo, en los volúmenes de que se compone esa vasta compilación de artículos recogidos bajo el título de *Contra viento y marea*. Su evolución desde el socialismo hasta el liberalismo no fue un proceso clandestino sino un acto visceralmente público: digo «visceralmente» en el sentido casi literal de la palabra, pues, cuando mudó sus convicciones, lo hizo de un modo descarnadamente autocrítico, exponiendo sus vísceras. Eso le ganó feroces detractores, pero también, como lo atestigua este conjunto de textos, muchos admiradores que se inspiraron, unos más, otros menos, pero todos en parte, en su defensa apasionada de las ideas de la libertad.

Los jefes de Estado y de Gobierno que aquí reflexionan sobre él —gracias, hay que decirlo, a una iniciativa original del expresidente colombiano Iván Duque— en muchos casos abordan esos dos aspectos de la vida pública de mi padre, el creador y el hombre cívico, poniendo más énfasis en lo segundo que en lo primero, lo que no es de extrañar tratándose de hombres y mujeres de Estado que valoran al Mario Vargas Llosa que pasó décadas propugnando las ideas de la libertad en todos los campos: el político, el cultural, el económico, el religioso, el personal. Eso mismo prueba en cierta forma que se puede, desde una sensibilidad literaria, desde una personalidad poblada de fantasía creadora, ser un realista a la hora de pensar la política, de tomar partido a favor o en contra de ciertas causas cívicas, de arremangarse la camisa y pasar a la acción.

El propio Vargas Llosa ha ofrecido testimonio en muchos lugares de su recorrido ideológico desde el socialismo hasta el liberalismo, y en *La llamada de la tribu*, como lo recuerdan varios de los presidentes autores de estos textos, ha dejado constancia de los pensadores que marcaron la evolución de su pensamiento. Otros pensadores liberales que no figuran allí —pienso en latinoamericanos como el argentino Juan Bautista Alberdi, el venezolano Carlos Rangel, el mexicano Octavio Paz— contribuyeron también a moldear su pensamiento y a terminar de dar forma a unas convicciones que, durante medio siglo, no dejó de poner de manifiesto en innumerables textos, conferencias y actos públicos (y a veces actos de masas), incluyendo los que organizó la Fundación Internacional para la Libertad que él mismo fundó en 2002 junto con amigos liberales de ambos lados del charco.

Todos los autores que aquí comparecen son dirigentes democráticos que llegaron al poder por la vía electoral, que respetaron las formas democráticas mientras lo ejercieron y que, salvando los matices y diferencias de personalidad, y los diferentes resultados de sus gestiones, siempre sujetos a las limitaciones de su tiempo y circunstancia, tienen en común unos valores que están siendo sometidos en estos momentos a una dura prueba, en vista de los populismos que, a izquierda y a derecha, han resurgido con fuerza para amenazar la democracia bajo Estado de derecho, la convivencia pacífica, la tolerancia, la libertad individual, la propiedad privada y los derechos humanos. Quiero pensar, por ello, que mi padre es un pretexto, en estos textos generosos que agradezco en nombre de mi familia, para resaltar la imperiosa necesidad de no cejar en el empeño por mantener vivas las ideas que estos extremos

violentos y bárbaros pretenden expulsar de la ciudad. En la comunidad iberoamericana de donde provienen los líderes políticos convertidos aquí, provisionalmente, en escritores (y algunos haciendo gala de una sorprendente acumulación de lecturas), sabemos bien hasta qué punto los populismos destructores de la civilización, ya sea en sus peores extremos o en sus versiones parciales, han traído sufrimiento, traumas sociales y desarraigos, y han alejado a ciertos países de los grandes ideales que alguna vez parecieron estar al alcance de su mano o que lo estarían si no se hubiesen empeñado en tropezar tantas veces con la misma piedra.

Que estos dirigentes políticos, que por definición son hombres y mujeres de acción, aprecien, como lo hacen en sus textos, el aporte de las artes en general y de la literatura en particular a las instituciones que hacen posible la civilización es una buena cosa. Ellos entienden, y así lo expresan, que la cultura de la libertad es un espacio más amplio que el de las ideas políticas y la acción cívica, y que, sin la contribución de los artistas y literatos, alcanzarla es mucho más difícil. Del mismo modo que un número importante de grandes artistas han contribuido a lo largo del tiempo a prestigiar dictaduras y brindar coartadas al abuso de poder y el autoritarismo, ha habido otros que han dado la batalla contraria. Sospecho que uno de los propósitos de esta colección de testimonios es reconocer eso mismo.

Estas ideas liberales no nacen del fanatismo, ni los políticos convertidos en escritores que aquí escriben sobre mi padre constituyen una iglesia dogmática. El liberalismo está presidido, o debería estarlo, por la constatación de sir Isaiah Berlin de que no siempre los grandes ideales son compatibles entre sí, al menos no

en su expresión máxima, y de que por ello solo la humildad, el respeto del otro y la autocrítica pueden llevarnos a encontrar fórmulas que nos permitan alcanzar el mayor grado de libertad posible sin desbordar el marco de la convivencia pacífica. También cabe recordar a Karl Popper y su idea de la «refutabilidad», pensada para el campo de las ciencias naturales pero válida también en el de las humanidades o ciencias sociales, según la cual toda teoría ha de contener principios que conduzcan a una predicción que debe ser puesta a prueba por una experiencia o medida susceptible de refutarla. El ensayo y el error, no la imposición despótica, es el método que ha conducido a las naciones más exitosas de la Tierra al lugar en el que están y a descubrir las ideas e instituciones políticas que, utilizando como pretexto a mi padre, aquí se defienden.

Quiero, finalmente, agradecer a mis amigos y compañeros de la Fundación Internacional para la Libertad —en especial a Gerardo Bongiovanni, Vanesa Colmegna y Edgardo Ronda— por haber colaborado tan diligentemente en la compilación de este valioso material. Cualquiera que haya participado alguna vez en la elaboración de un libro colectivo sabe el esfuerzo denodado que hay detrás.

París, noviembre de 2024

Introducción

Por María Corina Machado, excandidata a la presidencia de Venezuela

Escribir la introducción de este libro, en el que tantos destacados expresidentes rinden homenaje al maestro Mario Vargas Llosa, es para mí una tarea tan grata como retadora. Por un lado, realmente es un placer repasar los textos que este grupo de grandes amigos y referentes ha preparado para la ocasión. Es una oportunidad única para participar en este diálogo de confidencias, donde emerge la faceta menos pública y más humana de la gratitud y admiración que todos sentimos por don Mario, a quien tenemos la inmensa dicha de contar también por amigo entrañable.

Por otro lado, confieso que hacer un alto en el camino para escribir estas líneas no me resulta fácil, por diversos motivos. Los venezolanos estamos inmersos en la tarea ineludible de hacer valer, ante una tiranía cruel y destructiva, el mandato popular emitido con total claridad en las elecciones del pasado 28 de julio de 2024. A Edmundo González Urrutia, presidente electo de los venezolanos, le correspondía asumir el cargo el pasado 10 de enero de 2025. El desenlace de esta situación constituyó la consumación de un golpe de Estado a la soberanía popular de nuestra nación y un precedente gravísimo para las democracias de la región.

Ante la persecución inclemente de la que somos objeto, y resguardada, como lo estamos casi todos los miembros de nuestros equipos, siento que las veinticuatro horas del día no nos alcanzan para hacer todo lo que sea necesario para salvar a Venezuela y a la región de un proyecto criminal trasnacional que busca socavar los pilares de las democracias occidentales, y que a partir del 28 de julio

de 2024 todos reconocen por su verdadera naturaleza autoritaria y represiva.

El dolor que nos produce la terrible situación de nuestros presos y perseguidos políticos solo puede ser combatido mediante la acción constante, contundente y efectiva para liberarlos. Es preciso mantener a nuestra gente moralizada y movilizada, coordinando además las acciones de los demócratas del mundo entero para que nos respalden en nuestra lucha, que es también la suya.

El camino andado hasta aquí es histórico y constituye una gran gesta ciudadana. En menos de dos años logramos sacar a Venezuela de una decepción y desesperanza generalizadas, derribando las barreras ideológicas, sociales e identitarias que el chavismo procuró erigir durante veinticinco años. Un anhelo común cohesionó a toda la sociedad: *queremos a nuestros hijos de vuelta en casa*. Si me preguntan qué fuerza contagió a los venezolanos, dentro y fuera del país, para sumarse a este poderoso movimiento, les digo sin dudarlo que fue el amor; el amor a nuestra familia, el amor a nuestra tierra y el amor a la libertad.

Tenemos por delante el desafío más grande de la historia contemporánea de Venezuela: retomar el rumbo perdido durante el último cuarto de siglo y reconstruir nuestro país sobre nuevas bases, expresamente orientadas al desarrollo y la consolidación de una genuina democracia liberal. Es mucho lo que ya hemos avanzado en ese terreno, dado que ahora, como consecuencia de la lucha desarrollada en estos años, contamos con un país profundamente unido en torno a valores liberales: la dignidad humana, la responsabilidad individual, la solidaridad, el emprendimiento, la justicia y la libertad.

Una nueva dirección política, dotada de enorme legitimidad y un mandato claro, tiene ahora la responsabilidad de servir a nuestro país en este impostergable proceso de construcción institucional y cultural. La tarea es gigantesca, y nuestra aspiración es que algún día seamos merecedores del elogio que don Mario le dirigió a José María Aznar en la Casa de América de Madrid, tal como él lo relata en sus palabras: el de haber dejado su país mejor que como lo encontró. Todo ello significaría que, en un futuro no demasiado lejano, podremos mirar hacia atrás y afirmar con satisfacción que todo lo que hoy vivimos valió la pena.

Mientras tanto, repaso con gusto las palabras que cada uno de nuestros expresidentes le dedica al común amigo y maestro don Mario. Encuentro en todas ellas anécdotas y confesiones entrañables, así como lecciones e inspiración para continuar con nuestra lucha. Cada texto suele referirse a tres temas ineludibles: la admiración por la obra escrita de nuestro premio Nobel de Literatura; la referencia a su valentía y coraje para desempeñarse en la palabra y en la acción, y la descripción de aquel momento único e irrepetible en que cada uno de nosotros conoció al maestro.

Comienzo por relatar el momento en que conocí personalmente a Mario Vargas Llosa. La primera vez que lo vi fue en Caracas; yo era una más entre sus jóvenes lectoras venezolanas, emocionada al poder escuchar en persona a uno de mis escritores favoritos en aquel evento en el que solo lo pude ver desde lejos.

Pasarían los años, hasta que en 2013 me tocó conducir las relaciones exteriores de la Mesa de la Unidad Democrática. Coincidimos entonces en un acto celebrado en Argentina para conmemorar los veinticinco años de la Fundación Libertad. Llegó mi

turno de subir a la palestra, para lo cual llevaba mis palabras cuidadosamente preparadas. Sin embargo, justo antes de comenzar mi alocución, me topé de repente con la mirada circunspecta y escrutadora de don Mario, sentado allí en primera fila.

Esa mirada me conmovió de tal modo que me hizo dejar de lado lo que tenía preparado. En su lugar me dejé llevar por lo que sentía en aquel momento, describiendo el reto que enfrentábamos los venezolanos durante aquellos meses críticos que transcurrían entre la muerte de Hugo Chávez y la elección presidencial que se disputaban Henrique Capriles y Nicolás Maduro, para la que faltaban apenas unos días. Al culminar, don Mario y yo pudimos (ahora sí) conversar. Y pocos días después pude leer un artículo suyo en el que se refería a aquel encuentro con palabras demasiado generosas.

Sobre la obra de Vargas Llosa, la verdad es que no se me ocurriría pretender escribir un ensayo similar al que Jamil Mahuad nos regala al comentar los textos de don Mario. Para muchos, Vargas Llosa es actualmente el más grande escritor en lengua española; para todos, está sin duda entre los más grandes. Yo solo quiero compartir lo que su obra escrita me ha dejado para la vida.

De entrada puedo decir que la lectura de sus obras fue siempre algo que disfruté con emoción. Siendo todavía casi una niña, cuando vi por vez primera al maestro, ya leía fascinada *La tía Julia y el escribidor* y *La Casa Verde* (ganadora en Caracas del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos). Pero puedo decir también que la prosa de Vargas Llosa ha enriquecido profundamente mi comprensión de nuestras complejas sociedades iberoamericanas, tan maltratadas por tiranos y caudillos, en gran medida porque en su

mirada literaria el valor de la libertad siempre ocupa un lugar preponderante.

En este sentido, Laura Chinchilla nos recuerda unas palabras del maestro en 2013, con las que afirmaba que una literatura totalmente ajena a la política es imposible, y que «la literatura no es un lujo», sino «un instrumento formidable de resistencia a la injusticia y de lucha contra la explotación». Afortunadamente, ese compromiso con los valores más altos no terminó alejándolo del Nobel, como sí le sucedió a Jorge Luis Borges. El valor de su obra, como sucede siempre en el caso de las grandes obras, trasciende largamente los comentarios de la crítica. por eso con cariño y admiración le dice Vicente Fox: «Nunca te faltarán críticos, pero siempre te sobrarán lectores, enhorabuena».

La verdad trascendente suele expresarse en la espontaneidad de los hechos. Prueba de ello es el testimonio que todos nuestros amigos expresidentes aportan en este libro. En las palabras de cada uno se aprecia el modo profundo en que la imaginación creadora de Vargas Llosa ha operado como fuente de poderosa inspiración al servicio de la libertad.

Andrés Pastrana, al igual que nuestros queridos y admirados amigos chilenos Marcelo Rojas y Roberto Ampuero, señala que Mario Vargas Llosa es también un «converso», un hombre valiente a quien el insobornable ejercicio de su conciencia llevó desde posiciones más colectivistas a terminar abrazando el ideario de la libertad. El incidente que propició esa conversión provino, como en el caso de tantos otros intelectuales iberoamericanos, del famoso Caso Padilla, donde quedó claramente evidenciado el horror del castrismo en Cuba. El giro que asumió entonces Vargas Llosa habla con fuerza del

valor de sus convicciones y del poder rector de su conciencia sobre sus acciones.

Ahora bien, el compromiso de nuestro maestro escribidor con lo que Luis Lacalle Herrera llama «la concepción liberal arraigada en la civilización judeo-greco-romano-cristiana [que] constituye la columna vertebral de nuestro mundo» no se circunscribió únicamente a la escritura. Está claro, como dice nuestro amigo del Uruguay, que el principal legado de Vargas Llosa radica en su magnífica obra literaria, pero también coincido con él al apreciar su enorme coraje de saltar a la palestra pública cuando su compromiso con estos valores le hizo considerarlo absolutamente necesario. En esto encuentro también una coincidencia con mis propias vivencias, y con sus correspondientes consecuencias.

Ese compromiso público de Vargas Llosa con el valor de la libertad lo llevó a enfrentar firmemente el populismo. Tal como lo señala Mauricio Macri: «El populista siempre se atribuye la representación de la nación, de la patria y del pueblo. Y, por ende, todos los que piensan diferente pasan a estar en contra de la nación y ser enemigos de la patria y del pueblo». Por su parte, Guillermo Lasso explica que esta amenaza está hoy más vigente que nunca, al señalar que «en la actualidad, el sistema democrático se socava desde adentro, eso es lo que han aprendido los nuevos autócratas para llegar al poder y luego mantenerse». Lo sabemos bien en Venezuela.

Ante semejantes amenazas, Vargas Llosa jamás dudó en asumir la máxima responsabilidad posible ante la historia. Miguel Ángel Rodríguez comenta en su texto las enormes dificultades que entrañaba aquella candidatura presidencial de 1990, tales como

ciertas tradiciones culturales poco proclives a la democracia liberal, la crisis económica y la aguda hiperinflación que se reflejaban en una elevada tasa de pobreza, la escalada de violencia que propiciaban las guerrillas marxistas y, por supuesto, el atrabiliario contrincante.

A pesar de las dificultades, y quizá precisamente por ellas, don Mario asumió el difícil compromiso y representó dignamente a las fuerzas de la libertad y la democracia, que en aquella ocasión no lograron alcanzar la victoria. Se trató, tal como señala Felipe Calderón, de un «acto de bravura y generosidad ciudadana, tan escasas y que tanta falta le hacen a Latinoamérica». Uno más, entre tantos que asumió Vargas Llosa a lo largo de su vida.

Habrá quien reduzca el balance de su actuación política a la derrota electoral que don Mario recibió en la segunda vuelta, pero sobre este particular resuenan con fuerza las palabras de Iván Duque, que me permito citar aquí *in extenso*: «Debido a mi obsesión innata por la política comprendí que la derrota electoral de Vargas Llosa fue una especie de acción del destino para evitar que su pluma se diluyera en el mundo político y que más bien reafirmara su destino indiscutible de asumir la defensa de la libertad y la democracia desde las letras, para afianzar la condición de ser ahora el pensador político más importante de una Latinoamérica que sin contemplaciones suele devorarse a sus héroes».

Tanto Jorge «Tuto» Quiroga como Mariano Rajoy nos recuerdan en este libro el discurso del maestro Vargas Llosa al recibir el Nobel, cuando contó que aprender a leer es lo más importante que le ha sucedido en la vida. De corazón agradecemos sus lectores aquel aprendizaje, a partir del cual la imaginación creadora de don Mario

encontró el vehículo adecuado para manifestarse del modo más fecundo posible.

Su vida y su obra constituyen ya un patrimonio universal, un monumento a la libertad, un tesoro imperecedero que nos lega la pluma de quien, como Cervantes, conoció también las glorias y los sinsabores de la acción. Con una inigualable obra literaria tras de sí, don Mario será siempre fuente de inspiración para quien ame la libertad por encima de cualquier otra cosa.

La libertad como valor supremo y universal

Por Mariano Rajoy, expresidente del Gobierno de España

En el año 2016, el día 29 de marzo, tuve el honor de inaugurar en la Casa de América de Madrid el seminario «Vargas Llosa: cultura, ideas y libertad», que, con motivo del ochenta cumpleaños del escritor, organizó la Fundación Internacional para la Libertad. Yo era entonces presidente del Gobierno de España.

En aquel acto Vargas Llosa estuvo rodeado de diversos líderes políticos que en su día asumieron las más altas responsabilidades de gobierno en sus países. Allí estaban Felipe González, José María Aznar, Andrés Pastrana, Luis Alberto Lacalle, Álvaro Uribe y Sebastián Piñera, que nos dejó hace pocos meses de una manera dramática. En el auditorio de la Casa de América no cabía un alfiler. El mundo de la política, la cultura o el periodismo estaban representados al más alto nivel. Vargas Llosa logró concitar a todos en un mismo acto. Algo que dista mucho de ser fácil.

En mi discurso de entonces recordé unas palabras que Vargas Llosa pronunció al recibir el Premio Nobel de Literatura. Dijo que aprender a leer era la cosa más importante que le había pasado en la vida. Definió la lectura como una forma de magia y afirmó que leer es traducir las palabras de los libros en imágenes, es romper las barreras del tiempo y del espacio. Para él, la lectura convierte el sueño en vida y la vida en sueño.

Sin embargo, Vargas Llosa no ha vivido anestesiado por la lectura, sino azuzado por ella. No se ha contentado con leer el libro del mundo aceptándolo tal cual es, sino que ha querido transformarlo

mediante la fuerza creadora de la palabra, a la que ha añadido el coraje de la acción política.

Mario Vargas Llosa ha cultivado casi todos los géneros literarios, incluyendo el periodismo y la crítica literaria. Entre sus novelas se cuentan comedias, novelas policiacas, novelas históricas y políticas. Es sin duda un excelso escritor que nunca sacrifica el lenguaje, que sabe contar historias. En sus novelas siempre ocurren cosas. De ahí que en 2010 fuera galardonado con el Premio Nobel de Literatura, antes, en 1996, con el Cervantes y en 1986 con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, además de un sinfín de reconocimientos. Siempre impulsando el idioma español hasta el punto de llegar a afirmar, cuando obtuvo el Nobel de Literatura, que dicho galardón lo consideraba como un reconocimiento al idioma español.

Son muchos, sin duda, los que pueden analizar en profundidad su obra literaria y referirse al Vargas Llosa escritor de narraciones entretenidas, alejadas de complejidades, y también de historias ambiciosas que resultan un reto. Yo, en este testimonio, solo pretendo aludir al Mario Vagas Llosa comprometido con lo que sucede en el mundo. Lo hago así porque, como gobernante, he tenido que tomar muchas decisiones y ocuparme de lo que acontecía en mi país y fuera de él. Por eso me voy a referir al Vargas Llosa que nunca oculta su pensamiento sobre aquellas cuestiones que le preocupan; al escritor que opina sobre lo que ocurre, la persona que critica lo que no le gusta, pero que también es capaz de apoyar las decisiones de los gobiernos o de los partidos políticos cuando lo considera justo; el hombre que analiza lo que sucede en la sociedad contemporánea.

Vargas Llosa siempre ha mostrado su interés por la política. La política está en sus discursos, en sus artículos en la prensa, en sus libros. Llegó incluso a ser candidato a la presidencia de Perú en la coalición de centro derecha, Frente Democrático, porque de su inicial adhesión al socialismo de todo tipo, incluido el cubano, transitó hacia posiciones liberales.

Hoy, Mario Vargas Llosa defiende la libertad como valor supremo y universal; dice de ella que no puede encasillarse ni en ideologías ni en fronteras. Su ideario es claro: batallar contra las dictaduras militares, la explotación económica, el hambre, la tortura, la ignorancia; contra la dictadura ideológica, los partidos únicos, el terrorismo, la censura, el dogma.

En España siempre ha defendido aquello en lo que creía. Lo ha hecho con personalidad, con respeto, con claridad. Es un referente para muchas personas, como lo es en toda Latinoamérica.

El reconocimiento hacia su figura y su insobornable independencia de criterio supera con mucho cualquier adscripción partidista. Su perenne compromiso público le ha convertido en un intelectual valiente que no teme cambiar de criterio.

En septiembre de 2007, siendo yo presidente del Partido Popular, participó en el acto de presentación del Partido Unión, Progreso y Democracia, hoy desaparecido. Fue nombrado patrono de honor. Más tarde, cuando mi partido ganó las elecciones y yo fui elegido presidente del Gobierno, apoyó a Ciudadanos, entonces una fuerza política emergente, que hoy tampoco está representada en el Parlamento de la nación.

Pero al mismo tiempo no tuvo reparos en respaldar públicamente la política económica que mi gobierno puso en marcha cuando

accedimos al Gobierno de la nación a finales de 2011. España vivía entonces una terrible crisis económica. La herencia que había dejado el Partido Socialista era desoladora. España tenía entonces todos los desequilibrios macroeconómicos posibles, buena parte del sistema financiero estaba quebrado, el crecimiento económico era negativo y más de seis millones de personas no encontraban trabajo. No fue fácil abordar aquella situación. Hubo que tomar medidas duras, hacer un gran esfuerzo para controlar el gasto público y poner en marcha un sinfín de reformas económicas pendientes desde hacía muchos años. No fueron muchos quienes nos apoyaron entonces, incluso vivimos dos huelgas generales. En aquel momento difícil para España, Vargas Llosa apoyó al Gobierno, lo hizo públicamente, y afirmó la bondad de la política económica que habíamos puesto en marcha. Acertó. El Gobierno no cedió a las presiones y, poco tiempo después, España dejó atrás sus desequilibrios económicos, saneó su sistema financiero, comenzó a crecer con fuerza y el empleo se incrementó a un ritmo de quinientos mil puestos de trabajo por año.

Cuando la política se muestra cada vez más sectaria y excluyente, Vargas Llosa ha sido un permanente ejemplo de lo contrario y lo explicaba así: «Yo estoy bastante cerca del Partido Popular en la política económica, bastante cerca de la posición liberal de la economía que yo tengo, pero es un partido conservador, y en políticas sociales yo no estoy de acuerdo con el Partido Popular en muchas cosas. Yo defiendo el matrimonio gay, la eutanasia, el aborto, la legalización de las drogas. Eso establece una distancia que no está reñida con la amistad, pero sí tengo una distancia política muy clara».

Quiero destacar que, en aquel momento, Mario Vargas Llosa defendió como siempre aquello en lo que creía, y lo hizo con convicción, aplicándose a sí mismo algo a lo que se refirió en el discurso que pronunció en el acto de la Casa de América al que antes aludí: «Lo importante es que esta discusión tenga lugar y se haga de manera educada. Las formas son importantes en la vida política: cuando no se guardan, se fractura la convivencia». Estas palabras pronunciadas en 2016 cobran plena actualidad en la España de 2024, y en otros muchos países. Pero esa es otra historia que no es objeto de reflexión en este libro.

Sí quiero, como español y como gobernante que fui durante largo tiempo, referirme a dos cuestiones que han sido objeto de preocupación de mucha gente en España, en Latinoamérica y en otros muchos lugares del mundo sobre las cuales Mario Vargas Llosa ha tenido siempre una posición clara y firme. Me refiero al populismo y al nacionalismo, dos de las amenazas más fuertes a las que hoy tienen que hacer frente las democracias liberales.

Coincido con Vargas Llosa en su denuncia del populismo como «el camino de la autodestrucción de la democracia». El populismo es una enfermedad política que creíamos erradicada felizmente y que ha resurgido con fuerza en nuestras sociedades occidentales al calor de la crisis económica.

No siempre resulta fácil definir los populismos. En alguna ocasión he señalado que puede considerarse como una forma de hacer política, una estrategia, una técnica de marketing e, incluso, como una mezcla de todo lo anterior. El populismo se presenta con caras distintas, según los países y los momentos. Puede ser de extrema derecha, de extrema izquierda o de nada: puro andamiaje

propagandístico al servicio de un líder mesiánico. Puede carecer de ideología y de doctrina mínimamente elaborada y poner énfasis en algunas cuestiones o en otras, según convenga a sus intereses coyunturales. Su vestimenta es muy variada. Lo mismo puede ser un millonario de Nueva York, un comunista español fascinado por dictaduras tropicales o un ultraderechista xenófobo europeo. No es tarea fácil acertar con una definición que los abarque a todos, pero algunas características les son comunes. El populista siempre se presenta como el salvador del pueblo ignorado y oprimido por sus élites. El adanismo es otra de sus invariables señas de identidad; siempre pone en tela de juicio todo lo construido antes de su llegada al mundo, al tiempo que propone un futuro maravilloso que nunca acaba de llegar. El populista se atribuye el monopolio de la verdad y de los buenos sentimientos como, en general, suele hacerlo la izquierda, pero el populista eleva esta superioridad moral a una nueva categoría. No solo son los buenos, son los justos, y, en aras de «esa justa indignación», cualquier atropello encuentra amparo y disculpa.

El antielitismo, el adanismo, la búsqueda de un enemigo o la promesa de un mundo idílico son sus rasgos más característicos. Pero hay otros dos elementos que a mi juicio son los más amenazadores para el funcionamiento saludable de los regímenes democráticos; me refiero al estilo de liderazgo y al desprecio por la ley y las instituciones.

La cosa empieza por el carisma y termina en muchos casos en el abierto autoritarismo. Si el líder es el único intérprete de la voluntad popular, la voluntad del líder acaba siendo el único motor de la acción política. Así hemos visto muchos casos a lo largo de la

historia. Este es el modelo de Juan Domingo y Evita Perón, también, con los matices que se quiera, el de Castro, Chávez, Maduro, Ortega y otros. Y los de nuevo cuño, entre los cuales el más curioso tal vez sea el de Andrés Manuel López Obrador, que concita en su personalidad política todos los rasgos que definen a este nuevo populismo. Este «mesías tropical», como fue bautizado por Enrique Krauze, se presenta ante sus seguidores cada mañana como un hombre providencial que, en vez de dar cuenta de su gestión, dedica sus «mañaneras» a la propaganda y al señalamiento de críticos, opositores y periodistas. Ejemplos de líderes como estos hay muchos y su influencia es tóxica aun en democracias de larga y consolidada trayectoria.

En Europa, en Estados Unidos y en España este tipo de conductas se ha contagiado a los partidos tradicionales con el consiguiente deterioro en los fundamentos del Estado de derecho. Así asistimos a multitud de ejemplos de desprecio al cumplimiento de la ley o de acoso a los jueces encargados de impartirla; se ocupan políticamente organismos reguladores que debieran ser independientes, se busca y se fomenta la polarización, se miente con descaro a los ciudadanos o se ataca a los medios de comunicación en la medida en que estos suponen otra clase de control democrático del poder.

Sin duda alguna, quienes creemos en la democracia liberal y en los valores superiores que la definen, como el voto, los derechos y las libertades individuales, el Estado de derecho, el imperio de la ley y la división de poderes, entre otros, estamos obligados a defenderla, cada uno desde su responsabilidad. A diferencia de otros intelectuales a quienes se echa en falta en esta tarea, Vargas Llosa

siempre ha estado ahí, siempre ha sido coherente con sus posiciones y valiente para explicar sus cambios de criterio. Nunca se ha arrugado. Tampoco lo ha hecho a la hora de combatir el nacionalismo, uno de los grandes problemas de nuestro tiempo, particularmente de España.

Como español de condición, de vocación y de corazón, Vargas Llosa ha denunciado con admirable convicción la amenaza que representa hoy en día el avance del nacionalismo en Cataluña y País Vasco. Hasta el punto de que, en plena crisis económica, cuando España estaba al borde de ser intervenida por las instituciones europeas y mucha gente vivía con grandes dificultades, llegó a afirmar, siendo plenamente consciente de la gravedad de la situación de nuestra economía, que «la crisis no es el desafío más grave que tiene España en estos momentos. El más inquietante es con respecto al futuro lo que se refiere a la unidad de España […]. Los nacionalismos sí son un grave riesgo para la cultura democrática».

Vargas Llosa ha combatido siempre el nacionalismo, una ideología que ha causado millones y millones de víctimas a lo largo de la historia, y por eso ha calificado de terrible que en el mundo actual «el nacionalismo vuelva a sacar cabeza». Con ocasión de la presentación de su novela *El héroe discreto* en Madrid, Vargas Llosa denunció el hecho paradójico de que el mundo esté viviendo la situación fascinante de la globalización, con el lento desvanecimiento de las fronteras, la integración de distintas culturas, tradiciones y religiones, mientras proliferan reacciones negativas cada vez más particularistas y tribales. Para Vargas Llosa, salir de la tribu es el comienzo del progreso y la civilización. El individuo que se aparta de

la tribu consigue «independencia y soberanía» y gracias a eso se favorece «la democracia, los derechos humanos».

Lamentablemente, la historia reciente de mi país le ha brindado a Mario Vargas Llosa muchas ocasiones para denunciar las perversiones del nacionalismo y sus terribles consecuencias. En 2018, con ocasión de la presentación de *La llamada de la tribu*, afirmó: «Yo no reconozco a la Cataluña de hoy en día. Viví allí en los años setenta, cuando los españoles iban para sentirse europeos. Era la capital de la cultura en España. Los catalanes querían la democracia, de la independencia solo hablaban cuatro gatos. El nacionalismo catalán es un monstruo antidemocrático, es una gran fuente de racismo y violencia, es una ideología tóxica, una fabricación fetiche que no tiene nada que ver con la historia ni la realidad social. Tengo la esperanza de que haya quedado atrás y que los catalanes entiendan que el nacionalismo es un anacronismo».

No mucho tiempo después, en enero de 2019, pocos meses antes de la celebración de las elecciones municipales en el conjunto de España, en las que Mario Vargas Llosa respaldó la candidatura del ex primer ministro francés Manuel Valls, apoyada por Ciudadanos, para el Ayuntamiento de Barcelona, asistió en esa ciudad a la Convención Nacional del Partido Popular. Allí, además de felicitar al presidente popular Pablo Casado por el «empeño y el brío» con los que había asumido la dirección del Partido Popular, avisó a los nacionalistas catalanes de haber convertido a Barcelona en «una ciudad provinciana que se mira el ombligo, ya que el nacionalismo le impide ver más allá de sus narices». Afirmó que «a esa Barcelona tenemos la obligación de salvarla, rescatarla y devolverle esa hegemonía cultural que ejerció durante muchos años», y animó a todos a dar la

batalla electoral y de las ideas, frente «al gran peligro para esa España moderna y próspera» que es el nacionalismo.

Más recientemente, con ocasión de la celebración del día del Libro en 2021, participó en un coloquio sobre lengua y cultura en el que, una vez más, y fueron muchas, volvió a confirmar sus convicciones sobre lo que significa el nacionalismo. Señaló el enorme privilegio que tienen los catalanes de poder leer y escribir en dos lenguas, y que, si «algo caracteriza a Cataluña, es la universalidad, al proyectarse más allá de las fronteras». Manifestó también que «el nacionalismo catalán no es distinto de otros nacionalismos», que todos «suponen una pérdida de perspectiva, que te encierran y confinan como en una especie de cárcel» y que «el nacionalismo y la cultura no se llevan bien. Y además son incompatibles. La cultura es un campo más ancho».

Vargas Llosa, como amante que es de la libertad, la ha defendido en un sinfín de ocasiones de uno de sus mayores enemigos, el nacionalismo. Yo comparto su pensamiento sobre esta cuestión. Creo que aquí su juicio es particularmente certero. Los territorios no están por encima de las personas, ni los llamados e inexistentes derechos colectivos pueden prevalecer sobre los auténticos y sagrados derechos individuales. Sin embargo, esa y no otra es la aspiración real del nacionalismo, imponer una idea de nación, de raza, de lengua sobre los derechos inalienables de los individuos y en especial sobre su libertad.

En mi país lo hemos podido comprobar de forma dramática en los últimos años, cuando el independentismo catalán desafió el orden constitucional español en 2017 y trató de pisotear los derechos de la mitad de los ciudadanos catalanes no independentistas. Mario

Vargas Llosa volvió a estar con ellos en Barcelona en una manifestación histórica. Mi Gobierno, con un grandísimo consenso político y social, se vio obligado a cesar a la totalidad del Gobierno de la Generalitat y asumir sus competencias. Poco tiempo después los Tribunales dictaron duras sentencias de cárcel contra los responsables de aquella intentona independentista. No fueron condenas a su ideología sino a sus conductas, a unos delitos indiscutibles por la violación continuada de nuestras leyes, la desobediencia sistemática al poder judicial y la declaración unilateral y rotundamente ilegal de la independencia de Cataluña. Por desgracia, esta historia tan reciente aún no ha llegado a su final. El actual ejecutivo socialista, que, tras perder las elecciones, accedió al Gobierno de la nación con el apoyo de la extrema izquierda, comunistas e independentistas, ha indultado a los golpistas y, lo que es peor, ha accedido a sus peticiones, presentando una ley de amnistía que viene a suponer la condena de la democracia española en la ejemplar respuesta que dio a aquel desafío. Una ley que rechaza la gran mayoría de la sociedad española y que va a provocar un enfrentamiento institucional sin precedentes; en consecuencia, una ley radicalmente contraria a la contención institucional sobre la que se fundamentan las democracias liberales.

No quisiera poner fin a este testimonio sin volver a afirmar que la democracia liberal es el mejor modelo político para convivir. Como bien señaló en su día Jean-François Revel: «Incluso escarnecida, la democracia se ha impuesto a todos como valor de referencia». A todos, cada uno desde la posición que ocupe, nos compete su defensa. La inacción no es aceptable. Vargas Llosa cumplió y cumple

con su obligación de dar la batalla frente a los enemigos de la democracia. Le debemos gratitud también por esto.

El legado de Mario: el compromiso contra el populismo

Por Mauricio Macri, expresidente de la Nación Argentina

Expresar con palabras lo que Mario Vargas Llosa ha significado para mí es todo un desafío, y estoy honrado de tener la oportunidad de hacerlo. Agradezco sinceramente a quienes tuvieron la brillante idea de este emotivo homenaje.

La razón de mi profunda admiración por Mario radica en su incansable promoción del ideario liberal, un compromiso que ha marcado no solo su obra literaria, sino también su activismo y liderazgo intelectual a lo largo de los años.

Desde temprana edad, sus obras han sido una fuente de inspiración y reflexión para mí. Recuerdo claramente mi primer encuentro con la pluma magistral de Mario a través de *Pantaleón y las visitadoras*. En ese entonces, era un joven poco afecto a la lectura. No recuerdo cómo llegó ese libro a mis manos, pero sí que no pude dejarlo hasta terminarlo.

A lo largo de los años, tuve el privilegio de disfrutar de muchas de las joyas literarias que Mario ha brindado al mundo, como *Travesuras de la niña mala*, *La tía Julia y el escribidor* y *La fiesta del Chivo*. Si bien cada una de sus obras me cautivó con su brillantez narrativa y representó para mí un desafío intelectual, el impacto de Mario en mi vida trasciende lo puramente literario.

Su valiente incursión en la política, en especial durante aquella histórica campaña por la presidencia del Perú, que representó la derrota más exitosa que yo haya visto, dejó una huella imborrable en mi conciencia política y en mi compromiso con la defensa de la libertad y el progreso. Su participación y sus ideas tuvieron un

impacto duradero y contribuyeron a enriquecer el debate democrático en Perú y en el mundo.

Recuerdo con emoción el día en que tuve el privilegio de conocer personalmente a Mario. Fue durante un evento de la Fundación Internacional para la Libertad en Perú, al que fui invitado a participar como jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde donde ya batallaba por nuestras ideas liberales. El simple hecho de ser distinguido por él fue un momento de alegría y gratitud que aún guardo con afecto en mi memoria.

Desde aquel encuentro, nuestra relación evolucionó y se transformó en un ferviente apoyo durante mi batalla hacia la presidencia de Argentina. En esos años el cambio había sido una de mis banderas de campaña y un atributo esencial de quiénes éramos como proyecto político. Y contar con el apoyo de Mario fue importante para mí. Yo sentía que no podía ser el *statu quo*, porque el *statu quo* siempre tenían que ser ellos, las corporaciones, el peronismo, los empresarios que no compiten, los sindicalistas que no dejan competir.

Todo cambio, cuando llega, moviliza. Ejemplo claro de esto es la tensión que se vive hoy en el mundo con la vorágine que trae la disrupción tecnológica, los cambios a los que nos empuja. Las emociones de fascinación y miedo provocan una dualidad que convive en el ser humano, generándole contradicciones y tensiones.

Si el mundo está en una transformación permanente, con el atraso y el nivel de pobreza que tiene Argentina, el país debiera estar a la cabeza de los que lo acepten como una lógica de vida. Sin duda tiene que ser una transformación cuidada, que incluya, pero sabiendo finalmente que siempre es un desafío y que, como tal,

genera vértigo. No es sencillo. Por eso reconozco la enorme valentía y el coraje de los que se animaron a proponer la sustitución del modelo imperante en las elecciones presidenciales de 2023.

Mario no solo ha sido un amigo, sino también un gran apoyo en mi batalla por la preservación de los valores e ideales que compartimos. Sus consejos, su honestidad y claridad de pensamiento han sido una guía para mí. Recuerdo que en uno de sus libros, *Sueño y realidad de América Latina*, Mario planteó una reflexión que tuve presente durante mis años como presidente: «Lo que ahora necesitamos es que América Latina lleve a cabo en el ámbito político y social las mismas proezas que sus creadores han realizado en el dominio de la literatura, la música y el cine; para ello se necesita menos delirio y más sensatez y racionalidad».

Creo que las democracias de nuestra región enfrentan un enorme desafío de liderazgo. No serán los líderes paternalistas tradicionales del siglo XX los que saquen adelante a nuestros países. Necesitamos el tipo de liderazgo democrático que sabe hacia dónde ir, empoderando a los ciudadanos para desarrollar su potencial. Con una mirada del desarrollo que se adapte a las necesidades del siglo XXI, que entienda la interdependencia y los efectos disruptivos de la innovación tecnológica.

En una de nuestras conversaciones con Mario hablamos de que el destino de América Latina depende de todos los latinoamericanos. Tenemos, como continente, todo para desarrollarnos: capital humano, poblaciones jóvenes con talento, acceso bioceánico, recursos naturales para producir alimento y energía de formas más sustentables que en otras partes del mundo. Lo que nos falta es integrarnos más entre nosotros y con el mundo.

Soy optimista porque los primeros en entender que los desafíos son globales y que requieren de integración son los más jóvenes; ellos ya están integrados a través de las redes con el resto del mundo. Si seguimos ese ejemplo, somos un continente imparable. Sigo esperanzado con que América Latina pueda ocupar su lugar en el mundo, un lugar relevante y protagonista.

El legado de Mario para todos los que estamos en esta lucha ha sido inmensurable. A través de sus palabras y acciones, ha demostrado que la libertad es un valor digno de defender y que nunca debemos dar por sentado. Los impulsos y atropellos autoritarios son inherentes a la naturaleza humana, y en tiempos de incertidumbre y turbulencia política la voz de Mario nos recuerda siempre la importancia de la defensa incansable de la democracia y la lucha contra el populismo.

La democracia no debe darse nunca por supuesta ni definitivamente establecida, implica un camino de construcción constante y ambicioso. La ley y las instituciones son creaciones de un pueblo que ha decidido otorgarse un gobierno democrático. Cuando un pueblo construye una nación, la democracia es el programa permanente de cambio que hace que esa nación se vuelva posible.

Coincido con Mario en que el principal enemigo de la democracia es el populismo, al que él llama una enfermedad escurridiza difícil de enfrentar. No es fácil encontrar una definición única de populismo. Paradójicamente, todos sabemos qué es lo que encierra esa palabra. El populismo puede disfrazarse de cualquier ideología. Pero su base es siempre la misma: el despilfarro en el presente de los recursos de una nación en nombre de una supuesta satisfacción del pueblo que

siempre es incontrastable con la realidad. El populista siempre se atribuye la representación de la nación, de la patria y del pueblo. Y, por ende, todos los que piensan diferente pasan a estar en contra de la nación y a ser enemigos de la patria y del pueblo. Los argentinos, que hemos atravesado décadas de populismo, sabemos muy bien de qué se trata.

Su mayor éxito en estas décadas es haber inyectado en el sistema sanguíneo el virus de la resignación: no esperar nada y no desilusionarse cuando nada ocurre. El populismo pregona el sometimiento y se alimenta de la resignación. La resignación no viene de un día para otro. Son décadas de desinterés, de abandono, de negligencia, de «da lo mismo».

Con toda ligereza, el dirigente populista acostumbra a satisfacer lo que él mismo define que son los deseos de la gente. La cuestión, por supuesto, es que más allá de los discursos altisonantes los problemas siguen estando allí. Como ingeniero aprendí que la solución de problemas complejos requiere una mirada compleja.

El populismo siempre cree que el mundo es un territorio enemigo y una amenaza. Y, como es imposible escapar a la ley de la entropía, vemos cómo aquella confianza que se fue construyendo al más alto nivel y también al nivel de los gobiernos locales se puso rápidamente en jaque. Destruir confianza internacional tiene costos difíciles de medir, pero sin lugar a duda son altos.

Conozco las responsabilidades de gobernar y conozco el desafío de hacer una oposición constructiva y responsable. Y también sé que hay valores que deben ser defendidos cuando son amenazados. Hoy puedo decir que guardo entre mis grandes alegrías, frente a los

inevitables sinsabores de la política, el haber compartido con Mario años de palestras y eventos juntos.

Las largas conversaciones que hemos compartido sobre los principios de libertad, la importancia de defender la democracia y el desafío de combatir el populismo han dejado una marca no solo en mi visión política, sino también en mi forma de entender la vida. Estas reflexiones han fortalecido mi compromiso con estos valores fundamentales, inspirándome a seguir defendiéndolos con determinación.

El legado de Mario va a perdurar más allá de las páginas de sus libros y va a seguir iluminando el camino de aquellos que, como yo, buscamos construir un mundo más justo, libre y próspero para todos.

La inmensidad de un pensador liberal

Por Guillermo Lasso, expresidente de la República del Ecuador

Conocí a Mario Vargas Llosa en 2014, en Madrid. Cenaba en un restaurante con el expresidente de Chile, Sebastián Piñera, y llegó Mario a sentarse en la mesa de al lado. Sebastián nos presentó, intercambiamos unas cuantas palabras y desde entonces tengo el honor de ser su amigo.

Debido a mi relación con la política, he puesto más atención al pensador liberal por su profunda comprensión de la democracia como el sistema político que nos permite a los ciudadanos vivir de acuerdo con nuestras creencias y nuestros valores sin mayor intervención del Estado. Más de una vez Mario ha dicho y escrito, como en *La llamada de la tribu*, que «con todas sus imperfecciones, que eran muchas, la democracia al menos reemplazaba la arbitrariedad por la ley y permitía elecciones libres y partidos y sindicatos independientes del poder».

Con esa visión, lo acompañé a varios eventos sobre defensa de la libertad en América Latina, organizados por la Fundación Internacional para la Libertad, en esos años tan aciagos para nuestra región en los que esa corriente perniciosa llamada «socialismo del siglo XXI», hoy «nuevos progresismos», tenía fuerte presencia.

Para Mario, la democracia trata de los derechos humanos, de la libertad de expresión y de la diversidad política, en oposición total con el comunismo autoritario que gobernó en el siglo XX y con los déspotas de la nueva izquierda de América Latina que han llegado al poder en el nuevo siglo, reinaugurando las absurdas disputas contra Estados Unidos, el «imperio», y los falsos nacionalismos que aúpan

la violencia y que implican el estancamiento o el retroceso de nuestras naciones.

En nuestras conversaciones, Mario siempre ha tenido muy presente a Ecuador. Conoce la historia de mi país y, entre tantos hechos, le impresionó que un solo hombre, José María Velasco Ibarra, hubiera ganado cinco veces la presidencia de la República. De los temas recientes, la libertad de expresión es el que más le llama la atención. Él conoce bien la persecución a la que estuvo sometida la prensa ecuatoriana durante diez años consecutivos (2007-2017). En su momento, me dijo que Ecuador tenía la urgencia de derogar esa ley y quitarles a los periodistas y a los medios de comunicación la amenaza latente de un juicio o una multa económica que pudiera asfixiarlos hasta que retrocedieran o fracasaran.

Apenas llegué al Gobierno, uno de mis primeros actos como presidente fue derogar el reglamento a la Ley de Comunicación y presentar de inmediato, ante la Asamblea Nacional, un nuevo proyecto que reformaría la existente, apegado a la Declaración de Chapultepec. Cuando Mario estuvo en Guayaquil, en 2018, le dije que ese era uno de mis compromisos con la democracia ecuatoriana. Hoy, seis años después de esa conversación, puedo decir que cumplí no solo con Ecuador, sino con ese gran hombre que apoyó mi camino para llegar a la presidencia de la República.

Las causas de la libertad y de la democracia siempre han movido a Mario Vargas Llosa. En la campaña electoral que me llevó a la presidencia, en 2021, grabó un vídeo en el que me honró al reconocerme como la opción que representaba la defensa de la libertad. Mario siempre ha apoyado los proyectos políticos que

representan la opción que pueda frenar el avance de esos grupos que se alinean a la izquierda, muy cercana al comunismo, ambiciosa de poder, despótica y corrupta. Sobre su país, estaba seguro de que Pedro Castillo representaba la nueva cara del autoritarismo, y tuvo razón: Castillo dio un golpe de Estado que felizmente no prosperó y que le costó su libertad en el contexto de una reacción institucional del Congreso Nacional y del sistema de justicia peruanos.

Mario es una de las voces más claras contra el chavismo desde que surgió en la arena política. A tiempo advirtió sobre el peligro que representaba Hugo Chávez no solo para Venezuela, sino para toda la región: «Hay tendencias populistas y la que representa sobre todo esa tendencia es Venezuela, con una capacidad de desestabilización de la democracia muy grande», dijo en 2009. Una vez más, el tiempo le dio la razón. América Latina se subió en el tren del nuevo socialismo sobre la base de dogmas y mentiras con los que engañó a millones de ciudadanos.

La situación de Venezuela nos duele a todos los demócratas que vemos sufrir a un gran país a causa de un grupo político que no está dispuesto a dejar el poder ni permitir que elecciones libres decidan su futuro. El apoyo frontal a María Corina Machado, la candidata de la oposición que obtuvo el 93 por ciento de los votos en primarias el octubre de 2023, es una gran demostración de que la opción democrática es siempre la opción de Mario Vargas Llosa. Sin embargo, es justo decir que en el caso de Venezuela, y en el de todos los países latinoamericanos, no es el apoyo a las personas por sí mismas, porque son sus amigas o le agradan, se trata de la defensa de la democracia como el sistema que puede garantizar que los ciudadanos vivan en libertad y puedan forjar su futuro en

condiciones dignas, lejos de un poder corrupto y criminal dominante desde los balcones presidenciales.

El honor de tener su amistad también me ha permitido recibir lecciones de cómo un hombre universal, culto, exitoso, un premio Nobel de Literatura, es capaz de una inmensa sencillez. Con él es posible hablar de política, de economía, de historia, de cualquier tema, porque todos los temas le vienen bien gracias a la frescura de su vigorosa cultura sobre el mundo y los asuntos humanos. Siempre quise que viniera a Ecuador, que hablara con los jóvenes de mi país, que les diera ese empuje para luchar por las libertades. En noviembre de 2018 se materializó mi sueño y el colosal Mario Vargas Llosa, con su calidez humana y su brillantez de genio, dio una conferencia en la Universidad Espíritu Santo, donde, además, recibió un doctorado *honoris causa*.

Con mucha emoción, más por los jóvenes universitarios que por mí, le escuché decir con su coloquial sabiduría que «creemos en la libertad y estamos seguros de que nadie tiene siempre la razón. Todos estamos expuestos al error y por eso es central que en una sociedad la libertad presida todas las actividades de sus instituciones y de sus ciudadanos». Como buen liberal, también se refirió a las limitaciones al poder para impedir que se cometan excesos que puedan violentar derechos humanos y afectar la democracia: «El poder, si no tiene frenos, si no encuentra unos límites que no puede trasgredir —explicó—, tiende a convertirse en autoritarismo y en totalitarismo». De la ausencia de estos límites, los latinoamericanos podemos dar cátedra, porque hemos vivido en carne propia lo que significa que los gobiernos crucen la raya: pérdida de libertades y conculcación de derechos.

De esa ocasión también destaco su optimismo por la democracia: «En América Latina —dijo—, no debemos ser pesimistas, las cosas están mejor que hace treinta o cuarenta años, sin duda, cuando gobernaban dictaduras militares». En gran parte coincido con su visión, pues las fuerzas militares ya no son las principales figuras políticas y las únicas responsables de desapariciones y crímenes de lesa humanidad. En la actualidad, el sistema democrático se socava desde adentro, eso es lo que han aprendido los nuevos autócratas para llegar al poder y luego mantenerse. Ellos son expertos en discursos plagados de posverdades y gobiernos caracterizados por el populismo, la corrupción, la impunidad y la violencia. El populismo tiene una gran capacidad de polarizar para que las sociedades se rompan desde dentro: divididas en dos, atrapadas en odios y resentimientos, son esclavas de una esperanza que nunca se concreta porque el populismo favorece únicamente a quienes gobiernan y a sus socios que lo aúpan.

Los gobiernos autoritarios, no solo de nuestra región, sino de varios países de Occidente, han llegado al poder por la vía electoral. Rompieron con el molde de los golpes de Estado a través de las armas y crearon uno nuevo que implica minar el sistema democrático rehaciendo constituciones a su medida, controlando a los medios de comunicación, construyendo falsas narrativas, persiguiendo a los opositores políticos hasta llevarlos a la cárcel, al exilio o a la muerte. Los ejemplos más claros los tenemos en Venezuela y Nicaragua. Hemos sido testigos de cómo jóvenes estudiantes, líderes políticos, religiosos y de la sociedad civil han sido despojados de su libertad, de su derecho a la nacionalidad, incluso de su derecho a la vida, o han sido expulsados de sus países por

oponerse, protestar y pensar diferente a los autoritarios que los gobiernan.

Siempre recuerdo al gran escritor nicaragüense Sergio Ramírez, premio Cervantes, a quien Daniel Ortega le quitó su derecho a la nacionalidad. Ortega y Ramírez lucharon juntos contra la dictadura de Somoza y al final corrieron por caminos diferentes: Ortega se convirtió en el nuevo dictador y Ramírez en un hombre querido y respetado por el mundo.

Como era de esperarse, el mundo libre reaccionó indignado ante esta ignominia del régimen nicaragüense con una misiva de protesta y, por supuesto, Mario Vargas Llosa estuvo entre los firmantes que demandaban a la comunidad internacional «que se pronuncie y asuma un papel activo en todas las acciones que puedan llevar al cese de los abusos y las violaciones a los derechos humanos cometidos por el régimen Ortega-Murillo». Con humildad, pero siempre con mi convicción por el respeto a los derechos y a las libertades, en mi calidad de presidente le conferí la nacionalidad a Sergio Ramírez; él es hoy un ecuatoriano que llevamos en el corazón.

La fuerza del populismo es avasalladora, pero las democracias son más fuertes, y, aunque siempre sentimos la angustia de que se debilitan y retroceden, es bueno tener presente el pensamiento de Mario. Regreso a un artículo que escribió en el diario *El País* de España, en 1991, titulado «El oscuro vidriero». No lo leí en su momento, sino varios años después cuando publicó una recopilación de sus mejores artículos en su libro *Desafíos a la libertad*. Una reflexión aleccionadora sobre cómo el sistema democrático es el único escenario que posibilita a las personas honradas y a los

buenos funcionarios públicos combatir la corrupción y el crimen en todas sus formas.

«El sistema democrático —escribió— no garantiza que la deshonestidad y la picardía se evaporen de las relaciones humanas; pero establece unos mecanismos para hacerles frente, minimizar sus estropicios en la vida social, detectar, denunciar y sancionar a quienes se valen de ellas para escalar posiciones o enriquecerse, y, lo más importante de todo, para reformar y perfeccionar el sistema de manera que cada vez aquellas armas entrañen más riesgos para quienes las usan».

Cuando escribo este texto, Ecuador atraviesa un baño de verdad que nos ha sacudido las entrañas: la fiscal general de la nación, Diana Salazar, una mujer honesta, valiente y decidida, ha demostrado que el narcotráfico ha establecido grandes alianzas con partidos políticos ecuatorianos y funcionarios del sistema judicial para hacer negocios y gozar de impunidad.

Precisamente, se trata de los mismos actores políticos que obstruyeron de forma permanente mi gobierno, y son los mismos actores a los que les impedí recuperar por asalto el poder al disolver de forma constitucional la Asamblea Nacional. Sin sorpresa, son los mismos actores que en su momento el gran Mario Vargas Llosa me advirtió que se opondrían a cualquier posibilidad de éxito en la presidencia del Ecuador. Lo más sencillo sería creer que se trataba de una exclusiva conspiración contra mi gobierno, pero la verdad es que era un ataque a la sociedad ecuatoriana para profundizar su angustia del futuro y erigirse como los salvadores, porque en su lógica autoritaria, si ellos no gobiernan, nadie podrá hacerlo. Esto último, posicionado como el eterno retorno al pasado en el que nos

asfixiaron con propaganda, vendieron la ilusión de un país mejor mientras saqueaban las arcas fiscales y pactaban con las mafias. Hoy, Ecuador está abrumado con sus alianzas criminales.

En el último artículo que Mario Vargas Llosa publicó en el diario *El País*, en diciembre de 2023, escribe pensando en los nuevos articulistas de la prensa escrita, les inyecta un gran estímulo para que sean capaces de decir la verdad, aunque la verdad a veces sea incómoda para diversos poderes y aunque corramos el riesgo de estar equivocados.

Lo cierto es que la reflexión de Mario se extiende también al poder político, a todos aquellos que creemos que la honestidad de acción y de palabra son fundamentales en el ejercicio del poder. En su artículo, Mario dice que «a veces es difícil decir la verdad tal como la entendemos desde nuestra posición particular, y hay el riesgo de equivocarse porque la verdad puede ser esquiva, compleja, diversa (Isaiah Berlin hablaba, en otro contexto, de "las verdades contradictorias"). Pero, en este caso, la confesión del error vale tanto como haber acertado en la defensa de lo propio».

Decir la verdad cuando el populismo es vigoroso en las sociedades no es fácil, sobre todo porque los populistas son expertos en posverdades con las que mienten y manipulan sin ninguna vergüenza. Son capaces de construir y sostener narrativas en las que se acomodan para gobernar o desestabilizar las democracias. Tienen medios propios para difundir y masificar sus posverdades, cuentan con voceros políticos y comunicacionales, son los abanderados de grandes mentiras e infamias mientras se enriquecen bajo la mesa.

Mario entendió desde muy temprano que el terreno de las ideas es una extensión esencial de la política. Comprendió que es ahí

donde se empiezan a ganar o perder las elecciones. Nuestro destino se define desde el mismísimo momento en que permitimos que el discurso público sea copado por malas ideas que no disputamos y que luego definen cómo la gente vota, cómo se redactan las leyes y qué futuro tendrán las siguientes generaciones.

Su artículo de despedida también me llevó al 27 de noviembre de 2021, cuando tuve el honor de entregarle la máxima condecoración que puede ofrecer Ecuador a una persona ilustre. Habían transcurrido siete años desde la primera vez que entablamos amistad, ya había varias conversaciones en el camino sobre democracia y libertad, reflexiones mutuas, consejos que me dio este gran hombre que ha dedicado su vida no solo a la maestría de la literatura, sino también a entender los problemas del mundo.

Me sentí dichoso de conferirle, en nombre de Ecuador, un país que lee sus libros con fervor, la condecoración de la Orden Nacional al Mérito en el grado de Gran Cruz. Ese día le dije en público que yo no soy un literato, ni mucho menos, pero sé que el arte de escribir es el arte de pensar. Y ese arte solo se puede practicar cuando uno es totalmente libre, alejado de dogmas; cuando uno está en constante cuestionamiento, en perenne revisión de toda verdad monolítica y única.

También reconocí que Mario no se dejó encasillar en una escuela; Mario creó escuela. Es un latinoamericano que ama nuestra cultura sin dejar de señalar los factores que la limitan y que le impiden alcanzar su pleno potencial. Mario quiere que lo latinoamericano trascienda esas barreras que nos frenan, esos oscuros impulsos que siempre regresan en ese monstruo de mil cabezas llamado populismo. Quiere ver reinar en nuestra cultura todos los valores que

hacen grandes a las civilizaciones: la apertura, la tolerancia, la expresión individual, la libre empresa, el imperio de la ley.

Así como él escribió en diciembre de 2023, para los nuevos articulistas de la prensa escrita, la recomendación de que decir la verdad siempre será mejor para un país, yo quiero decir a los jóvenes que se guíen con la sabiduría que Mario Vargas Llosa tiene impregnada en sus libros y en sus artículos. Sus enormes reflexiones sobre libertad y democracia están vigentes desde hace, por lo menos, cincuenta años, y son imprescindibles para quienes creemos que la política y el poder tienen límites legales y éticos, y que concebirlos así es una garantía para que en los momentos de crisis las respuestas siempre sean institucionales, apegadas a las reglas democráticas.

Mario Vargas Llosa: pedagogo político

Por Laura Chinchilla, expresidenta de la República de Costa Rica

Descubrí a Mario Vargas Llosa como toda estudiante inquieta que busca profundizar en el conocimiento de la realidad latinoamericana. Recuerdo la impresión que me causó la frase que formula el protagonista Santiago Zavala al inicio de *Conversación en La Catedral*: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». En efecto, la pregunta de Zavalita provee de estructura a una historia apasionante y colmada de méritos literarios que ofrecía, además, un primer ejemplo de novela motivada por inquietudes políticas, un género que desde adolescente despertó profundamente mi interés. Este relato sobre la sociedad peruana en el contexto de la dictadura del general Odría en los años cincuenta hizo incorporar de lleno a Vargas Llosa en la constelación de grandes escritores latinoamericanos, quienes no solo hacían explícitas sus inquietudes políticas sino que encontraron en la reflexión sobre el poder un eje central de su producción literaria y periodística.

A la manera de Miguel Ángel Asturias o de Alejo Carpentier, Vargas Llosa transporta a sus lectores a las entrañas de la corrupción política y moral que caracteriza a los gobiernos totalitarios y, a través de sus personajes, nos muestra con toda su crudeza un fenómeno tan actual como inquietante: la normalización de una cultura política antidemocrática. La persecución que sufren los opositores al Gobierno, la censura y la impunidad, la intolerancia contra el que piensa diferente, la maquinaria para el adormecimiento político de la sociedad, la represión y la tortura, el aprovechamiento clientelar de la desigualdad, las violaciones a los derechos humanos y las

restricciones constantes a las libertades, la ausencia de un genuino Estado de derecho, los innumerables nexos de complicidad entre políticos y criminales, la inseguridad y la violencia, todos son rasgos distintivos de la denuncia sistemática que Vargas Llosa emprendió desde finales de los años sesenta para hacernos conscientes de los desafíos que enfrentamos en nuestra región.

Tan pertinente resulta esta denuncia contra el despotismo como vigente su añeja querella contra el populismo. En *La guerra del fin del mundo*, Vargas Llosa viaja al Brasil de finales del siglo XIX para anticipar la aparición, y quizá proliferación, del líder mesiánico latinoamericano que ofrece la utopía a las masas desposeídas y que explota las conexiones entre la reivindicación revolucionaria y el fanatismo. En *La fiesta del Chivo* nos alerta de los peligros de un régimen, como el de la República Dominicana durante la primera mitad del siglo XX, con políticas sociales y económicas progresistas, pero con un poder centralizado, dictatorial y profundamente represor. En el análisis de la actualidad política latinoamericana, los perfiles, la retórica, los estilos, estrategias e ideas políticas de Antônio Conselheiro o Rafael Trujillo parecen tener referentes muy cercanos.

En efecto, la literatura de Vargas Llosa puede leerse también como un esfuerzo de pedagogía política sin precedentes para el lector latinoamericano. Y es que, así como Vargas Llosa es maestro e inspiración de generaciones enteras de escritores, es también un gran referente para los jóvenes políticos latinoamericanos —y aun de otras latitudes— en términos de un compromiso inquebrantable con un ideario contrario al autoritarismo y el populismo. Su testimonio personal como admirador de la Revolución cubana, durante su

primera etapa, y luego como su mayor detractor al llamarla «copia mala e inútil de las peores mascaradas estalinistas» lo acercó a una generación de intelectuales que, como Jorge Edwards o el propio Octavio Paz, buscaron otros referentes políticos y filosóficos más allá de la ortodoxia marxista del momento para encontrar soluciones a los grandes problemas de nuestros países.

Su lectura minuciosa de los escritores franceses interesados en el pensamiento político, tanto los clásicos, como Montesquieu y Tocqueville, como los modernos, desde Raymond Aron hasta Jean-François Revel, forjó su convicción democrática y liberal y lo prepararía para intentar una carrera política. En ambos frentes, el político y el literario, Vargas Llosa ha dado una ejemplar batalla por la democracia latinoamericana. Tal y como afirmó en su discurso al recibir el Premio Nobel de Literatura en diciembre de 2010, «la literatura crea una fraternidad dentro de la diversidad humana y eclipsa las fronteras que erigen entre hombres y mujeres la ignorancia, las ideologías y las religiones, los idiomas y la estupidez». Pero ese es también un ideario político.

En ese gran discurso hay otro punto central. Vargas Llosa recuerda que padecemos menos dictaduras que antaño y que la democracia sigue funcionando con una izquierda y una derecha que en países como en Chile o en Uruguay respetan la legalidad, las elecciones, la libertad de crítica y la renovación en el poder. No obstante, hace un llamado a defender la democracia liberal, que, como bien afirma, «con todas sus limitaciones sigue significando el pluralismo político, la convivencia, la tolerancia y los derechos humanos». Esta reflexión de Vargas Llosa fue precisamente la que lo animó a participar en política. A la manera de *Fuego y cenizas* del

filósofo canadiense Michael Ignatieff, Vargas Llosa detalla en sus memorias tituladas *El pez en el agua* buena parte de esta travesía por la política electoral peruana.

Si bien son las memorias de su fallida campaña presidencial, son también el testimonio de una cruzada por la libertad y la democracia en Perú que no tiene precedentes. Vargas Llosa, en efecto, fue el artífice de un frente democrático que se presentó a las elecciones generales del país en 1990 enfrentando a Alberto Fujimori. El nuevo partido político llamado Movimiento Libertad no solo alcanzó el segundo lugar en los resultados de esas elecciones, sino que dejó una impronta cívica indeleble en la política de Perú y de toda la región. Recuerdo bien que yo me encontraba en Washington cursando mi maestría en la Universidad de Georgetown y colaborando en la Embajada de Costa Rica sin más remuneración que la satisfacción de ayudar a la promoción del plan de paz que impulsaba el entonces presidente de mi país y premio Nobel de la Paz, Óscar Arias.

En Estados Unidos, y no solo en América Latina, causó una profunda impresión el surgimiento de este movimiento político. Fue el 2 de agosto de 1987 cuando el propio Vargas Llosa leyó, en una célebre transmisión televisiva, el manifiesto que fue en cierta forma el antecedente de ese frente democrático, titulado «Frente a la amenaza totalitaria». Al releerlo, no solo impresiona su potencia argumentativa, sino también su vigencia y pertinencia para el presente latinoamericano: «La concentración del poder político y económico en el partido gobernante podría significar el fin de la libertad de expresión y, en última instancia, de la democracia».

Ya sea en Ciudad de México o en Managua, en San Salvador, Caracas o La Habana, esta frase resuena y se amplifica en una coyuntura, como la actual, acaso más delicada que aquella de finales de los ochenta. Algunos días después, y por convocatoria de este naciente movimiento político, se daría la concentración multitudinaria en Lima a la que se le denominó «Encuentro por la libertad». La presencia de ciento treinta mil personas en esa concentración en la plaza San Martín de la capital peruana generalizó una sensación semejante a la actual. Los asedios a la democracia y su fuerte deterioro en nuestra región, la cada vez menor calidad deliberativa en nuestros países y la pobre convicción democrática de amplias mayorías nos hacían ver a los latinoamericanos como funambulistas, caminando por una cuerda floja que en cualquier momento puede hacernos caer al abismo totalitario. En aquel momento, como en el actual, ese estado de cosas se resume con una frase que el propio Vargas Llosa pronunció en diciembre de 2021: «Todo el continente está amenazado».

En efecto, fue durante un seminario organizado en Miami por el Interamerican Institute for Democracy y la Fundación Internacional para la Libertad que tuve el honor de compartir —aunque en modalidad virtual por la prudencia a la que llamaba la pandemia de la COVID-19— un panel con Vargas Llosa. Había tenido el placer de conocerlo mucho antes. Tendría yo poco más de veinte años y el autor visitaba por primera vez Costa Rica para el estreno de su obra de teatro *La señorita de Tacna*, y desde entonces me atrapó su obra literaria. Como todos los latinoamericanos, celebré con júbilo que le otorgaran en 2010 el Premio Nobel de Literatura y su ingreso, en 2023, a la prestigiosa Academia Francesa. Pero fue en ese foro en

Miami y en otros posteriores, como el foro de expresidentes de la Iniciativa Democrática de España y las Américas (Grupo IDEA), donde he podido constatar su altísimo grado de conciencia y compromiso con la democracia y la libertad en nuestra región.

Mientras lo escuchaba describir los desafíos democráticos de América Latina y plantear con vehemencia que la amenaza dictatorial y populista acecha como nunca antes a nuestros países, recordaba que Vargas Llosa no es un intelectual convencional. Es en efecto un hombre de la cultura, pero también es un hombre de acción política y, en cierta medida, un líder que congregó a multitudes a rechazar la deriva dictatorial. Pensé también en la que era entonces su más reciente novela, *Tiempos recios*, en la que describe la barbarie y el horror que vivió Guatemala luego del golpe de Estado al presidente Jacobo Árbenz en 1954. Vargas Llosa es un intelectual que vivió esa barbarie y que con ella en mente forjó su pensamiento político. Siendo estudiante universitario en Perú, vivió el Ochenio de Odría con su brutal militarismo y su persecución sistemática a los opositores. Más tarde, vivió de cerca la Revolución cubana y su transformación en una cruenta dictadura. Igualmente vio y denunció la involución de la revolución sandinista en la satrapía actual de los Ortega. Por eso para Vargas Llosa, como para Sartre, uno de sus maestros de juventud, la literatura es también una literatura del compromiso. Una literatura totalmente de espaldas a la política es imposible, dijo en 2013, y remató: «La literatura no es un lujo» sino «un instrumento formidable de resistencia a la injusticia y de lucha contra la explotación».

Sin duda alguna, la actividad que le permitió desarrollar profusamente los vínculos entre la literatura y la política fue el

periodismo. Sus columnas quincenales en el periódico *El País* bajo el título «Piedra de toque», que aparecieron durante treinta y tres años ininterrumpidos, son probablemente la fuente primaria más importante para estudiar su pensamiento político. Hasta la última columna, publicada en diciembre de 2023, defendió sus convicciones liberales y democráticas, recomendando a los jóvenes que se inician como columnistas «decir y defender su verdad, coincida o discrepe con lo que el diario defiende editorialmente».

En este mundo de la posverdad y la polarización entre unos y otros, hay quienes buscan su inútil descalificación diciendo que es de «derecha». Sin embargo, para alguien que como yo forjó su trayectoria política desde los postulados de la socialdemocracia, Vargas Llosa es uno de los demócratas y humanistas más consistentes que he conocido. La condena por la invasión rusa a Ucrania y la denuncia de Putin como un dictador sanguinario, la lucha por la legalización de las drogas y de la eutanasia, la defensa de los migrantes, el combate al populismo, a los nacionalismos y los extremismos, los riesgos de la carrera armamentista y nuclear, la crítica a la progresiva pérdida de la moral en la vida política y la normalización de la corrupción son algunos de los temas que abordó frecuentemente en sus colaboraciones periodísticas. Muchas de las preguntas que lanzó en *El País* siguen teniendo una enorme vigencia. Basta ver la que formuló en marzo de 2015 en su columna «Al borde del abismo»: «¿Cuántos muertos más harán falta para que la OEA y los gobiernos democráticos de América Latina faciliten una transición pacífica de Venezuela a un régimen de legalidad democrática?».

Como candidato presidencial, Vargas Llosa padeció y denunció algunos de los más acuciantes problemas de las democracias latinoamericanas, de sus sistemas electorales y de partidos. Me quedo con dos botones de muestra en las páginas de *El pez en el agua*: «Lidiar con caciques, tolerar a los caciques, servirme de los caciques, fue algo que nunca supe hacer. El disgusto que me producían, ellos, que representaban a nivel provinciano todo lo que hubiera querido que no fuera la política en el Perú»; y «Organizar mítines, abrir locales, hacer giras, montar una infraestructura nacional y mantener una campaña de tres años cuesta mucho dinero. Tradicionalmente, en el Perú, las campañas electorales sirven también para que, a su sombra, parte del dinero reunido termine en los bolsillos de los pícaros». Respecto de este y otros problemas, se preguntaba: «¿Cómo cambiar algo tan visceralmente incorporado a nuestra idiosincrasia?».

Vargas Llosa perdió las elecciones de 1990, pero dejó todo un movimiento cívico organizado para resistir los excesos y la centralización del poder, pese a las disfuncionalidades que siguen caracterizando al sistema político peruano. En la respuesta que Perú dio a la crisis derivada del intento ilegal de disolución del Congreso ordenada por el expresidente Pedro Castillo en diciembre de 2022, puede identificarse esta enorme contribución a la cultura política y constitucional del país sudamericano. Lo que ocurrió en Perú, en palabras de Vargas Llosa, «es mucho pedir en la alborotada América Latina de estos días». Y es que hay razones para celebrar cuando un país en nuestra región decide destituir al presidente golpista de acuerdo con el procedimiento constitucional y llevarlo a una cárcel

en lugar de obedecer instrucciones contrarias al interés nacional y a la legalidad.

Vargas Llosa admite que durante una gira por Asia, como parte de su campaña presidencial, pensó que su país de nacimiento podría alcanzar un desarrollo semejante al de Singapur. Al fin y al cabo, ambas eran sociedades multirraciales y Perú contaba con más recursos naturales de carácter estratégico como el petróleo y los minerales. No obstante, afirma que entonces se dio cuenta de cuán hondo había calado la mala imagen de Perú en el mundo, especialmente por ser un país inseguro y violento sumido en una lucha sin fin contra las insurgencias, el narcotráfico y la delincuencia común. Su denuncia de la inseguridad y de la urgencia de combatir frontalmente y con apego al Estado de derecho al crimen organizado para dar viabilidad a nuestras sociedades fue una referencia para mi trabajo político fuertemente comprometido con la promoción de la seguridad y la convivencia democrática en mi país y en la región.

Desde luego que vale la pena plantearse el contrafactual: ¿qué hubiera sido de Perú de haber resultado triunfador don Mario y el FREDEMO en la elección presidencial de 1990? Seguramente Perú no habría alcanzado el ideal singapurense, pero me queda claro que habría caminado por senderos de justicia, libertad, democracia, legalidad y seguridad en lugar de caer en la deriva autoritaria cuyos efectos se siguen sintiendo en la región. En contraste, Fujimori disolvió en 1992 el Congreso, el Poder Judicial y el Tribunal Constitucional, suspendió la Constitución y gobernó a punta de decretos. Nada más lejano a un programa de gobierno inspirado, como afirma el propio Vargas Llosa, en la llamada trinidad

inseparable de la civilización del gran economista y jurista austriaco Friedrich von Hayek: la legalidad, la libertad y la propiedad.

Quizá el mejor homenaje que podamos hacer a don Mario en la actualidad latinoamericana se resume en dos propuestas. Por un lado, aprender de su ideario político y usarlo como antídoto ante el tercermundismo, la superstición, el fanatismo, la barbarie, el atraso y la irracionalidad, flagelos denunciados con vehemencia en su gran novela *Lituma en los Andes*, y que creíamos superados en la región pero que en muchos sentidos siguen presentes. Por el otro, leer y releer su obra para comprobar que hay en ella toda una didáctica política por descubrir, que se antoja sumamente útil para ayudarnos a navegar por las aguas turbulentas del futuro.

El gran faro liberal de América Latina

Por Andrés Pastrana, expresidente de la República de Colombia

Para todos los que creemos en la libertad como el valor fundamental de la vida en sociedad, en la democracia como sistema para llegar a acuerdos y dirimir los desacuerdos y en la tolerancia como un valor cultural —y no solo cultural, sino diría también moral—, Mario Vargas Llosa ha sido la referencia intelectual fundamental en América Latina. Por tanto, no solo es muy grato, sino un honor muy especial, participar en este homenaje colectivo a esta figura ejemplar, casi única, de nuestro continente.

Lo conocí siendo yo muy joven. Debe de haber sido 1972 o 1973. Mi padre, Misael Pastrana, era entonces presidente de Colombia y yo viajé a Europa. En ese recorrido recalé en lo que entonces era la meca cultural latinoamericana, la capital internacional de la novela latinoamericana: Barcelona. Me invitaron a cenar los García Márquez. Todavía Gabo y Mario no se habían separado y eran íntimos, de modo que en esa cena organizada por la Gaba estaba Mario. Era tan joven, me sentía tan abrumado en presencia de esos monstruos, que no logro recordar la conversación de esa noche. Sí recuerdo que la personalidad de Mario me impresionó.

El lamentado gran escritor Carlos Alberto Montaner recordó en un homenaje a Mario que se lo había presentado Alfredo Barnechea. La segunda vez que vi a Mario fue en Boston, en 1990, donde estábamos entonces Alfredo y yo, que organizó una comida con Mario. La recuerdo con mucha nitidez. Mario acababa de ser derrotado, sorprendentemente, a la presidencia de Perú por un desconocido, Alberto Fujimori, a quien luego traté ya cuando ambos

éramos presidentes. Mario estuvo conversador, hablaba sobre todo de literatura, como tratando de olvidar su paso por ese oficio a veces tan ingrato que es la política. No me pareció entonces que la política, o los debates ideológicos, estuviera en el centro de su cabeza.

Lo he visto luego muchas veces, varias de ellas en España con nuestro amigo común, el expresidente José María Aznar. Tuve el privilegio de poder acompañarlo en Madrid en 2016 en la celebración de sus ochenta años.

Mario ha sido el gran faro liberal de América Latina. A través de sus libros, sus columnas, sus conferencias. Lo ha hecho siempre «de frente», sin concesiones a la galería, expresando su verdad.

Así, ha sido para todos nosotros, que nos encontramos a menudo ante una polémica, ante un tema público alrededor del cual tomar partido, un ejemplo moral. Claridad, honestidad, decir nuestra verdad sin tapujos, sin miedos, aun cuando vayamos a perder seguidores, reales o presuntos.

Una de las cosas más interesantes de Mario es que venía «del otro lado». Había sido un entusiasta de la Revolución cubana, e incluso en una ocasión, en un evento en París, defendió las incipientes y a la postre inútiles guerrillas peruanas. Fue, por tanto, un «converso». Por eso fue tan interesante su texto sobre *Diálogo de conversos*, el libro escrito al alimón por Roberto Ampuero y Mauricio Rojas, dos exizquierdistas chilenos transformados al liberalismo.

Luego de romper con la Revolución cubana en 1971, a raíz del célebre Caso Padilla, Mario deambuló, digamos, por una zona que podríamos llamar «socialdemócrata», pero a principios de los años ochenta tuvo su «camino de Damasco» cuando descubrió los

escritos de Isaiah Berlin, que había distinguido entre la libertad «positiva» y la libertad «negativa».

Desde entonces, Mario ha sido la columna vertebral del liberalismo latinoamericano.

Como político, he seguido con más pasión, será comprensible para todos, los textos de Mario sobre estos temas. Sus columnas ante todo, y sus libros más políticos. Junto con algunas obras de Gabriel García Márquez, Mario es el gran novelista político de América Latina. Será muy difícil superar como novela de esta clase *Conversación en La Catedral*. Por su comprensión del poder, principalmente de la corrupción del poder, las idas y venidas del oficio político (sobre las que escribiría luego en sus excepcionales memorias *El pez en el agua*), debería ser lectura obligatoria para todo joven aspirante a este duro pero noble oficio.

Como no necesito ni decirlo, no soy un crítico literario, pero toda persona medianamente culta en América Latina sabe que Mario tiene al menos cinco grandes novelas: *La ciudad y los perros*, *La Casa Verde*, *Conversación en La Catedral*, *La guerra del fin del mundo* y *La fiesta del Chivo*, todas ellas extraordinariamente políticas. Es el gran novelista político de América Latina, y dicho eso en un continente que los produjo a centenares.

No podría terminar este sincero y sentido homenaje sin seguir el ejemplo de Mario y expresar «mi verdad», que es una discrepancia con él: Mario no logró entender nunca el Plan Colombia.

Hay que recordar las circunstancias. Cuando yo llegué a la presidencia, el presidente de mi país no tenía visa para entrar en Estados Unidos. Las elecciones habían sido manipuladas y

financiadas por el narcotráfico. Nuestras Fuerzas Armadas estaban casi derrotadas por las FARC y el ELN.

El Plan Colombia unificó todos los recursos (los de la cooperación internacional, pero sobre todo los propios) para un plan de inversión social que financiara los cultivos alternativos, armó a nuestras Fuerzas Armadas con los más modernos instrumentos posibles, fumigó los campos del narcotráfico. Fue lo que hizo posible que luego mi sucesor, Álvaro Uribe, pudiera actuar como lo hizo. Sin Plan Colombia no habría existido Uribe y su «seguridad democrática».

Me he sentido en la obligación de relatar esta discrepancia, pero ella no borra mi inmensa admiración intelectual por Mario Vargas Llosa, mi agradecimiento como demócrata por su lucha ideológica por la libertad y mi más sincera y entrañable amistad personal.

Lo necesitamos más que nunca.

Enamorado y enamorador de la libertad

Por Miguel Ángel Rodríguez, expresidente de la República de Costa Rica

Lo conocí durante su campaña presidencial. Quería, mucho más que ser presidente de Perú, transformar la cultura y la institucionalidad de su país, y quería influir en el mundo en favor de la dignidad y la libertad de todas las personas. Quería hacerlo, no solo como ya lo hacía con gran influencia, por medio de su exquisita y prolífera creación de personajes literarios, sino también dando directamente la cara en favor de sus ideales. Por eso se lanzó a la campaña presidencial, lo que no es tarea ni fácil, ni tranquila, ni pausada, y que absorbe tiempo y energía todo el día todos los días.

La tarea que con valentía y enorme idealismo y compromiso con la autenticidad se impuso Mario Vargas Llosa al asumir la candidatura presidencial de su país era mayor que una simple candidatura presidencial. Mario trató de convencer a sus conciudadanos de los méritos de cortar las cadenas de sometimiento a caudillos salvadores y a gobiernos que se anunciaban como mágicos. De convencerlos de desconfiar de las intervenciones estatales en la economía dizque en favor del pueblo y en realidad en favor de los intereses de grupos dominantes. De convencer a sus compatriotas sobre las ventajas de la libertad, el Estado de derecho y su gobierno de leyes, la iniciativa individual y de grupos voluntarios, el orden fiscal, y de producir con mercados abiertos local e internacionalmente, y competitivos y eficientes.

Era cambiar creencias y tradiciones dominantes en nuestra América Latina, desde las tribales y de los imperios nativos hasta la colonia mercantilista. Tradiciones y creencias asentadas en la

conciencia de ciudadanos encantados por la posibilidad de que los caudillos pudiesen, por arte de birlibirloque, cambiar radicalmente por intervencionismo estatal sus pobres condiciones de vida. Tradiciones y creencias que los liberales de nuestra región no habían logrado vencer a pesar de años de lucha por construir democracias liberales. Desde los últimos años de la colonia habían enfrentado valientemente, pero con muy limitado éxito, a conservadores, monopolios y poderes económicos que impedían la entrada a competir y que favorecían la protección del estatus social y las regulaciones mercantilistas.

Además, la ocasión en la que Vargas Llosa inició su lucha lucía como la menos propicia. En el artículo «La revolución peruana. Mario Vargas Llosa y el capitalismo de los pobres», el escritor chileno Mauricio Rojas escribe: «En 1990 el país se encontraba en una situación caótica, producto de una dilatada crisis económica que había adquirido proporciones gigantescas hacia fines del gobierno de Alan García (1985-1990) y una escalada de violencia política sin precedentes. El ingreso per cápita de los peruanos había caído un 30 por ciento de 1987 a 1990 y se encontraba al mismo nivel que en 1960. Las finanzas públicas se mantenían gracias a una emisión descontrolada de dinero que desató una hiperinflación que acumuló la exorbitante cifra de 2,2 millones por ciento durante el periodo de García. Más de la mitad de los peruanos vivía en condiciones de pobreza y la gran mayoría de ellos habitaba en zonas rurales o en inmensas barriadas (*pueblos jóvenes*) que existían al margen de las instituciones y leyes del país. Este era el caso de cerca de la mitad de los seis millones de habitantes que por entonces vivían en la región metropolitana de Lima-Callao. Al mismo tiempo, gran parte

de las zonas rurales del altiplano estaban bajo el control de la guerrilla maoísta Sendero Luminoso que junto al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) sembraban el terror por doquier, en una guerra sin cuartel que terminaría costando cerca de setenta mil muertos y desaparecidos. Para muchos, Perú estaba a las puertas de una revolución comunista».

Y, a pesar de estar inmerso en tan demandante y titánica tarea que se agiganta en Perú por ser un país multicultural, extenso y con una geografía variada en extremo, el candidato presidencial Mario Vargas Llosa lanzó su revolución de la libertad.

Para extender al mundo su lucha por la libertad política, social, económica, y para hacer ver a sus compatriotas los frutos de vivir y progresar en libertad, Mario convocó una reunión con amantes de la libertad de las más variadas naciones, solo posible por su extraordinario poder de convocatoria ya universalmente reconocido por su gran obra literaria. Ahora ejercía su influencia como el candidato presidencial de un país que había caído en la Revolución peruana, que por la vía del socialismo lo había empobrecido cruelmente. Participaron, entre otros, Israel Kirzner, Jean-François Revel, Plinio Apuleyo Mendoza, Og Francisco Leme, Pedro Schwartz, Manuel Ayau, José Piñera y Alberto Benegas Lynch, hijo.

Probablemente, por influencia de Alberto Di Mare, mi maestro, y de amigos de la Sociedad Mont Pelerin como Enrique Ghersi, quien era candidato a diputado por la agrupación política que apoyaba a Vargas Llosa, me llegó la invitación para asistir a Lima a ese evento.

Lorena y yo lo disfrutamos muchísimo.

Pocos días antes, el primer domingo de febrero de 1990, había sido electo diputado en mi primera contienda electoral por una

posición electiva, después de haber perdido la campaña interna de mi partido por la candidatura presidencial que ampliamente me ganó Rafael Ángel Calderón Fournier, quien en esa elección de febrero había sido elegido presidente de Costa Rica.

Asistir fue una experiencia tonificadora y de gran ayuda para mi futuro político.

Fue una oportunidad para un novel político costarricense, forjado en la academia y en la vida empresarial, de zambullirse en un torrente de ideas y experiencias de pensadores y actores políticos. De escuchar mensajes de Octavio Paz, Václav Havel y Lech Wałeşa. De compartir con políticos avezados y nuevos que luchaban por rescatar a Perú de la miseria económica y la desesperanza política en la que lo habían sacrificado los mitos socialistas y las fantasías empobrecedoras de las izquierdas latinoamericanas, dizque revolucionarias.

La verdadera revolución era el camino de la libertad. De la democracia liberal con fuertes y efectivos estados de derecho y con mercados abiertos, competitivos y eficientes. La verdadera revolución era liberarnos de los gobiernos despilfarradores, de los gobernantes abusadores y clientelistas y de los ciudadanos sometidos.

Empezaba a perfilarse en la campaña peruana la candidatura de Alberto Fujimori, que pocos días antes no marcaba en las encuestas, y eran evidentes desde meses atrás las dificultades en el Frente Democrático, la coalición que apoyaba la candidatura de Mario, entre los integrantes de los partidos tradicionales Acción Popular, del expresidente Fernando Belaúnde Terry, y Popular Cristiano, de Luis Fernán Bedoya Reyes, y con los de la nueva organización política de

Vargas Llosa, el Movimiento Libertad. Además, entre los candidatos al poder legislativo los conflictos internos se intensificaban por el sistema de listas con voto preferente que promovía la competencia entre ellos.

Pero, por encima de todas las dificultades, angustias y necesidades de la campaña presidencial, Mario Vargas Llosa estaba empeñado, a pocas semanas de la elección, en promover la libertad de las personas y la eficiencia de la economía competitiva para alcanzar bienestar para sus compatriotas y para bien de todos los países.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Latinoamérica era la región más prometedora del mundo en desarrollo. Pero el panorama era muy diferente cuatro décadas más tarde. No solo Perú vivía tiempos difíciles en nuestra región. La de 1980 fue la década pérdida.

Los sueños de integración económica de los años cincuenta y sesenta se habían quedado en meras declaraciones políticas sin aperturas comerciales, salvo el avance del mercado común centroamericano que se vio truncado por la ineficiencia del proteccionismo y de los gobiernos.

Los milagros económicos en Europa y Japón, y el avance vertiginoso de los tigres asiáticos, con altas y sostenidas tasas de crecimiento económico, nos habían dejado relegados. Los golpes militares habían dominado a la región, y la democracia solo florecía en Costa Rica, Colombia y Venezuela, citados de norte a sur y por su tiempo de vigencia. Con gran facilidad brotaban caudillos populistas.

Mario Vargas Llosa, con su clara percepción de la realidad que vivíamos, entendió la hora y las necesidades políticas, económicas y

sociales. Entendió que la solución era la revolución de la libertad. Y la convocó en medio del fragor de la lucha por recuperar a su país. Mario no solo es un enamorado de la libertad, también tiene apasionada vocación para hacer que otros se enamoren de ella.

Para mí, aquella convocatoria fue una inyección de confianza y determinación.

Desde mi juventud me había apasionado la política, convencido de la necesidad de participar en ella para buscar el progreso de los ciudadanos. Había estudiado derecho para entender el lenguaje del Estado, y economía para conocer la producción y la participación de las personas en ella. Y con mis profesores me enamoré también de la libertad. Mis tesis de economía, *El mito de la racionalidad del socialismo*, y de derecho, *El orden jurídico de la libertad*, habían sido publicadas y desde entonces me había enfrentado con los defensores del socialismo y del intervencionismo estatal.

Muy joven, al regresar con mi doctorado en economía para integrarme al Gobierno del profesor Trejos Fernández, en el que participaban algunos de mis profesores universitarios, había sido director del Banco Central, ministro de Planificación y de la Presidencia, y me había tocado participar en resolver problemas causados por un gasto público dispendioso y por políticas monetarias expansivas.

En 1970, después de mi participación en el Gobierno del presidente José Joaquín Trejos, me había dedicado a tareas académicas en la Universidad de Costa Rica y a desarrollar empresas agropecuarias e industriales en Centroamérica, siempre opinando en temas económicos y colaborando en las campañas políticas.

Como presidente de ANFE (Asociación Nacional de Fomento Económico) —que, hasta donde sé, fue la primera asociación de generación de pensamiento liberal en América Latina— había participado en el diseño de políticas públicas para abandonar el modelo proteccionista de sustitución de importaciones que nos había llevado a ser la primera nación en entrar en la crisis de deuda externa y cesación de pagos de nuestra región a inicios de la década de 1980.

En 1982, al celebrar FLACSO su vigésimo quinto aniversario, había participado en una conferencia, y con la publicación de mi ensayo «Centroamérica: crisis estructural y crisis de la libertad individual» en el volumen *Centroamérica: condiciones para su integración*, editado por FLACSO, defendí la tesis de que los problemas políticos, sociales y económicos que atormentaban a nuestros pueblos eran en realidad un mismo problema: el de la falta de libertad. En lo político, falta de libertad para participar; en lo social, falta de libertad para la acción; en lo económico, falta de libertad para escoger.

Un par de años antes de la convocatoria de Vargas Llosa a conocer, a apoyar y a enriquecerme con la revolución de la libertad que él encabezaba, había publicado *Al progreso por la libertad: una interpretación de la historia de Costa Rica*. Señalo en su introducción la hipótesis de que «a los costarricenses nos caracteriza y diferencia algo que ha sido, por una parte, la capacidad de prever aquellas situaciones conflictivas que el desarrollo nos podía deparar; por otra, la actitud de buscar soluciones institucionales que, sin perder el principio de libertad en la sociedad, nos permitan enfrentar tales situaciones». Y dediqué el libro a analizar las condiciones de la sociedad previsora que nos había encaminado al desarrollo en el

siglo XIX y la primera mitad del XX, su caída y transformación en una sociedad intervenida por el predominio del «soberbio propósito de dirección central en manos de unos pocos políticos sabios» y las reformas institucionales que proponía para retomar la ruta de la sociedad previsora.

Pero había perdido la lucha interna de mi partido. Buena parte de los ataques contra mi precandidatura se habían dirigido a convencer a nuestros partidarios de que, por promover la libertad, yo era un liberal sin corazón, indiferente a las condiciones de vida reales de las familias en pobreza. Y, claro, aquella realidad político-electoral me había afectado.

La revolución de la libertad vino a fortalecer mis convicciones. El vigor y la entrega de Mario Vargas Llosa y sus cercanos colaboradores en su campaña por la libertad y el progreso de su país, las participaciones de tantos brillantes políticos y académicos, las memorables intervenciones de Israel Kirzner y Jean-François Revel me ayudaron grandemente a convencerme de la necesidad de no cejar en la defensa racional pero apasionada de la libertad: la libertad en la ley, la libertad en la democracia y el Estado de derecho, la libertad con mercados abiertos y competitivos, la libertad con gobiernos eficientes y responsables, la libertad política, la libertad social, la libertad económica.

Luego Dios me dio oportunidades para disfrutar la relación con Vargas Llosa en otros ámbitos.

Mi relación más familiar con él la disfruté cuando estábamos viviendo en la ciudad de Washington, donde daba clases en la Universidad George Washington. Invitamos a cenar a Mario y Patricia, que visitaban esa bella capital, con nuestros hijos Andrés y

Vanessa, que también entonces vivían en esa área. Llegaron cargados de su colección de las novelas de Mario a pedirle su autógrafo, lo que con exquisita bonhomía y gran paciencia les concedió.

Durante mi presidencia tuvimos el gusto de recibir a Mario en Costa Rica. Desde hacía muchos años había sido devoto lector de sus novelas y acababa de terminar de disfrutar y sufrir *La fiesta del Chivo*. No había destronado a *La guerra del fin del mundo* como su novela de mi preferencia, pero esa magnífica y terrible descripción de la tiranía me había conmovido. Me costó muchísimo entender cuando Mario me dijo que había eventos reales aún peores que había encontrado en su investigación sobre Trujillo, pero que no los había incluido porque habrían quitado credibilidad a su novela.

En 2010 recibí una llamada de mi hermano, Álvaro Rodríguez Echeverría, entonces superior general del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Roma. Acababan de entregar a Mario Vargas Llosa el Premio Nobel de Literatura, y Álvaro, conocedor de mi amistad y admiración por él, me llamaba conmovido por su discurso «Elogio de la lectura y la ficción».

Mario inició ese discurso así: «Aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano, en el Colegio de la Salle, en Cochabamba (Bolivia). Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Casi setenta años después recuerdo con nitidez cómo esa magia, traducir las palabras de los libros en imágenes, enriqueció mi vida, rompiendo las barreras del tiempo y del espacio».

Muy justificadamente, Álvaro estaba impresionado y agradecido en nombre de los Hermanos de la Salle por ese gran reconocimiento de

Vargas Llosa en tan solemne ocasión al hermano Justiniano, su primer maestro.

La lucha por la libertad y la democracia no puede amainar. Y Mario Vargas Llosa la ha seguido sin desmayo. Sus valiosos ensayos y el establecimiento de la Fundación Internacional para la Libertad son elocuentes pruebas.

Es un privilegio poder expresar públicamente mi gratitud a Mario Vargas Llosa por hacer más bella mi vida con sus creaciones literarias y por fortalecer mi amor a la libertad.

Vargas Llosa o las lejanas coincidencias

Por Jamil Mahuad, expresidente de la República del Ecuador

Si bien mi primer encuentro con Vargas Llosa, al igual que el de muchos de sus lectores, se produjo en las páginas de su primera novela, *La ciudad y los perros*, Premio Biblioteca Breve en 1962, y continuó de inmediato con su segunda, *La Casa Verde*, premiada con el Rómulo Gallegos en 1967, la atracción magnética que sentí al leerlo también se debió a circunstancias especialísimas, distintas a las de cualquier otro lector suyo: había nacido y vivido parte de mis diecinueve años en Loja, provincia ecuatoriana fronteriza con Perú, y era nieto de Augusto Witt Añasco, un coronel del ejército cuyas acciones militares en contra de las tropas peruanas que en 1941 hollaron nuestra soberanía territorial en las cuencas de los ríos Zamora y Nangaritza serían reconocidas por el Congreso Nacional.

La ciudad y los perros pintaba una imagen tan sórdida de la vida en el colegio militar peruano Leoncio Prado que las autoridades militares de ese país quemaron cuantos libros pudieron recoger de esa edición en un violento acto de repudio público. El desprestigio de Leoncio Prado fue recibido como una buena noticia en Ecuador. Mi ejemplar del libro contenía dos fotografías: en la cubierta, la de dos perros de diferente raza y pelambre, peleando, y adentro la del autor, en blanco y negro, vistiendo traje formal con corbata y luciendo un cuidado bigote que le cubría casi por completo el labio superior.

La milenaria integración cultural, social y económica entre los pobladores del sur de Ecuador y los del norte de Perú alcanzaba, no obstante, momentos de dificultad porque también nos separaban

siglos de enfrentamientos territoriales originados en interpretaciones divergentes sobre el contenido de cédulas reales emitidas por los monarcas coloniales españoles referidas a extensos territorios en la ribera norte del río Marañón.

Corría 1968 y desde tiempo atrás los lojanos acostumbrábamos a entrar en Perú cruzando el puente internacional que unía Macará y La Tina. A partir de ahí, todo era desértico, adusto, caluroso y polvoriento en ese conjunto de pueblos pobres a cuyas casas, con suelo de tierra y sin ningún drenaje, muchas veces se llegaba por los cauces secos de antiguos ríos ahora convertidos en caminos carrozables.

Quienes viajábamos en vehículos con placa ecuatoriana sufríamos el martirio de franquear veintidós «controles» colocados en el trayecto de unos ciento cincuenta kilómetros que separaban La Tina de Piura. De pronto, alguien uniformado nos pedía detenernos frente al palo cruzado horizontalmente, como a un metro de altura, sobre la vía. Una deshilachada soga lo sujetaba a la estaca clavada en el suelo en un extremo; en el otro, la pesada piedra mal amarrada sobre él amenazaba con romper el precario equilibrio en el que se encontraba y caer a tierra desmoronándose en pedazos.

El guardia entraba en la diminuta y destartalada caseta y volvía a salir con un cuaderno viejo, manchado, arrugado y sucio donde anotaba la información en las filas trazadas con tinta roja: fecha, hora, nombre, número de personas, marca del vehículo, matrícula, destino y propósito del viaje. Al terminar el ritual, que se repetía en cada control, de mala gana aflojaba la soga para que el peso de la piedra levantara el palo y pudiéramos continuar el viaje.

Comprábamos filigranas de plata y cerámica en Catacaos; observábamos los arrozales inundados por las aguas del Catamayo-Chira cerca de Sullana y nos aprovisionábamos de cobijas «Tigre», chocolates D'Onofrio y botellas de Thimolina de Leonard (para aliviar la fiebre, prevenir la gripa, evitar el mareo y la infección de heridas) en Piura.

Era precisamente esta ciudad, la más grande en el norte de la serranía peruana, asentada en un paisaje familiar para nosotros, de la que nos despedíamos de niños tomando helado de lúcuma, la que Vargas Llosa describe en *La Casa Verde* y cuyo prostíbulo homónimo erige en personaje esencial de la novela.

En su libro *Los nuestros*, Luis Harss nos ofreció una visión a vuelo de pájaro de la evolución de la novela en América Latina antes de sumergirse en el análisis individual de diez escritores contemporáneos: Asturias, Borges, Carpentier, Cortázar, Fuentes, García Márquez, Guimarães Rosa, Onetti, Rulfo y Vargas Llosa, con la esperanza de que ese conjunto «hiciera quórum». Su obra se convirtió en guía fundamental para la exploración del boom que experimentaba nuestra novela en el mundo. Por primera vez, ¡hasta en América Latina leíamos a los autores latinoamericanos!

Allí conocí varios detalles del joven escritor peruano al que le apasionaban, desde entonces, la lucha contra la injusticia como causa, la universalización de sus mundos ficticios como meta y la creación de realidades completas cerradas sobre sí mismas («novela totalizadora») como logro.

> Hace apenas cuatro años, cuando acababa de cumplir los veintiséis, con solo dos obras a su nombre —una colección de cuentos y una novela—, ya se destacaba entre nuestros escritores jóvenes. Lo distinguía, además del

> talento, la dedicación. Era un inspirado que parecía haber nacido bajo una lengua de fuego. Tenía fuerza, fe y la verdadera furia creadora.[2]

Mi predisposición en contra del Leoncio Prado y a favor de los temas y paisajes del norte peruano preñó de significados personales la lectura de Vargas Llosa. Estos contactos literarios iniciales con el novelista se complementaron poco después con una faceta distinta de su personalidad: la de pensador riguroso y analista crítico que descubrí gracias a su tesis para obtener el título de doctor en la Universidad Complutense de Madrid, que llegó a mis manos convertida en la primera edición de *García Márquez: historia de un deicidio*, la de Barral Editores, publicada en pasta blanda en Barcelona en 1971, en cuya cubierta flotaban los pescaditos de oro fabricados por el coronel Aureliano Buendía junto a otros elaborados con jirones de nubes.

El experto bisturí de Vargas Llosa disecciona los lugares, temas y personajes del mundo imaginario de García Márquez; decodifica muchos de sus significados y explica los mecanismos de los que se sirve para crear la atmósfera especial de sus novelas, generar protagonistas inolvidables y hacer avanzar sus narraciones. Se trata de cuatro técnicas narrativas con las que resuelve cómo se ordenan y en qué secuencia se le revelan al lector los datos de las historias: los «vasos comunicantes», esos episodios paralelos «que no se tocan, pero se confunden», consiguen que se relacionen, conecten, sobrepongan, completen y corrijan diferentes historias dentro de un mismo libro o entre varios de sus libros; las «cajas chinas» (unas insertadas en las otras: como matrioskas rusas, pensaba yo) permiten que la voz del narrador o las voces expresadas en diálogos, cartas o sueños nos revelen datos de la historia principal mientras

cuentan una historia secundaria; el «elemento añadido» desordena a propósito la realidad objetiva o altera la secuencia cronológica de los hechos al plasmarla en la realidad ficticia; también omite deliberada y definitivamente importantes acontecimientos o detalles para que el lector no resista la tentación de completarlos suponiendo cosas, aclarando confusiones o eliminando las ambigüedades que generan los «datos escondidos» de la historia incompleta o equívoca. Usando la cuarta técnica se permite «saltos cualitativos en el espacio, en el tiempo, y en los niveles de la realidad», y se pasea a sus anchas entre los diferentes mundos que ha creado: el realista objetivo, el real imaginario, el mágico, el fantástico, el milagroso, el mítico legendario.

El nombre del libro contiene la metáfora principal de su tesis: plantea que los novelistas tienen la pretensión de «suplantar a Dios» porque poseen el poder omnímodo para crear un mundo, y que eso fue lo que hizo García Márquez cuando acompañó a su madre para vender la casa de Aracataca en la que vivió de niño y encontró que le habían cambiado la realidad, que le habían destruido el pueblo cuyo recuerdo claro y nítido conservaba en su mente y que latía tierno y dulce en su corazón. García Márquez no resistió el dolor lacerante de ver desnaturalizado el lugar que compartió con sus abuelos durante su mágica infancia. Su reacción fue radical e inmediata: en un acto de creador supremo, dio rienda suelta a su extrema rebeldía; reprodujo la Aracataca de su memoria en la realidad de su novela y, en un acto de Dios, la resucitó y la trajo de vuelta a la vida con el nombre de Macondo. Este nuevo dios dio muerte al dios anterior que permitió que violaran su paraíso infantil.

Aquello constituyó un deicidio y de ahí el título de su tesis: *Historia de un deicidio*.

Quizá nada defina mejor el éxito de su empeño analítico que la dedicatoria que el propio García Márquez le escribiera en un ejemplar de *Cien años de soledad* que reposa en una biblioteca de Arequipa: «Para Mario, de su descuartizado, desmenuzado y desenmascarado hermano, Gabriel. 1972».

A los treinta y cinco años, Vargas Llosa nos había mostrado niveles de excelencia en dos dominios diferentes y no siempre complementarios: el del novelista creador de mundos ficticios y el del crítico revelador de teorías, técnicas y modelos en el mundo literario. Esa simbiosis del creador que analiza y del analista que crea sería desde entonces una poderosa seña de su identidad. Ya se vislumbraba que podría aplicársele a él mismo lo que más tarde escribiría sobre su amado y admirado Flaubert: «Era un creador que a veces teorizaba, no un teórico que escribía novelas».[3]

Apenas cinco años más tarde, el Vargas Llosa analista colocó bajo su microscopio la novela que «cambió vio mi vida. Me descubrió a Flaubert, que ha sido uno de mis maestros y mis autores de cabecera desde entonces»;[4] la exploró a conciencia, y en 1975 publicó sus resultados bajo el nombre de *La orgía perpetua. Flaubert y* Madame Bovary.

Le había comentado a Harss que consideraba la novela totalizadora como el logro supremo; ahora calificaba a *Madame Bovary* como el ejemplo perfecto de ese logro porque abarca toda la experiencia humana en un mundo cerrado, en un libro-círculo, autosuficiente, de obra clausurada.

Si formáramos un *continuum* de escritores que se extendiera desde el planificador total de la obra antes de empezar a escribirla hasta la espontaneidad total del escritor que se sienta y empieza a llenar cuartillas sin plan preconcebido, Vargas Llosa ubica al Flaubert de *Madame Bovary* en el primer extremo y al Julio Cortázar de *Rayuela* en el segundo.

Escribe Flaubert: «Los libros no se hacen como los niños, sino como las pirámides, con un diseño premeditado, y poniendo grandes bloques uno encima del otro, a fuerza de riñones, de tiempo y de sudor».[5]

Vargas Llosa se sentaría junto a Flaubert porque ambos escriben sus libros cumpliendo etapas: primero el plan inicial que contiene una sinopsis de la historia, los caracteres, los hitos que marcan el camino y los momentos culminantes. Luego desarrollan su estructura técnica «—el orden del relato, la organización del tiempo, la gradación de los efectos, la ocultación o exhibición de los datos—» y al final, solamente al final, la forma artística: «Su prosa deberá tener, como el drama, rapidez, claridad y apasionamiento», y la frase debería «disputar a la poesía las virtudes de sonoridad, precisión, armonía y ritmo».[6]

Vargas Llosa explica el uso de ciertos recursos técnicos en *Madame Bovary* que ya analizó en *Cien años de soledad*. Por ejemplo, hay «vasos comunicantes» entre la religión y el erotismo en la primera cita de León y Emma en la catedral de Ruan; entre la verdad de la situación y la mentira de las palabras en la carta de ruptura que Rodolfo le escribe a Emma Bovary y especialmente entre las palabras vacuas de los oradores y las seductoras de Rodolfo a Emma en el episodio de los comicios electorales. También descubre

la presencia del «elemento añadido» y observa los «saltos cualitativos en el espacio, en el tiempo y en los niveles de la realidad» que realiza Flaubert mediante el uso del punto de vista de cuatro narradores diferentes (omnisciente, invisible, visible-filósofo y personaje plural) y mediante la alteración de la cronología en cuatro tiempos diferenciados (el singular o específico, el circular, el inmóvil y el imaginario aparente).

> La masa de hechos, personas, lugares, emociones, deben tener un orden de presentación, constituir una cronología. La estructura temporal de una novela es siempre factor principal del elemento añadido, porque el tiempo ficticio no es jamás idéntico al real. Por otro lado, los datos que conforman la realidad ficticia no proliferan espontáneamente: son contados por alguien. Esta existencia fatídica en toda ficción, el narrador, no solo es responsable del tiempo ficticio —la colocación de los datos— sino también de las palabras que describen los lugares y las cosas y las que dicen las personas, es quien establece el método de formulación de los datos de la historia —presentándolos, ocultándolos, relacionándolos entre sí— y la índole de estos datos […]. La cronología y la palabra, el tiempo y el narrador, son, naturalmente, una indestructible unidad; su separación es artificial, pero no hay otra manera de mostrar cómo funciona la pesada y complicada máquina que permite a una ficción dar la ilusión de la verdad, fingir la vida.[7]

A ese resultado lo llamó «estilo», la unión indivisible de estructura y forma: «Resulta sintomático que el más racionalista y premeditado de los escritores, aquel que fiaba todo el proceso creador a la voluntad, señale la *concordancia entre tema y temperamento* como el secreto de la obra lograda».[8]

Para explicar a Flaubert, escribe Vargas Llosa que la vida no está hecha solo de antípodas, sino de la acumulación gradual de hechos menudos y banales, pequeños y opacos, más propios del hombre

que lo grande y lo radiante. Lo vulgar y lo pobre le parecen legítimos porque son ciertos, porque representan la experiencia humana. Me atrevo a pensar que, al hacerlo, se explica también a sí mismo. Declara que gracias a Madame Bovary logró precisar que «entre la descripción de la vida objetiva y la vida subjetiva, de la acción y de la reflexión, me seduce más la primera que la segunda, y siempre me pareció hazaña mayor la descripción de la segunda a través de la primera.[9]

Quince años después conocí a Vargas Llosa en persona durante un encuentro sobre su plan de gobierno que cerró su campaña presidencial en Lima. Yo venía de obtener mi maestría en Administración Pública en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, luego de perder la elección presidencial ecuatoriana en 1988. Con enorme respeto y admiración, observaba desde la distancia la extrema popularidad del candidato que parecía no caminar sino desplazarse flotando sobre una nube a pocos centímetros del suelo en medio de los vítores enfebrecidos de sus partidarios convencidos del inocultable, inevitable e inminente triunfo electoral. El poder magnético de la escena tocaba mis fibras de excandidato y me recordaba el comportamiento de mis compatriotas, tan similares a los votantes peruanos. Al amigo limeño que me había invitado le agradecí por haberme permitido asistir a la «coronación» del futuro presidente del Perú.

Su plan de gobierno guardaba relación con lo que en esa época se había dado en llamar el «Consenso de Washington», pese a que no existió un consenso y no se dio en Washington. El «consenso» destilaba la receta del desarrollo económico en el cumplimiento de tres requisitos: vivir en democracia, abrir la economía y reducir el

tamaño del Estado. Con el patrocinio de Margaret Thatcher en Reino Unido y de Ronald Reagan en Estados Unidos, las instituciones financieras internacionales repetían esta fórmula «talla única» (*one size fits all*) como un mantra bendecido y dirigidas por la batuta del Fondo Monetario Internacional intentaban aplicarla en todo el mundo.

Escuché al candidato exponer con franqueza descarnada el detalle de las acciones que ejecutaría desde la presidencia. Con su estilo de intelectual público, entretejía (como lo recomendara Flaubert, qué duda cabe) una sólida estructura lógica con el dominio magistral de la forma cuajada en frases tersas, seductoras y persuasivas para defender sus convicciones de cepa liberal. No obstante, el catedrático que nos develara el tratamiento literario del elemento añadido, el manejo de los datos ocultos o la descolocación deliberada de la cronología natural no recurrió a ellos en el plan de comunicación de su campaña porque creía en la transparencia total como eje de la ética política y pensaba que era la única forma legítima de conseguir un «mandato claro» de sus electores.

Mi contacto con Vargas Llosa se redujo en esa tarde a un par de frases entrecortadas dichas al paso y al apuro y a un rápido apretón de manos igual al de tantos otros cientos mientras languidecían las últimas luces y la voz centellante del orador de turno, exacerbada por dos negros y enormes parlantes, retumbaba al narrar, por momentos indignada y por momentos sardónica, cómo el Gobierno británico acababa de suprimir el cargo de un vigía encargado de dar la voz de alarma cuando llegara la Armada de Napoleón a las costas inglesas.

—Ahí tienes el más craso ejemplo del crecimiento inútil y descontrolado de la burocracia estatal —me dijo mi amigo—. Esa es una de las primeras cosas que el Maestro va a solucionar cuando sea presidente.

Aunque desprestigiado e impopular, presidía Perú Alan García, extraordinario orador y experto movilizador de masas, quien enseguida «tradujo» las correctas propuestas conceptuales de Vargas Llosa en mensajes aterradores y de gran impacto populista. Esa noche vi, por ejemplo, en la televisión, una cuña publicitaria que graficaba el impacto de la «reducción del tamaño del Estado»: miles de rostros acongojados por el desempleo aparecían acompañados de música dramática debajo de una franja que anunciaba en letras enormes y rutilantes lo que aparentaba ser el futuro titular de un diario: cientos de miles de servidores públicos despedidos.

«Dicen que el veneno está en la dosis», me dije, con cierta preocupación.

Pocos días después ocurrió lo inimaginado: el resultado electoral en primera vuelta dejó atónita a la gran mayoría de la población peruana. Vargas Llosa ganó; pero por poca diferencia sobre un candidato desconocido de origen japonés, rector de una universidad agraria, que había hecho una campaña de muy bajo perfil manejando un tractor agrícola. Ese candidato, Alberto Fujimori, ganó sin dificultad la presidencia de Perú en la segunda vuelta.

Lo había admirado como novelista, primero; como crítico literario, después; como intelectual público y pensador económico y político, luego. Ahora había devenido actor político. Para entonces, en mi memoria la primera foto del joven con cuidado bigote había sido sustituida por la de un adulto con el rebelde mechón sobre la frente,

ahora mutada a la de un rostro con las líneas marcadas por la experiencia reunida. Hasta hoy, su vida había sido coronada con reconocimientos casi unánimes y aplausos en todas partes. Se había mostrado a sus anchas administrando sus incontables y desmesuradas victorias; ahora le tocaría administrar su primera gran derrota pública; demostrar que era un «buen perdedor» y continuar siendo un referente internacional pese a la desventura política. «"Que ninguna conquista te conquiste y ninguna derrota te derrote" —recordé de golpe—. Quizá sea el momento en que deba aplicar esta vieja máxima», pensé.

Muchos años pasaron sin que volviéramos a coincidir. Mis funciones de parlamentario, alcalde de Quito y presidente de Ecuador no me ofrecieron oportunidad alguna de encontrarme con él. Más bien desde la distancia, y a saltos y a brincos, continuaba leyéndole y escuchándole, lo mejor que podía, durante sus innumerables conferencias, paneles y doctorados *honoris causa*.

Los dados de la política me brindaron la oportunidad de empezar el ejercicio de la presidencia de Ecuador evitando otra inminente guerra con Perú mediante la negociación y firma de la paz definitiva en Brasilia, el 26 de octubre de 1998. Me correspondió hacerlo —¡quién hubiera podido imaginarlo!— con el rival de antaño del escritor peruano, el presidente Alberto Fujimori, quien ejercía su segundo mandato constitucional. El presidente William J. Clinton nos escribió: «Ustedes han resuelto la fuente de conflicto internacional armado más antigua de este hemisferio». «Y también resolvimos desactivar veintidós palos cruzados para impedirnos llegar a Piura», pensé durante la ceremonia. El evento fue tan importante en la

historia de nuestros países que nos propusieron al presidente Fujimori y a mí para el Premio Nobel de la Paz.

En febrero de 1999, en Caracas, el presidente Hugo Chávez citó, en el discurso de su primera posesión, la filosofía de gobernar que expuse al jurar como presidente de Ecuador seis meses antes: que usaría las dos manos: primero, la mano invisible del mercado como la que mejor asigna recursos y después la mano visible del Gobierno para corregir los excesos que cometen los irresponsables y descontrolados que se aprovechan y violan las leyes del mercado cuando son dejados a su antojo.

Contrariando sus propias palabras iniciales y destrozando la esperanza que había sembrado, la mano visible del dictador Chávez rápidamente hizo desaparecer del todo a la mano invisible que prometió proteger el presidente Chávez. Con esa y otras políticas absurdas, el país más rico de Latinoamérica pasó a vivir la tragedia social, económica y política que se prolonga hasta nuestros días.

Aprecié aún más la lucha clara, valiente y frontal de Vargas Llosa en contra de las dictaduras y a favor de la libertad y de la democracia cuando sufrí en carne propia un golpe de Estado y fui derrocado por un grupo de militares que se tomaron por las armas el Congreso ecuatoriano. Le vi continuar ganando altura hasta convertirse en el escritor en lengua española de mayor impacto mundial. Me enorgullecí y festejé con alegría su obtención, para nadie sorpresiva, del Nobel de Literatura en 2010.

La publicación de *La llamada de la tribu* volvió patente que aún me faltaba por descubrir una nueva faceta suya: la de articulador y difusor de las bases de la doctrina liberal en las voces de siete pensadores (Smith, Ortega y Gasset, Popper, Von Hayek, Berlin,

Aron y Revel) que también confiaba que «hicieran quórum». Tres mensajes resplandecían al concluir la lectura de esa obra: la humanidad ha progresado hasta alcanzar niveles inimaginables poco tiempo atrás; ese progreso ha sido posible mediante la acumulación de mejoras reformistas basadas en la libertad, que debe ser total pues no admite ser fragmentada, y el liberalismo no es una ideología cerrada sino una tendencia abierta en la que caben muchas modalidades y aun ciertas contradicciones.

La definición de «masa» en Ortega y Gasset nos puede servir para identificar a la tribu que hace el «llamado»:

> Un conjunto de individuos que se han desindividualizado, dejando de ser unidades humanas libres y pensantes, disueltas en una amalgama que piensa y actúa por ellos, más por reflejos condicionados —emociones, instintos, pasiones— que por razones.[10]

Vargas Llosa confirma a Ortega y Gasset como «el pensador de mayor irradiación y coherencia que ha dado España en toda su historia a la cultura laica y democrática. Y, también, el que escribía mejor […] quizá porque para Ortega y Gasset "la claridad es la cortesía del filósofo"».[11]

Destaca en Adam Smith al moralista y al filósofo que llegó a la economía en su afán de «explicarse el funcionamiento de la sociedad» y descubrió el «mercado libre como motor del progreso. Un mecanismo no inventado por nadie al que la humanidad fue llegando gracias al comercio.[12]

«No vacilaría un segundo» en señalar a Karl Popper, Friedrich August von Hayek e Isaiah Berlin como «los tres pensadores modernos a los que debo más, políticamente hablando».[13] Sin

duda, es Popper, «el pensador liberal más atrevido de su tiempo», quien recibe el más alto reconocimiento:

> Tengo a Karl Popper por el pensador más importante de nuestra época, que he pasado buena parte de los últimos treinta años leyéndolo y estudiándolo y que si me pidieran señalar el libro de filosofía política más fecundo y enriquecedor del siglo xx no vacilaría un segundo en elegir *La sociedad abierta y sus enemigos*.[14]

Extrae de él tres ideas esenciales: la primera, que la verdad siempre es sospechosa: «No se descubre: se va descubriendo y este proceso no tiene fin. Ella es, por tanto, siempre, verdad provisional, que dura mientras no es refutada»;[15] la segunda, que no hay leyes históricas: «La historia admite muchas interpretaciones coincidentes, complementarias o contradictorias, pero ninguna "ley"»;[16] la tercera, que «probablemente ningún pensador ha hecho de la libertad una condición tan imprescindible para el ser humano como Popper: […] en el principio de la historia humana no fue el individuo sino la tribu, la sociedad cerrada, [luego vino] la sociedad abierta —en la que la razón reemplazó a la irracionalidad, el individuo pasó a ser protagonista».[17]

Admira en Von Hayek «una originalidad y un radicalismo que no tienen parangón entre los pensadores modernos, […] impregnados de fiebre polémica, irreverencia contra lo establecido, una creatividad intelectual que coincide con cierta fría rigidez analítica y, a menudo, de propuestas explosivas, […] la libertad de producir y comerciar no sirve de nada […] sin un orden legal estricto y eficiente que garantice la propiedad privada, el respeto de los contratos y un

poder judicial honesto, capaz e independiente del poder político».[18]

Recoge de Raymond Aron su crítica a la civilización del espectáculo y la frase feliz que califica al marxismo como «el opio de los intelectuales».

Encuentra en Isaiah Berlin que, «entre los liberales, fue, con Ortega y Gasset, el mejor prosista. Su estilo es tan transparente y ameno como el de Stendhal, otro polígrafo que no escribía sino dictaba sus textos». Tres hallazgos deslumbrantes subraya: la metáfora del erizo y el zorro, las verdades contradictorias o los fines irreconciliables y las «libertades positivas y negativas».[19]

Los seres humanos se dividen entre erizos («poseen una visión central, sistematizada, de la vida, un principio ordenador») y zorros («tienen una visión dispersa y múltiple de la realidad y de los hombres, que no integran lo que existe en una explicación u orden coherente pues perciben el mundo como una compleja diversidad en la que, aunque los hechos y fenómenos particulares gocen de sentido y coherencia, el todo es tumultuoso, contradictorio, inapresable»). «Disfrazado o explícito, en todo erizo hay un fanático; en un zorro, un escéptico y un agnóstico».[20]

Berlin está entre los zorros al igual que Vargas Llosa. Yo siempre supe que erizo no era y me identifico más con los zorros.

Ya Maquiavelo encontró que muchos valores son contradictorios o incompatibles de aplicación práctica, como ocurre con los mecanismos del poder real y las prédicas de la vida cristiana que, supuestamente, regulaban a la sociedad y hubieran condenado a la impotencia política a quienes las practicaban. Por eso lamenta «que la injusticia social fuera el precio de la libertad y la dictadura de la

igualdad —y que la fraternidad solo pudiera concretarse de manera relativa y transitoria [...]».[21]

Berlin diferencia la libertad negativa (el derecho a liberarnos de la opresión) de la libertad positiva (el derecho a ejercer nuestro potencial humano), que está «supeditada en buena medida a causas sociales, ajenas a su voluntad. ¿Cómo puede un analfabeto disfrutar de la libertad de prensa?».[22] Erich Fromm las distinguió como la libertad *de* y la libertad *para* en *El miedo a la libertad*.

Nos sorprende Vargas Llosa cuando nos revela que leyó el libro *El fracaso de la cultura* de Jean-François Revel «con una fascinación que hacía tiempo no sentía por novela o ensayo alguno. Por el talento intelectual y el coraje moral de su autor y, también, porque compartía muchos de sus temores y sus cóleras sobre la responsabilidad de tantos intelectuales […] en los desastres políticos de nuestro tiempo. […] las propias democracias que, por apatía, inconsciencia, frivolidad, cobardía o ceguera, habían colaborado irresponsablemente con su adversario en labrar su ruina. […] como el afán de desacreditar y perjudicar a los Gobiernos propios […] desplegados por grandes medios de comunicación occidentales.[23]

Comparto completamente esa perspectiva por haber sufrido esos ataques en carne propia. Asimismo, coincido con su convicción que ve el «reformismo como el camino más corto y transitable para lograr los objetivos sociales revolucionarios […] que ha probado en los hechos ser capaz de desarrollar simultáneamente la justicia social y económica y la democracia política»,[24] y me alegra que en ella coincida Popper, «decidido defensor de las minorías, de los pobres y del "choque entre culturas", quien después de darse cuenta de que "no podemos traer el cielo a la tierra, sino solo mejorar las cosas un

poco, también vemos que solo podemos mejorarlas poco a poco"», [25] quien llega a concebir un «designio menos grandioso y más realista: hacer retroceder objetivamente la injusticia y las causas sociales y económicas del sufrimiento individual» que lo lleva a defender «con argumentos lúcidos el método reformista —democrático y liberal— de transformación gradual y consensuada». [26]

Reforcé mi convencimiento del uso necesario y eficiente de las dos manos, la invisible del mercado y la visible del Gobierno, cuando vi la opinión de Adam Smith, quien «acepta que se pongan aranceles y prohibiciones si se tiene la seguridad de que con ello se va a aumentar el empleo o si la libertad total de importación amenaza con arruinar a los empresarios y manufactureros incapaces de competir»,[27] y la de Karl Popper, quien llama al Estado un «mal necesario porque sin él no habría coexistencia ni aquella redistribución de la riqueza que garantiza la justicia».[28]

Siempre defendí que cualquier política pública, para que sea efectiva y se convierta en política de Estado, debe ser *cu*lturalmente *co*mpatible con la realidad en la que se aplica (la prueba del Cu-Co, la llamé).[29] Gran alegría me produjo leer a Popper:

> El funcionamiento de las instituciones no depende nunca solo de la naturaleza de estas —es decir, de su estructura, reglamentación, tareas o responsabilidades que le han sido asignadas o las personas a su cargo—, sino también de las tradiciones y costumbres de la sociedad. La más importante de estas tradiciones es el «marco moral», el sentido profundo de justicia y de la sensibilidad social que una sociedad ha alcanzado a lo largo de su historia.[30]

El 9 de febrero de 2023, en París, la Academia Francesa rompió dos reglas para convertir a Vargas Llosa en un *inmortal* de la cultura francesa: lo recibió con ochenta y seis años, cuando la regla dice que un candidato no debería tener más de setenta y cinco, y lo hizo a pesar de (en especial, y por supuesto, por *Madame Bovary*), y su amor por la democracia y la libertad: defendió la importancia de cuidar la libertad a través de todos los medios, incluida la literatura. «La novela salvará la democracia o morirá con ella. […] Perdí la inocencia y descubrí la soledad, la autoridad, la vida adulta y el miedo. Mi salvación fue leer, leer los buenos libros»,[31] sentenció.

El 7 de noviembre de 2023, Carlos Díaz-Rosillo, director del centro Adam Smith de la Universidad Internacional de Florida, hizo entrega a Vargas Llosa del Premio a la Trayectoria con ocasión del Foro Estratégico Mundial en Miami. Esa trayectoria de vida había logrado conjuntar dos actividades vinculadas con la esencia del ser humano y con su bienestar material y espiritual, pero que no siempre se llevan bien: la literatura y la política. Vargas Llosa había explicado las diferencias entre ellas: la política vive en el momento presente y aspira a ser práctica y producir resultados mensurables; la literatura busca permanecer en el tiempo y su impacto es muy difícil de medir; la primera se practica mediante el contacto entre personas y se ejerce en comunidades, mientras que la segunda se fragua y formaliza en soledad.

En mi juventud, la relación entre ambas fue el tema de muchos debates universitarios y de veladas entre amigos: ¿era éticamente justificable que un artista se dedicara a cultivar «el arte por el arte» o, en vista de los graves problemas sociales, el artista debía practicar

un arte comprometido con una causa que trascendiera su burguesa sensibilidad individual?

Encontré una fórmula personal que me dejó satisfecho: el artista debía usar su sensibilidad especialísima para conectarse con las causas de los seres humanos (situación, además, imposible de evitar), mas no para ponerla al servicio de un partido político o de una ideología.

El escritor agradeció el premio deseando

> que esta ciudad Miami siga siendo esa reserva de libertad que ha sido durante tanto tiempo y que nos hace sentir a quienes defendemos la democracia, el Estado de derecho, la propiedad privada, la libre empresa y, en general, las libertades individuales, que a pesar de todo hay esperanza.

Estas palabras resumían los principios por los que había luchado tantos años; la serenidad con la que las pronunció irradiaba la energía de la reconciliación que traen consigo los balances finales. Recordé que, ¡por fin!, acababa de publicarse, después de dos décadas, otra edición de *Historia de un deicidio* como demostración de que los valores permanentes y profundos sobreviven a las rencillas ocasionales y pasajeras.

Me acerqué para saludarlo por primera vez y compartir con él unos momentos. Dudaba de cómo presentarme en los pocos segundos que tenía para hacerlo: ¿lector de sus novelas y seguidor de sus planteamientos académicos o políticos? Tenía millones que lo leían y seguían. ¿Cómo encontrar un acto que representara de manera clara y firme el salvamento de los valores que compartíamos y que estaban constantemente amenazados; que comunicara de modo universal y definitivo, parafraseando el verso de Santos

Chocano, que la misma barca de valores habíamos empujado «él de un lado, yo de otro lado, como dos remos, ¡toda la vida bogando juntos y separados toda la vida!»?

Él afirmaba que su imaginación siempre se había alimentado de su memoria, así que recurrí a la mía; di dos pasos decididos al frente, le extendí mi mano y dije:

—Señor, soy Jamil Mahuad. El presidente del Ecuador que firmó con el presidente Fujimori la paz definitiva entre nuestros países.

Advertí cierta sorpresa en su mirada al escuchar una introducción tan inusual y desacostumbrada.

—¿Podemos tomarnos una foto como símbolo de la hermandad de nuestros pueblos? —continué sin detenerme.

—Encantado —sonrió casi con dulzura.

La mirada siempre atenta de Gerardo Bongiovanni capturó al vuelo la situación; tomó el móvil que le extendí; nos pidió girar apenas nuestros cuerpos para evitar la enceguecedora luz de unos reflectores. Mirando a la cámara, cada uno se adentró en los pliegues de las memorias de la inteligencia, donde residen los recuerdos más relevantes, y en los del corazón, donde moran las gratitudes imperecederas.

Al despedirme, me encontré pensando que, como él dijera, «cada novelista [cada ser humano, en verdad] recrea el mundo a su imagen y semejanza, corrige la realidad en función de sus demonios», que ambos habíamos trabajado por muchos años para levantar a los seres humanos y para levantarlos siempre enteros. Que tuvimos que actuar independientemente, que tuvimos que vacunarnos contra «el llamado de la tribu» para conseguirlo; pero que ahora seguíamos obligados a luchar contra el riesgo de

afiliarnos, sin advertirlo, a una nueva tribu, tal vez mínima y tal vez propia, pero tribu al fin y al cabo. Que la protección de la libertad demandaba garantizar a todos el derecho a la expresión personal y nos exigía mantener funcionando la autocrítica, porque la tentación de pertenecer a un grupo (el tribalismo) puede ser más poderosa que la tentación de buscar la verdad.

Es esta búsqueda, en último término, nuestra insobornable razón de ser y la más valiosa militancia que, sin acordarlo, habíamos compartido por varias décadas desde nuestras lejanas coincidencias.

La lucha por la democracia

Por Vicente Fox, expresidente de los Estados Unidos Mexicanos

Me voy a permitir tutear a Mario con el objetivo de que esta entrega sea lo más amena posible. Debo decir que, cuando mi querido colega presidente Iván Duque me pidió este texto, inmediatamente me fui al sofá de la sala a darle un repaso a *La fiesta del Chivo*. Esta novela, recuerdo bien, fue de las últimas lecturas que pude aventarme con total tranquilidad antes del inicio de mi sexenio, antes de concentrarme en totalidad en el rumbo del país. Uno esperaría lecturas ligeras antes de la intensidad que presenta la labor de mandatario, pero es que justamente la intensidad narrativa de Mario brinda ese perfecto equilibrio entre el descanso y la reflexión, el entretenimiento y el conocimiento, todo yendo y viniendo de la mano con tramas tan brillantes y personajes tan entrañables como pocos saben hilar. Es como si te preparase constantemente para lo que viene.

Seguro que dirán que no soy un lector asiduo, dados los resbalones ortográficos que sé que de tanto en tanto saco a relucir en mis tuits, que tengo por teclear a las carreras o porque de plano ando con una mano en el teléfono y la otra en el platillo a horas de la comida. Pero puedo asegurar que la literatura nunca me ha sido ajena, y, si bien entre civiles nos perdonamos que no recordemos nombres de autores porque, en efecto, son demasiados, es más fácil señalar los percances de las imágenes públicas porque son quienes están ejerciendo la labor de representar multitudes. Por eso entiendo que se tenga esa imagen de mí, y la verdad es que no se puede culpar a los ciudadanos por concluir algo sobre lo que se les

ha entregado. Pero también puedo asegurar que, como esos ciudadanos, también los libros de Mario me han afectado de forma considerable cuando tuve el placer de leerlos; libros que se llevan en la memoria y que, cada vez que les echo un ojo en las estanterías de la casa, su casa, me dan ganas de sentarme a releer. Todos los que hemos leído *Conversación en La Catedral* y *La fiesta del Chivo* recordamos circunstancias clave y personajes tan específicos como Urania (pobre mujer) o el propio dictador Trujillo, o Santiago Zavala, o detalles que uno como lector se inventa para armar en su cabeza una versión personal del bar La Catedral, con sus aromas y texturas. Lo que también es del todo memorable es el sentido y la dirección de sus tramas, que contagian la decepción social y los desbarajustes políticos tan apasionadamente que, contrario al efecto negativo, inspiran a la lucha por alcanzar la democracia.

Las atmósferas que su capacidad literaria nos ha sabido transmitir con páginas impresionantes, ya bien asentadas en la historia de la literatura universal, son de las cualidades que te mantienen inmerso en el asiento que has elegido, o incluso, en el mejor de los casos, te tienen leyendo de pie por toda la casa. Aun estando en puestos tan altos como la presidencia de una república, te pueden llegar a emocionar hasta el temblor infantil y de pronto pareces adolescente en plena etapa de ensueño, yendo y viniendo con las tramas de Mario entre tus manos. Y ese nervio del aficionado también se me presentó cuando supe que iba a conocer al autor de *Los jefes* y *Los cachorros*, allá por mayo de 2000, recién iniciada mi administración.

Recuerdo que estábamos en Los Pinos, Mario (ahora me dirijo a ti), cuando charlamos de pocas formalidades (familia, salud) antes de entrar de lleno en temas que seguramente la prensa y la estricta

actualidad de aquel entonces esperaban de nosotros. Fuimos casi directo al grano, ¿te acuerdas, Mario? Recordamos la famosa frase de la *dictadura perfecta* y hablamos de su término, del cómo. Me dijiste que te pareció inaudito que pudieras vivir lo suficiente para ver llegar el día en que el PRI era desplazado de la silla presidencial luego de una eternidad de vérselas ganadas, ya bien acomodados en un sitio que poco a poco dejó de pertenecerles y pasó a manos del pueblo de México. Me dijiste, Mario, que en efecto se sentía surrealista; y tú, que te encanta el surrealismo, no podías evitar una sonrisa tras otra al sentirte viviendo en una esperanza tangible en pleno inicio del siglo XXI. Fue un honor compartirla contigo en aquellos momentos.

El tiempo hace de las suyas, sin duda, y las personas vienen y van en el poder. Sé que Peña Nieto invitó a Mario a regresar a Los Pinos durante su administración. Sabrán solo ellos dos de qué conversaron. Parece que Mario andaba de gira por algún nuevo libro suyo. Me pregunto si le habrá sorprendido o se esperaba el retorno del PRI al Gobierno luego de apenas un par de sexenios de ausencia. Te pregunto, Mario: ¿te sorprendió? ¿Te lo esperabas? Tú, que observas y escribes, ¿lo veías venir? Recuerdo que tú mismo me dijiste que sería difícil cambiar a México en seis años luego de setenta años de mañas y costumbres sinuosas bien arraigadas en sus sistemas. Comentamos que debía ser un trabajo de equipo entre el presidente, los partidos, el Congreso y los ciudadanos para un cambio social importante. Pero la justificada impaciencia ciudadana de haber elegido dos partidos que no les brindaron el cambio esperado (eso sí, y, de nuevo, un cambio que se estaba trabajando en demasiado poco tiempo en comparación con las imposiciones del

pasado) volvió a ejercer su respectiva democracia sin intervenciones jerárquicas: nada más que el respeto al derecho ajeno para votar por quien dicha insatisfacción o genuino interés por el cambio constante les dio a sus manos.

Sobra decir, Mario, que las figuras públicas jamás estaremos exentas de críticas. Pero algo que nos diferencia a quienes las aceptamos con todas sus letras y versiones de los que no son capaces de hacerlo, ni siquiera como algo constructivo, es que de verdad abrazamos todo lo que engloba la democracia, todo lo que significa democracia, conscientes de que parte de sus valores es precisamente la búsqueda constante, el cambio constante, la adaptación constante. Y digo crítica en todos los aspectos y dirigida a todos los puestos concebibles; en tu caso, querido Mario, es hacia tu literatura, que con tanta dedicación y pasión has manifestado a lo largo de tu prolífica vida. Nunca te faltarán críticos, pero siempre te sobrarán lectores, enhorabuena.

Es justo la crítica constante al Gobierno de México, que tuvo su flor de tolerancia y libertad durante mi administración, parte de lo que hace una auténtica democracia. Incluso el haber elegido a Peña Nieto luego de dos gobiernos de su oposición es parte de esta inquietud democrática, en la que ya el ciudadano participa sin obstáculos y puede tener la palabra final. Incluso la última lamentable opción con lópez obrador (sí, en minúsculas), resultado del valor de la insatisfacción ciudadana con su propio Gobierno hasta el punto de elegir un tercer partido para tomar las riendas del país, es la prueba definitiva de que vivimos tiempos en los que el pueblo de México puede elegir por sí mismo. No por alzarme ningún cuello (llevo años sin usar saco, prefiero la comodidad casera y casual de

las playeras), pero mi más grande orgullo fue formar parte de los pioneros de la democracia en México. Lo digo en plural porque fue labor de todos los mexicanos, que, emocionados ante la posibilidad del cambio real, hicimos nuestro trabajo aquel 2 de julio de 2000, cuando, el mismo día de mi cumpleaños, la nación me obsequió el honor de respaldarlos como líder.

¡Cuántas conversaciones tenemos pendientes, Mario, en nuestra propia Catedral que nos forjamos tus lectores cada vez que tenemos el honor de cruzar tus múltiples caminos! Porque, hablando de conocer a través de conversaciones, Mario es sin duda alguien con quien se puede dialogar de forma tan fluida como familiar en cuestión de instantes. La comodidad que brinda su forma de expresarse es tan absorbente como sus novelas, y aún con su inmensa capacidad lingüística, nunca se engrandece en estas conversaciones, prefiriendo siempre el lenguaje accesible al elaborado, o incluso al político. Ambos estamos acostumbrados a este lenguaje cargado de palabras resonantes e imponentes, pero, a la hora de poner los pies en la tierra para darnos el gusto de interactuar como hombres del pueblo, le queda perfectamente bien el papel de compadre, le sale natural, sin atisbos de teatralidad, sino con la aguardentosa honestidad de quien ha visto, oído, leído y escrito demasiado como para ofrecerse a la sencillez de una charla cotidiana. Si bien hablamos de lo inevitable en materias políticas y sociales, también es cierto que, tan simple como se lee ahora, conversamos hasta de platillos favoritos y sugerencias a la hora de qué salsa elegir.

Nos reencontramos Mario y yo en Rosario, provincia de Santa Fe, en la reunión congregada por la Fundación Internacional para la

Libertad para debatir sobre los desafíos de América Latina, por allá en 2007. Por motivos obvios, apenas congeniamos; en estos eventos formales casi no se puede hablar de temas en profundidad, pero a veces las superficies bastan para poner las cartas sobre la mesa. Fue también el año que cometí otro «dedazo», adjudicándole a Mario su premio Nobel (y hasta cambiándole su nacionalidad) en una conferencia en Los Ángeles. Pero tres años después su Nobel se volvió una realidad, y si bien se me escapó otra voltereta que se suma a la de «José Luis Borgues» (a quien también incluí entre los laureados con el Nobel, cosa que debió ser una realidad), no quita que el nombre de Mario ya esté bien grabado en los anales de la historia.

Por ahí dicen que dije: «Pero Vargas Llosa merece el Nobel por su exacta descripción de la "dictadura perfecta"», y luego recomendé a García Márquez (el sí colombiano, pa' que vean). Creo que el que Mario sí haya recibido su merecidísimo Nobel apenas tres años después de esta errata puede llegar a perdonarme el desatino, pues el suceso se cumplió como una profecía, un destino al que había que llegar por mera cuestión de tiempo.

Si bien aquel dedazo (u *olvidazo*, admito entre risas) de cuando felicité a Mario por su Nobel y a su vez mencioné a «José Luis Borgues» puede lucir como un desliz imperdonable, me gusta pensarlo como un momento en que el inconsciente colectivo me llegó como algo que ya debía haber estado en la realidad desde hace tanto tiempo. Quizá hablé inconscientemente por el deseo de millones de lectores al mencionar que Mario y Borges ya debían haber tenido el Nobel. Que Borges jamás lo recibiera sigue siendo uno de los errores históricos más notables de cualquier institución.

Supongo que en la política estos tropiezos quedan grabados para siempre en el inconsciente colectivo como errores de total ignorancia, pero sabemos, Mario, que la literatura tiene mucho más sentido del humor. Mira que quizá le haya hecho a don Borges otro de sus «El otro, el mismo». ¿Recuerdas también, Mario, que justo hablamos de *El Aleph* en aquella reunión privada? Espero que no seas el único que llegue a creerme que realmente lo leí, por allá en mis años de universidad.

Para complementar esta labor de hablar de Mario volví a ver, por supuesto, el debate transmitido en Televisión española, en el cual Mario y nuestro Octavio Paz discutían fervientemente sobre temas de su estricta actualidad. Quién iba a pensar que esos dos hombres tan combativos entre sí, en aquellos tiempos que requerían contiendas intelectuales, iban a recibir el mayor galardón de las letras en el mundo. Dos futuros premios Nobel tan distintos entre ellos que era necesario ese eclipse para aclararnos tantas cosas.

Justamente creo que ambos tienen puntos en ese debate, puntos de los que se puede extraer la visión necesaria para construir un cambio desde nosotros mismos, desde el pensamiento, de esa *revolución de la esperanza* de la que alguna vez hablé: mientras Mario opta por enaltecer el siglo xx como un ideal en derechos humanos, derechos de la mujer (de minorías que han comenzado a expandirse, demostrando que no eran tan minorías después de todo) y derechos de libertad de expresión, Octavio Paz habla de cómo la sociedad del siglo pasado (y que aplica perfectamente a este siglo en flor de juventud) es abyecta y frívola, en la que el capitalismo ha banalizado la interacción y el cuerpo humano. Ambos tienen razón. Si bien sería posible afirmar que «no podríamos estar peor», debido

a que recién pasamos el siglo de las dos guerras mundiales y surcamos por conflictos esparcidos en cada rincón del planeta (desde microguerras civiles hasta bombardeos biológicos), también podemos afirmar que los medios de comunicación (hoy las redes sociales) ya no han callado un solo conflicto, han ayudado a desenmascarar las transas más ocultas. Ahora estamos ejerciendo la verdadera democracia. Porque, con transparencia, casi no queda cabida a transar con facilidad. Dicho y hecho, democracia aplicada. Todos los mexicanos la hemos estado ejerciendo desde el 2000 cuando, insisto, el voto libre dio como resultado a quienes hemos gobernado.

Si bien entre políticos no concordamos en todo, o en poco… o a veces en nada, porque es verdad que por supervivencia tenemos que adaptarnos a innumerables contextos que nos salen día a día, en lo que puedo asegurar que concordamos es en el regreso de la «dictadura perfecta» con lópez obrador (sí, en minúsculas).

La definición inmediata de «dictadura» que se puede hallar en internet es aquel régimen político que, por la fuerza o la violencia, concentra todo el poder en una persona o en un grupo u organización y reprime los derechos humanos y las libertades individuales. Las dictaduras se saben astutas, saben que no son sutiles. Si bien en México eran obvias las artimañas de aquellos setenta años de gobierno, también lo eran sus máscaras de esperanzas y promesas. Sigo estando de acuerdo en que aquellos setenta años fueron una dictadura perfecta, Mario, así pasarán a la historia. Porque, si bien algo tan visible en otras dictaduras sin la menor desfachatez como la militarización no era absoluta aquí, el Gobierno siempre tuvo blancos específicos que son dignos de

llamarlos *víctimas de la dictadura de su tiempo*. Muchas de estas fuerzas opresoras cayeron desgraciada, violenta y específicamente sobre comunidades indígenas, por ejemplo, o sobre grupos marginados y, en su momento, hasta sobre los mismos jóvenes que alzaban su voz por la libertad en aquel terrible 68.

Me permito citarme con descaro, porque creo que apremia recordar cosas de este vuelo: «Si el PRI hubiese sido una clásica dictadura imperfecta, con generalísimos en uniforme marchando por la Reforma, […] tal vez no hubiesen gobernado tanto tiempo: fue el espectáculo de títeres, organizado por el PRI, de las elecciones, su adherencia a los valores de "no reelección" de nuestra Constitución, lo que dio al Estado unipartidista de México su barniz de respetabilidad democrática, la calidad que tanto maravilló [a Mario Vargas Llosa]». Los mexicanos somos mucho de espectáculo, admitámoslo. Nos encanta. Parte de que la democracia se haya instalado es precisamente por esto. Hacían falta esos espectáculos de pirotecnia social para establecerla. Y lo hemos logrado.

Mario Vargas Llosa, Mario, no solo ha tenido un fuerte impacto sobre mi pensamiento, en cuanto a la lectura de sus libros, en muchos temas que iluminan el espíritu y forman el carácter, sino que ha sido un colega en la lucha por la democracia y la libertad. Él mismo representó al Frente Democrático en las elecciones de su país en 1990. Tuve la oportunidad de compartir con él nuestros contados momentos y conversaciones políticas (todas y cada una de altísimo valor) y nuestros ideales de lucha por los espacios democráticos y libertarios en toda América Latina. Lo que compartimos fue un gran compromiso en esta lucha de nuestros países vecinos, necesitados constante y urgentemente de la participación de los creyentes de la

democracia, de la ya probada y existente libertad de los convencidos de que es la única ruta a la prosperidad y al desarrollo. Me cae que sí, Mario. Me cae que sí.

Un maestro de la libertad

Por Iván Duque, expresidente de la República de Colombia

Tuve mi contacto inicial con Mario Vargas Llosa en la adolescencia, cuando llegaron a mis manos *La ciudad y los perros*, *Los jefes* y *La guerra del fin del mundo*. Fue como toparme con un Aleph literario inagotable del que por fortuna nunca he podido salir. Cada historia, cada narración, cada tema me fueron llevando lentamente hacia una dimensión de personajes fascinantes que expresan lo más profundo y desafiante de la condición humana y en la cual el detalle y la narración activa conducían mi mente hacia la recreación novelada del autor, mientras cargaba de mensajes, moralejas y lecciones cada una de las figuras que desfilaban por sus páginas. Así surgió un instinto de admiración hacia el autor que con el tiempo se fue incrementando hasta convertirlo, sin reparo alguno, en mi escritor favorito.

El deseo de conocer más de sus obras me condujo hacia *Pantaleón y las visitadoras*. Entre personajes pintorescos, ayayeros y aventuras, Pantaleón Pantoja acariciaba a la vez la ambición y la malicia y la inocencia creativas de la Amazonía para abrirse trecho en el trajín del lenocinio. Recorrí luego las mejores memorias políticas de América Latina con *El pez en el agua*. Allí el escritor magistral y el político sensato pero fallido escudriña la vida y la historia y alterna entre su formación y la campaña presidencial, y deja sin reparos ni tapujos unos pensamientos vivos e innegables de las turbulentas aguas de la búsqueda idealista del poder.

Al terminar ese libro, debido a mi obsesión innata por la política comprendí que la derrota electoral de Vargas Llosa fue una especie

de acción del destino para evitar que su pluma se diluyera en el mundo político y que más bien reafirmara su destino indiscutible de asumir la defensa de la libertad y la democracia desde las letras, para afianzar la condición de ser ahora el pensador político más importante de una Latinoamérica que sin contemplaciones suele devorarse a sus héroes.

Mi deseo de leer al maestro siguió creciendo, y pude deleitarme con *La Casa Verde*, *Conversación en La catedral, La tía Julia y el escribidor*, *¿Quién mató a Palomino Molero?*, *Lituma en los Andes* y, por supuesto, *El hablador*. Cada libro me motivaba a uno más del peruano y de alguna manera esperaba ansioso el siguiente título, algo que hasta ese momento solo me ocurría con las películas de mis directores favoritos. Fue de esa manera como pasaron mis años en la facultad de Derecho hasta que en 1997 llegó *Los cuadernos de don Rigoberto*, que consumí en un fin de semana en la biblioteca de mi casa junto a mi padre, con quien compartíamos al héroe peruano, y fuimos tertuliando mientras cada capítulo llegaba a su final.

Mi padre, un lector de unos dos mil libros hasta el final de su vida, consideró siempre al narrador de las peripecias sexuales de don Rigoberto como uno de los mejores escritores del siglo xx. Al concluir aquella novela, había entre nosotros alegría y de nuevo ansiedad por saber cuándo llegaría la próxima.

En el año 2000, mientras empezaba mi carrera en las finanzas públicas, me sorprendió una hepatitis atroz que amenazaba con desprenderme el hígado, debido a su detección tardía. Sin reparos, el médico me envió por ocho semanas de quietud absoluta en una cama. Para mí, que suelo ser hiperactivo, no solo se trataba de un tratamiento sino también, de cierta manera, de un castigo, que solo

pude superar con *La fiesta del Chivo*, una obra magistral que retrató la dictadura sanguinaria de Rafael Leónidas Trujillo con la colaboración de su jefe de inteligencia, Johnny Abbes García, los abusos de su hijo Ramfis, la experiencia del personaje Cerebrito Cabral, junto a su bella hija Urania Cabral, creada por Vargas Llosa, y la indignación frente al asesinato de las hermanas Mirabal que desató la ira justiciera de un pueblo dispuesto a darle sepultura a un tirano. Me cautivó tanto que deliberadamente disminuí la velocidad de la lectura a su mínima expresión para evitar terminarla antes de mi recuperación de dos meses.

Con esas experiencias de lectura en compañía de la obra de Mario Vargas Llosa fueron llegando Flora Tristán y Gauguin en *El Paraíso en la otra esquina* y *Travesuras de la niña mala*, de la cual tengo recuerdos de humor negro con sentido erótico en las narraciones sobre el célebre señor Fukuda; y muchas más novelas, ensayos y conferencias que busco siempre con afán en cada librería con la que me topo.

Durante varios de mis viajes frecuentes a Perú a lo largo de mi carrera en la banca multilateral, pesqué *Historia de un deicidio* cuando era imposible conseguirlo. Es, de lejos, lo mejor que se ha escrito sobre *Cien años de soledad*. Y fue también en Lima donde conseguí el maravilloso *Diccionario del amante de América Latina*, el cual desmenuza de la *A* a la *Z* nuestra cultura, incluyendo la historia de cómo el maestro Vargas Llosa admiraba a Borges en silencio cuando abrazaba con sesgos ideológicos las banderas de la izquierda que con argumentos y realidades derrotó en su propia concepción de la política.

La naturaleza de mi admiración intelectual por la obra del Maestro la incrementó su valentía política de asumir, en una región algo vergonzante, la defensa de las libertades económicas, el Estado de derecho y la democracia, granjeándose enemigos que pretenden encasillarlo en el simplismo de ser un intelectual de derechas. En ese terreno fangoso de los debates llenos de soberbia ideológica irrumpió otro Vargas Llosa que sin amainarse, y mostrando la contundencia de su pensamiento, logró poner en evidencia magistralmente la superioridad moral del liberalismo sobre la equivocación delirante del socialismo del siglo XXI.

Muchos asumieron que esa verticalidad le costaría el Premio Nobel, dado que este galardón tuvo siempre, a los ojos de los expertos, un sesgo izquierdista. Pero Vargas Llosa no se detuvo en sus posturas y se liberó de la presión del Nobel que sus críticos le reclamaban siempre. En sus columnas quincenales del diario *El País* de España florecía la defensa liberal, al igual que la promovía en púlpitos filantrópicos. Ante la realidad incontrovertible de la excelencia de una obra prolífica, y tal vez de una superioridad alcanzada sin ánimo de competencia con ninguno de sus émulos del boom latinoamericano, el 7 de octubre de 2010 le llegó la merecida coronación del Nobel de Literatura, que para lectores como yo fue una alegría que celebré con mi esposa María Juliana sin aún conocer personalmente a este ser humano que le había obsequiado a la humanidad otro universo literario latinoamericano.

En muchas ocasiones pensé si alguna vez tendría el honor de conocer al Maestro. Con María Juliana lo habíamos visto en una charla en Perú años antes de ganar el Nobel. Recuerdo también una presentación suya en la Feria del Libro de Bogotá. Pero mi deseo era

poder dialogar en profundidad con él y expresarle lo que su obra significaba para mí y mi familia. Luego de mi regreso a Colombia para aspirar al Senado en 2014, estando en la biblioteca de mi padre —quien a la vez ha sido mi mejor amigo—, dialogamos al ritmo de tabaco y copa de vino tinto lo que significaría para ambos poder conocer a nuestro escritor favorito. Mi padre murió en 2016 sin cumplir ese sueño que de alguna manera ha estado en mí en el terreno de los anhelos guardados en el inconsciente.

Dos años después, en medio de mi campaña presidencial, tal vez en el mes de abril, el Maestro visitó Bogotá. Yo llevaba casi terminada la lectura de su testamento intelectual en defensa del liberalismo a través de sus exponentes fundamentales titulado *La llamada de la tribu*, cuando recibí por teléfono una invitación al hotel Casa Medina a un almuerzo con Vargas Llosa, en compañía de algunos amigos colombianos. Sin dudarlo acepté la invitación y, luego del saludo, se estableció una conversación amena sobre política, liberalismo, literatura y el futuro de Colombia y de Latinoamérica.

Sin que fuera el propósito, terminamos dialogando sobre muchos temas e iniciando una amistad que para mis adentros solo me recordaba a las tertulias con mi padre, lecturas de décadas enteras y la admiración de lo que encarnan sus personajes. Ese mismo día me firmó y dedicó el libro subrayado y anotado donde se exalta a otros héroes míos como Karl Popper e Isaiah Berlin, y sin yo esperarlo me expresó su respaldo para la presidencia de la República.

Aquel respaldo me llenó de brío para afrontar los dos meses finales de elecciones, pues Mario Vargas Llosa tiene la escasa virtud política de apoyar solo a mandatarios demócratas, comprometidos

con la libertad y los derechos humanos. Se diferencia de otros intelectuales y escritores de su dimensión que reconocen únicamente a presidentes y jefes de Estado según la ideología que profesan y que en nombre de esta son capaces de cometer delitos de lesa humanidad.

Tras ese almuerzo colmado de literatura y de política, continué las semanas intensas de campaña hasta alcanzar una victoria apabullante, con más de dos millones de votos de diferencia frente al exponente colombiano del socialismo del siglo XXI. A los pocos días del triunfo me llegó la llamada de felicitación de Mario Vargas Llosa, con su vaticino clarividente: «Van a hacer todo lo posible para sabotear tu agenda, así que, sencillamente, siempre adelante».

En medio de los preparativos de lo que sería la estructuración del Gabinete y de los primeros anuncios de la agenda de gobierno, viajé a España, donde en el Fórum Europa tuve el honor de ser presentado por el maestro Vargas Llosa. La solemnidad y el protocolo para mí como presidente electo de Colombia no pudieron ocultarme lo que significaba que ese gigante al que había leído tanto y admirado tanto estuviera exponiendo mi vida y mi pensamiento político con gran volumen de detalle y, lo que fue aún más emotivo, sentir genuinamente que conversábamos como si hubiéramos sido amigos de toda una vida.

Ya en el Gobierno tuve en Mario Vargas Llosa a ese amigo y consejero desinteresado al que consulté en múltiples ocasiones y a quien tuve el honor de entregarle la más alta condecoración de Colombia, la Orden de Boyacá, por su aporte a las letras, el pensamiento político y su amor manifestado en obras a nuestro país, dado que en el Maestro habita también un *colombianólogo* bien

encarnado. Las selvas y los barrios de sus novelas son también los de Colombia. Lo mismo el humor de los personajes que las pueblan. Las mujeres bien podrían ser las de nuestro país. Los nudos políticos y sociales abarcan el acontecer colombiano. Son los mismos triunfos y las mismas derrotas.

En la noche del homenaje en el Museo del Oro, en Bogotá, tuve por fin la anhelada posibilidad de dirigirme a él y a los asistentes, sin papeles en la mano pero con la determinación de contar de un solo envión los detalles del impacto que sus obras han tenido en mí a lo largo de la vida. Mi esposa, con algo de soterrada complicidad, se reía cuando yo hacía mención a personajes de los cuales nosotros mismos nos habíamos reído a carcajadas y también frente a aquellos cuyas tribulaciones nos habían dejado tantas lecciones.

Entonces fue fascinante escucharlo conmovido, sensible ante Colombia y comprobando que la verdadera genialidad es la de hacer que se vean fáciles las cosas difíciles. Su uso impecable del idioma, en el que cada palabra responde a una precisión intelectual, cautivó a todos los asistentes, y en su nombre se hizo un brindis cuyos aplausos no paran cuando pienso en esa noche.

Nuestra amistad ha transitado por múltiples anécdotas. Incluyó sus comentarios de respaldo publicados en mi libro *El humanismo importa*; el haber contado con su respaldo incondicional cuando decretamos el Estatuto de Protección Temporal para los venezolanos. Pocos días después, él publicó en el diario *El País* de España una columna titulada «El ejemplo colombiano», haciendo una de las defensas más diáfanas de una política migratoria basada en la fraternidad.

En los momentos difíciles, el Maestro también estuvo presente, como ocurrió durante la pandemia o durante los infames movimientos llamados «estallidos sociales». Sus consejos y recomendaciones los recuerdo hoy y los recordaré siempre porque sobresalía en él una visión democrática y firme y a la vez antagónica de las calenturas autoritarias que extremistas de derecha y de izquierda utilizan por igual para un baño de opresión.

Han sido múltiples los encuentros con Mario Vargas Llosa, y quizá los que más he disfrutado han ocurrido después de la presidencia, dado que el espacio de diálogo guiado por la amistad permite que los tiempos sean más largos y las conversaciones felizmente desordenadas para pasar de tema en tema escuchando sus profundas opiniones. Nos une la defensa de la libertad y la democracia, y bajo ese paraguas de ideología liberal clásica, de amor por las libertades económicas y en constante batalla en favor de la seguridad como bien público, hemos coincidido en Madrid, Buenos Aires, Miami y Santiago de Chile, en encuentros de su fundación, conocida como la FIL, guiada magistralmente por Gerardo Bongiovanni y por Álvaro Vargas Llosa, el brillante hijo del Maestro.

Tuve el inmenso honor, dentro de esa amistad, de que el Maestro prologara el libro *Duque, su presidencia*, en el cual se narran las acciones y los logros de mi administración, de la mano de un talentoso equipo de ciudadanos motivados por el servicio público. El prólogo me llena de orgullo y aumenta mi compromiso con la democracia latinoamericana como expresidente de Colombia, y cada vez que lo leo me recuerda lo mágico que es el destino y cómo el tiempo nos da presentes inesperados. El Maestro, el autor, el pensador político, el intelectual liberal, que por décadas vi en la

lejanía, con profundidad se refería a un modelo y a una gestión de gobierno en la cual lo di todo con transparencia y para todos los colombianos.

Hace pocos meses, con mi hija Luciana en el célebre hotel Biltmore, de la ciudad de Miami, nos encontramos con Mario —me permito decirle así— antes del inicio de un foro organizado por el Centro Adam Smith de la Universidad Internacional de Florida. Su calidez y cercanía con mi hija fue emocionante, pero aún más que ella haya podido conocer a uno de mis héroes, a mi escritor favorito y a un amigo que atesoro por su generosidad doctrinaria sin límites, y que me dijera que la sencillez y el humor del Maestro son impresionantes me hizo feliz.

Pensé, en el ínterin previo al inicio del foro, en lo paradójico de la vida: a la edad de Luciana llegó a mis manos la primera novela —*La ciudad y los perros*— de este peruano universal, y ella disfrutaba ahora de una conversación que yo tardé unos cuarenta años en experimentar.

Este ensayo y este libro son producto de una conversación de ese mismo día en el hotel Biltmore a finales del año 2023. Somos muchos los jefes de Estado que hemos podido disfrutar y conocer al Maestro y tener en él un faro ideológico e intelectual. Y lo mejor que podemos hacer es escribirlo, contarlo y elevarlo para que una visión de ese escritor arequipeño, peruano, latinoamericano, hispanoamericano y global que ha sido, es y será el gran Liberal de esta región soñadora y sufrida sea conocida como complemento a su obra en todo el mundo.

Mario Vargas Llosa dijo alguna vez con humor que «escribir es una servidumbre que hace de sus víctimas un esclavo». Su *esclavitud* a

la democracia, a la libertad y a la cultura es un motivo de ilusión para un mundo que, aunque es cada vez más complejo, tiene en el maestro peruano la fuerza inclaudicable de la defensa del bien.

La voz literaria y liberal comprometida

Por Jorge «Tuto» Quiroga, expresidente del Estado Plurinacional de Bolivia

Estocolmo, diciembre del año 2010, Mario Vargas Llosa, el ser humano que mejor ha dibujado nuestro idioma sobre el papel, arrancaba su intervención al recibir el Nobel de Literatura diciendo: «Aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano, en el Colegio de la Salle, en Cochabamba (Bolivia). Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida. Casi setenta años después recuerdo con nitidez cómo esa magia, traducir las palabras de los libros en imágenes, enriqueció mi vida, rompiendo las barreras del tiempo y del espacio».

El mundo entero reconocía ese día su inigualable talento literario, nuestra América Latina sentía un orgullo colectivo, los peruanos celebraban su campeonato mundial de literatura y los bolivianos, sobre todo los cochabambinos, vibramos de emoción sintiendo que un retazo de ese Nobel también era nuestro.

Por fin tenía recibo y constancia sueca de que mi orgullo infantil, juvenil, adulto y eterno no era una exageración entusiasta de un boliviano que presumía y sobredimensionaba algo pasajero y anecdótico. No señor, era cierto, el hombre que mejor hilvanó nuestro abecedario con eñe, enhebrando después palabras, párrafos, capítulos y obras majestuosas, aprendió eso en mi tierra, en el colegio La Salle, donde mi padre también cursó su carrera colegial, empezando tres años antes de que llegara allí el peruano de dientes grandes al que le decían Llosita, porque toda su familia eran los Llosa de su madre, esos de su increíble prima Patricia, los peruanos que hicieron de mi valle cochabambino su segunda patria.

Ese reconocimiento desató a borbotones memorias de literatura y fantasía adolescentes, que confluían con el aprecio maduro a un luchador comprometido, como ninguno, con la libertad y la democracia, generando sueños de futuro que siguen vigentes y en curso. Es que eso es Vargas Llosa: la voz literaria y liberal más grande y comprometida que hemos tenido, que nos interpela y motiva a seguir soñando todos los días, despiertos, con objetivos y cronograma, para construir una región que cristalice los sueños de nuestro pensador más iluminado.

¿Es Mario el mejor escritor en castellano de la historia? Para muchos, me incluyo, sin duda, aunque es un tema opinable y discutible. ¿Es el principal luchador por la libertad en nuestra región en este siglo XXI? Seguramente no, porque el mismo Mario reconocería que Oswaldo Payá en Cuba, María Corina Machado en Venezuela o Monseñor Álvarez en Nicaragua se llevarían esa distinción. ¿Es Mario el líder que con mayor claridad ha trazado la ruta de una América Latina libre, abierta, democrática e integrada? Quizá Cardoso en Brasil, Piñera en Chile u otros tuvieron oportunidades de hacer aportes más directos y concretos. Pero es incuestionable que nunca hubo, ni habrá jamás, alguien como él: uno de los exponentes literarios más grandes, en cualquier idioma, del planeta; uno de los más intransigentes defensores de la libertad plena y un incansable promotor de políticas públicas de progreso para nuestra atribulada región. Su obra, sus ideas, sus convicciones y su compromiso serán un ejemplo eterno que pervivirá por los siglos de los siglos.

Literatura

En mi infancia en Cochabamba y en mi adolescencia en Santa Cruz quería jugar al fútbol como el Beto Alonso, el fantástico diez de River Plate, que iluminaba las portadas de *El Gráfico*; quería cantar como Sandro, la voz de América; jugar ajedrez como Fischer, el único que derrotaba a los tremendos soviéticos; y escribir como Vargas Llosa, el peruano que creció caminando por la plaza Colón, comprando revistas en la Agencia Moderna o en las mismas esquinas y lugares que años después solíamos frecuentar.

Antes de YouTube, las redes sociales o de la misma televisión, los sueños y las fantasías se imaginaban y alentaban desde la radio, con la música del vinilo negro o a través de las páginas de los libros. En mi infancia la lectura empezó con Agatha Christie y esas aventuras llenas de elucubraciones deductivas; en los libros verdes de los tres detectives juveniles de Alfred Hitchcock, que para posterior decepción no venían del director, sino de un tal Arthur que usaba su nombre como seudónimo; después crecí y llegó Julio Verne con sus fantasías submarinas, lunáticas y voladoras; con la pubertad vino Salgari y después Dumas y su conde de Montecristo.

En esa transición, mi madre, Sonia, hija del connotado novelista boliviano Fernando Ramírez Velarde, me entregó la novela señera *Socavones de angustia*, del abuelo mitológico que falleció a los treinta y cinco años, después de defender a Bolivia en la guerra del Chaco, incursionar en el periodismo y cultivar su pasión literaria. Parafraseando a Gabo, no vivió para contarla, o para seguir escribiéndola, solo dejó esa obra de páginas amarillentas, gastadas e impactantes. La primera vez que la leí fue una experiencia difícil,

pues la fantasía aterrizaba en lugares que conocía en circunstancias que no comprendía entonces: la explotación de mineros por oligarcas crueles o un Estado omnímodo; la migración campesina enfrentando los socavones mineros mortales; Donata y Sebastiana sufriendo al ver que los hijos seguían la cruel ruta futura de los padres perdidos, lo que desataba la pregunta angustiante con la que ambas se terminan cuestionando «¿Cuándo llegará el alba?» para ellas y para sus hijos, sufriendo al comprender que en el profesor Lizarazu y en la educación estaba la respuesta perdida.

Leer esa novela cuando empezaban a salir vellos en las piernas y las axilas y todavía no en el rostro era traer la fantasía lejana a una realidad cercana, era abrir la mente a los libros como creación que te trasladaba de otros lugares a una realidad palpable. Así se abrió la compuerta para Borges, García Márquez y Fuentes, para Medinaceli y su Chaskañawi, pero antes de ellos estaba el peruano de Cochabamba cuyo nombre reverberaba ya por España y toda la región: el Llosita de la Salle y su ciudad perruna, su casa verde y su conversación en un bar de Lima llamado La Catedral. Mario fue el primero que nos llevó de viaje por un mundo suficientemente próximo y desgarradoramente cercano.

El tiempo pasaba; en el fútbol, nuevos astros difuminaban en el retrovisor de las memorias a los jugadores que se quedaban en el anaquel de los olvidos; Kaspárov rebasaba los niveles de Fischer en ajedrez; pero, en las letras, Mario seguía y salía de Perú, y me llevó a Canudos, en Brasil, de la forma más surrealista. Terminaba varios días sin dormir en Estados Unidos, donde como ingeniero de IBM trabajaba reemplazando un sistema informático de miles de usuarios. Cuando llegué a casa, empecé a leer *La guerra del fin del*

mundo, en inglés y con una magnífica traducción. El insomnio se extendió; después de casi una década reencontré a Vargas Llosa en otro idioma, en una situación personal completamente yuxtapuesta a la fantasmagórica lucha religiosa de Conselheiro, intercalando esa ávida lectura con el mundo digital y tecnológico que consumía las horas en que no leía. Me pareció su obra maestra y, años después, cuando la releí en castellano, esa opinión se tornó inmutable.

La fiesta del Chivo mostró, una vez más, que, cuando Mario desmenuzaba los intríngulis del poder, su teclado rebasaba límites sudamericanos para ilustrar el ejercicio oprobioso del mismo en el mágico Caribe. En función pública, escuché una vez al presidente Balaguer inaugurar una asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo, en Santo Domingo, pero mis recuerdos y apreciación de ese discurso cambiaron con el tiempo, porque el recuerdo y significado de lo que vi adquirió otra dimensión cuando, años después, Vargas Llosa nos contó quién era esa figura política e histórica. Eso lograba este genio literario: cambiar retroactivamente la apreciación de algo que en su momento nos parecía rutinario, para darle un aura de leyenda irrepetible.

Pero Vargas Llosa rebasó los confines de nuestra región luso-hispana cuando soñó junto al celta Roger Casement, con sus peripecias en África y Sudamérica, para terminar en su Irlanda en una gesta histórica y suicida. En múltiples viajes a Dublín, y uno a Belfast, se conocen, aprecian y palpan las tensiones históricas en el país ejemplo de apertura e inversiones y contra sus hermanos, con diferencias religiosas y políticas que persisten y crecieron por causa del Brexit. Cualquier latino que ha leído *El sueño del celta*, obra que tuvo alto impacto porque coincidió con el merecido Nobel, puede

dejar a los irlandeses con la impresión de que uno conoce en profundidad su historia dura y violenta, cuando solo repetimos lo que aprendimos en la historia novelada de nuestro peruano.

La voz literaria de Mario nos embelesa, nos lleva de viaje a lugares que no conocemos, o vemos después de otra forma, nos muestra personajes imborrables y noveliza hechos históricos de una forma que Netflix nunca podrá hacerlo. Como dijo en Estocolmo: «La lectura convertía el sueño en vida, y la vida en sueño». Mario, tu literatura convirtió nuestros sueños en vida y nuestra vida en un sueño del que nunca quisiéramos despertar.

Libertad

Con el paso de los años conocí de cerca la faceta activista y libertaria del gran escritor, y por gajes del oficio necesité prestar también atención a sus columnas claras, diáfanas y sin medias tintas, para absorberlas y diseminarlas, para sentir —aún en medio del apogeo del chavismo y su socialismo del siglo xxi autoritario, populista, comunistoide y criminal— que un líder principista, con argumentos y razones fundadas, puede estar ocasionalmente a destiempo, puede enfrentar oídos temporalmente sordos, pero nunca está solo si persiste, no se rinde ni cambia con el viento. Si Mario no lo hacía, otros no podíamos doblegarnos.

Con el paso de los años me enteré de que, cuando yo era un niño, en 1971, el peruano deslumbrante había roto con la manipulada y mitológica revolución castrista cubana. Para muchos de la intelectualidad progresista ese fue un pecado imperdonable; para

sus agentes y promotores literarios debe seguir siendo la peor decisión comercial en la historia de la literatura hispanoamericana. Mario perdió la simpatía de millones de potenciales lectores, y compradores, de sus obras literarias y se ganó el furibundo rechazo de colegas y críticos que preferían tomar el lado cómodo, coyuntural, aunque incorrecto, de la historia. Vargas Llosa nunca lo hizo; jamás, por nada, ni por nadie. A Mario, el talento literario y retórico le ha permitido una vida tranquila, pero su flujo descontado de caja mermó considerablemente por no esconderse en la posición «políticamente correcta», y dominante, de sus tiempos; ni siquiera acepta fingir una neutralidad comercialmente lucrativa que traicione sus profundas convicciones, porque él siempre escoge, siempre toma posición, siempre defiende la libertad, nunca guarda un silencio cómodo que termina siendo complicidad.

Esa faceta la vi en forma directa varias veces en un quinquenio ilustrativo, 2006-2011, cuando conocí de cerca que las convicciones democráticas y la pasión por la libertad de Mario eran tan grandes como el talento de su pluma sobre el papel.

Recuerdo una cena en Madrid, en 2006, con algunos intelectuales de nuestra región, convocada por Mario. Veníamos de escuchar varias ponencias, en ellas la del venezolano Manuel Rosales, en la Casa de América. Pare ser generosos, nadie quedó con la impresión de que este era el líder que podía ser una alternativa a Chávez en su país. El gran Carlos Alberto Montaner (q. e. p. d.), como es natural, argumentaba que Fidel era el cerebro a ser enfrentado y que Chávez era un mero ayudante pintoresco con petróleo. Como había visto de cerca el enorme talento comunicacional del extinto venezolano, que, aparejado a su frondosa chequera petrolera, lo convertía en el líder

comunista más peligroso de nuestra historia, sostenía que la amenaza regional más grande para la democracia era el *know how* represivo cubano, casado con el *how to pay* y *how to talk on TV* de Chávez. La tertulia quedó abierta y por continuar.

El motor de la libertad regional, Gerardo Bongiovanni, quien dirige la Fundación Libertad y es sobrino intelectual de Vargas Llosa, nos convocó a un seminario en Rosario para el aniversario de su fundación en abril de 2008. En Argentina, Cristina Kirchner había sucedido a su marido en la presidencia, el socialismo del siglo XXI estaba en auge, con la soja, el petróleo, el gas y las materias primas por los cielos, cortesía de China; Rafael Correa reinaba en Ecuador, el PT en Brasil, Evo Morales en Bolivia, José Miguel Insulza en la OEA; los adversarios estaban envalentonados. Una turba K atacó a nuestros buses con piedras. Los políticos acostumbrados a las escaramuzas sacábamos la cabeza por la ventana a gritos, los intelectuales se ponían a resguardo, Mario miraba la escena con pasmosa tranquilidad, como tomando notas visuales para su próximo ensayo. Las piedras no eran para nosotros, eran para él, porque él los irritaba, él los desquiciaba, él era el blanco. Mi admiración crecía. Nosotros habíamos escogido esa vida y sus avatares, pero ¿por qué el legendario literato se exponía a esa salvajada? Simple, porque sus convicciones eran más sólidas que las piedras que volaban hacia su cabeza; ninguna llegó al blanco, porque hubiesen rebotado. Su intelecto doblega piedras.

Los amigos de Cedice Libertad, fundación venezolana, ayudaron a convencer a muchos de que debíamos ir a Venezuela el próximo año, en mayo de 2009, a enfrentar al dueño del circo socialista. Allá fuimos; llegué y salí en tiempo récord del aeropuerto de Maiquetía,

me exoneraron del interrogatorio migratorio y revisión aduanera a los que había sido sometido las últimas tres visitas. Pensé que me expulsarían, porque me habían declarado *persona non grata* en el referéndum de 2007, cuando los jóvenes de la generación iPhone y RCTV habían derrotado a Chávez. A las pocas horas me enteré de la razón del trato extrañamente amable y expedito que recibí al ingresar al país, estaban preparando la emboscada al plato fuerte: el maltrato a Vargas Llosa, quien llegó poco después y fue retenido por casi dos horas, revisando su maleta calcetín por calcetín, leyendo sus documentos «subversivos», quizá porque estaban interesados en leer los manuscritos iniciales y borradores de *El sueño del celta*.

La batahola continuó, Chávez empezó a hacer programas televisivos interminables, las turbas fuera de nuestro evento nos llenaban de epítetos. Pero Mario no aflojaba, Chávez lo desafió a un debate, Álvaro aceptó inmediatamente en su nombre, Chávez quedó turulato, inventó excusas, siguió en cadenas y se corrió del duelo. Todo el liderazgo opositor venezolano estaba allí, fortalecido, respaldado, no por Krauze, Lavín, Castañeda o Quiroga, sino por el escritor más grande de nuestra historia que venía a mostrar *in situ* su respaldo a la libertad en la tierra del Libertador. Entre varios líderes venezolanos estaba la incondicional, la ingeniera elocuente y brillante, la heroína María Corina, la madre por Zoom porque prefiere que sus hijos crezcan lejos y seguros, mientras ella arriesga su vida y libertad para que esos hijos, y toda Venezuela, algún día tengan patria a la cual regresar y en la que puedan vivir.

Costaba comprender cómo una celebridad cultural iberoamericana, sin necesidad alguna y a un costo enorme, se metía en la arena de la lucha sin cuartel, tragando barro, recibiendo piedras, blandiendo

su sable retórico en defensa de lo que cree; cuando podía pasarse la vida entre reyes y gobernantes, entre tiranos y demócratas, entre progresistas y liberales, cómodo y orondo, vendiendo libros y sonriendo con hipocresía. Pero no, ahí estaba, aquí sigue y de aquí nadie lo mueve. Con Vargas Llosa, la libertad siempre tendrá quien la defienda.

Hace muchos años, en San Francisco, el Independent Institute le confirió un premio. Me invitaron a presentarlo, fue un honor, expliqué que Mario era a las letras en español lo que Michael Jordan era al baloncesto, los más grandes de la historia, pero con una gran diferencia: una vez le pidieron al baloncestista que respaldara a un candidato demócrata a gobernador en su natal Carolina del Norte, respondió que no porque los republicanos también compraban sus zapatillas. Vargas Llosa es todo lo contrario; su vocación es escribir, su pasión es defender sus ideas, aunque hacerlo le cueste vender menos libros. Defender la libertad plena es eso; así es él, no calla nunca por conveniente que sea; por el contrario, usa su libertad para escoger, para tomar posición, para comprometerse, para defender lo que piensa, siempre y en todo lugar.

En Perú siempre lo ha hecho. Por eso hoy está claro que perdió la campaña de 1990, pero sus ideas y propuestas prevalecieron. En su país, y en otros, Mario siempre entendió que «ser o no ser» no es la cuestión, «ser o hacer» es la decisión. Quién es por un tiempo es pasajero, pero qué se debe hacer en democracia, qué rumbo se toma como nación, es lo que vale e importa. Él no fue gobernante, pero él hizo, cambió su país e influyó en otros. Eso es lo que vale en democracia, el resto es cuento mal contado. Quizá su Perú tiene hoy, de alguna manera torcida, lo que hace veinticinco años le escuché

explicar en Davos que caracterizaba a Suiza: avanza y se desarrolla, cuando casi nadie conoce a sus gobernantes.

Sueño

Liberar Venezuela no es realismo mágico, es factible y posible, el esfuerzo está en curso. Edmundo González como candidato para liberar a su país del autoritarismo inmundo, la heroína María Corina levantando pasiones y generando una devoción cuasirreligiosa, con un pueblo movilizado que clama por libertad y por el retorno de sus millones de exiliados y migrantes. Quizá el admirado Vargas Llosa podría ilustrar el simbolismo de ese masivo retorno a través de una columna sobre el futuro regreso de la familia de Neomar Lander a Caracas.

¿Quién era Neomar Lander? Un adolescente venezolano de diecisiete años, mirada decidida, fibroso, ágil, valiente e impetuoso. En las masivas marchas callejeras de protesta de 2017 contra Maduro, él iba por delante, en la avanzada para proteger a los adultos que venían atrás; marchaba con un casco en la cabeza, una camiseta raída que rezaba YO SOY LIBERTADOR, máscara antigás colgando del cuello, un guante en la mano derecha para devolver las calientes bombas lacrimógenas y una flor en la izquierda para entregarla a los represores. Acuñó una frase que hoy sigue teniendo vigencia: «La lucha de pocos vale por el futuro de muchos».

El 7 de junio de ese año le dispararon a quemarropa una de esas bombas usada como bala, a 270 kilómetros por hora, que le partió el pecho y acabó con su vida. Leer sobre esto era duro, pero

escucharlo de su madre Zugeimar sentada frente a uno, junto a su marido Neomar padre, y con la siempre presente Machado, era dolorosamente imposible. Las lágrimas afloraban, el corazón sentía el impacto y se quebraba, como se partió el de ese joven que se fue al cielo. El 15 de julio de 2017, en Caracas, escuchamos este relato y otros igualmente desgarradores y dolorosos.

La dimensión icónica de la familia Lander, como símbolo opositor al régimen, los obligó a salir al exilio a España, con Paola, la hermana menor de Neomar que hoy debe tener veinte años. Neomar padre y Zugeimar, una pareja joven, recibieron la bendición de un nuevo hijo, que llegó al mundo en enero de 2019 en el Hospital Universitario 12 de Octubre de Madrid. Ese niño se llama Alan, las iniciales al revés del heroico hermano asesinado: Neomar Alejandro Lander Armas.

Cuando la familia Lander retorne a su patria libre, junto a millones de repatriados que retornarán a la tierra de gracia, Alan podrá depositar una flor en la tumba del hermano que le dio su nombre y al que nunca conocerá, ese héroe que simboliza a centenares de bravos jóvenes que prefirieron morir de pie luchando antes que vivir de rodillas sometidos ante la tiranía, esos valerosos demócratas que algún día serán eternizados en mármol y bronce. Algunos podemos describir, solo Mario podría escribir algo que retrate el reencuentro de dos hermanos como símbolo de una patria liberada después de un cuarto de siglo de oprobiosa oscuridad.

Y, después, un último sueño que tiene forma de pedido. Si Venezuela se libera este 2024, será más fácil y casi seguro que liberemos a la hija predilecta de Bolívar el 2025, para nuestro bicentenario en Bolivia. Si hace doscientos años un venezolano nos

legó independencia y libertad, su ejemplo contemporáneo ahora nos traerá la independencia final. Entonces podremos invitar y recibir a nuestro Nobel en Bolivia, en Cochabamba, en el Colegio La Salle, donde aprendió a escribir en castellano mejor que todos los que han vivido, viven o vivirán. Y entonces invertiremos lo que dijo cuando recibió el Nobel de Literatura: Mario, de lo más maravilloso que ha pasado en Cochabamba es que el escritor más grande de la historia, en nuestro español, hubiese aprendido a leer y escribir en el corazón de Bolivia.

Parafraseando a Mario en La Catedral: ¿cuándo terminará la joda autoritaria y dictatorial en América Latina? Cuando cada pulmón, en cada confín, desde Cuba hasta Nicaragua, desde Venezuela hasta Bolivia, desde México hasta Tierra del Fuego, respire libertad, esa que se inhala desde la tinta de todo lo que ha escrito el peruano universal.

Gracias, Mario Vargas Llosa, gracias por tu literatura, gracias por defender nuestra libertad y gracias por tu compromiso permanente y ejemplar.

Encomio del escribidor

Por José María Aznar, expresidente del Gobierno de España

Para mí, escribir sobre Mario Vargas Llosa es dar cuenta de una admiración y de un afecto. Porque en Mario admiro al autor tanto como quiero al amigo. Soy viejo y fiel lector de todo lo suyo. De su obra narrativa me deleita un estilo pulcro y claro al servicio de una inventiva inagotable. Leer cualquiera de sus novelas es tener el privilegio de asistir al milagro de la creación artística.

La imaginación es el gran crisol de la creación literaria, porque es la madre de la invención: imaginar —lo dice su etimología— es crear imágenes, seres nuevos, argumentos, episodios, peripecias y desenlaces originales; prenda indispensable del novelista, que lo distingue del historiador y del filósofo. Cervantes, que se sentía asistido de esta facultad, siendo plenamente consciente de su posesión, se envanecía de ella en varios pasajes de sus libros, y en especial en aquellos versos del *Viaje del Parnaso*:

> *Yo soy aquel que en la invención excede*
> *a muchos…*

Para Cervantes, la inventiva era la primera cualidad del literato. En toda la narrativa de Mario brilla una imaginación patente en los argumentos de sus cuentos y novelas, en los que prolifera una muchedumbre de criaturas y episodios originales y felicísimos. Este don, este poder creador, es el que forja al novelista; no basta que reproduzca fielmente la vida que lo rodea, si además no sabe poblarla con nuevas criaturas humanas, engendradas por su fantasía.

Y junto a un raro don de inventiva, el estilo. Mario es dueño de un español manejado con elegancia, transparencia y pulcritud. En él admiro al artífice tanto como al fabulador. Alguien que pensó mucho acerca del *oficio* literario, Kipling, escribió una vez: «Miles de palabras excelentes y arduas pueden dejarnos fríos o dormidos, mientras que tan solo medio centenar de palabras exhaladas hace diez generaciones por un hombre en su agonía, o en su exaltación, o en su desidia, aún pueden introducir o sacar de su cautividad a naciones enteras, pueden abrirnos las puertas de los tres mundos».

La magia de las palabras se alía en la prosa de Mario con una virtud: la cortesía. No solo porque la autenticidad huya siempre del fárrago y de la oscuridad afectada, sino porque, hasta cuando Mario Vargas se eclipsa del texto en la figura de narrador omnisciente, este atributo lo ejerce con humildad característica; pocos autores menos arrogantes que él, en lo humano y en lo literario. Por algo ha reclamado para sí la condición cervantina de *escribidor*.

Otra cualidad que aprecio extraordinariamente en su obra es la destreza para reflejar contextos históricos concretos. Y al hacer esta mención no puedo dejar de evocar obras maestras como *La fiesta del Chivo*, o una predilección mía: su magnífico libro de memorias, *El pez en el agua*.

He dicho que a Mario lo admiro como escritor y lo quiero como amigo. Fue de las primeras personas que invité a La Moncloa al asumir la presidencia del Gobierno. Y tengo la sensación de deberle momentos que recuerdo con especial cariño, en los que pude apreciar su amable intención de distraer, con su trato, el agobio de los apremios vinculados al vértigo de la política. Lo he recordado en alguna otra ocasión; vuelve ahora a mi memoria la víspera de las

elecciones de marzo de 1996, las de nuestra primera victoria. Ese día Mario insistió en que lo acompañara al Teatro Español para asistir a una representación de *La gata sobre el tejado de zinc*, de Tennessee Williams. Recuerdo el revuelo que originó mi llegada al teatro y la división de opiniones entre los concurrentes, manifestada de forma ostensible en pitos y aplausos. Fue imposible evitar que el pensamiento de la cita del día siguiente desplazara mi atención de lo que sucedía en el escenario a lo que iba a suceder poco después en las urnas. En todo caso, Mario lo había intentado: para eso están los amigos.

Pero, además de como autor y persona, yo quiero y admiro a Mario como militante de la libertad; como persona entregada a un compromiso cívico indeclinable; como peruano y español devoto de su país de nacimiento y del de su elección. Mario es premio Nobel, uno de los mayores novelistas vivos de la literatura en español, y —me atrevo a decir— de cualquier otra. Pero, además, es un líder de referencia. Alguien que decidió poner su pluma, su talento literario, al servicio de un ideal de libertad. Porque Mario ha sido también político y escritor de combate. Buscar la verdad y defenderla con la palabra es un recio e intenso batallar por una causa noble.

¡Qué difícil encontrar la verdad a través de la muchedumbre de dificultades que tratan de oscurecerla! Y, después de hallada, ¡cuánto valor frío y sereno para no callarla, ni disimularla, ni disminuirla! Tarea en la que han de colaborar inteligencia y ánimo. Porque, sin la firme resolución de servir siempre y solo a lo verdadero, de poco sirve la erudición caudalosa, la sagacidad refinada o la ostentosa elocuencia. Cuando Cicerón trató de fijar las leyes de la historia como género literario, las colocó resueltamente

bajo la rúbrica general del valor, diciendo en frase conocida, pero poco practicada, que el historiador ha de atreverse a no decir nada que sea falso y a no callar nada que sea verdadero.

De este temple es Vargas Llosa, que cuenta en su haber más de una batalla valerosamente reñida con el arma de la palabra por la libertad y la verdad. Hay un poeta del XIX español, muy olvidado, Adelardo López de Ayala, una de cuyas décimas siempre me ha hecho pensar en Mario:

¡Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el mal y el bien que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar a un tirano,
y que otro, torpe o liviano,
manchar puede un alma pura,
me estremezco de pavura
al alargarte la mano!

La responsabilidad del escritor. Sobre ese tema la obra de Mario es una cátedra. Felices los que, al cabo de una larga carrera en las letras, pueden, como él, volver la vista atrás sin encontrar motivo de remordimiento porque nunca traicionaron a sabiendas ni la verdad ni su conciencia.

Mario ha permanecido siempre atento a las vicisitudes políticas de su país. Cuando lo creyó oportuno e ineludible dio un paso adelante, postulándose como líder del Movimiento Libertad y, más tarde, como candidato a la presidencia de la República por el Frente Democrático, FREDEMO. Soy testigo de lo que aquella decisión tuvo

para él de dificultad personal. En 1990 Mario era ya un escritor absolutamente consagrado en el canon. Y en aquel momento quiso ir más allá del testimonio personal, y asumir en primera persona una responsabilidad netamente política, contraída con todas sus consecuencias. Nunca dudé que esa decisión respondía a un patriotismo auténtico, vivido desde la raíz de su talante liberal. Y ya se sabe que el liberalismo, en el ecosistema político hispánico, es planta frágil y delicada, a uno y otro lado del océano.

Esa etapa la transitó con la gallardía y sinceridad que caracterizan toda su vida y su obra; y para mentís de los partidarios del *viva quien vence* —moral villana según el inmortal hidalgo de la Mancha —, Mario es hoy una referencia entre los amigos de la libertad en su país natal, en España y en toda América. No abundan las figuras públicas de algún relieve dispuestas a poner sobre el tapete, arriesgándolos, nombre, prestigio, tiempo y tranquilidad, para servir unas ideas orientadas por la libertad y prosperidad de los demás. No abundan ejemplos semejantes, y son más necesarios que nunca.

Mario ha sabido siempre cuál era el precio de ser insobornable. Y ha estado dispuesto a satisfacerlo siendo diana de invectivas populistas, *chivo expiatorio* de ese mal que carcome buena parte de la América hispánica: el «socialismo del siglo XXI». Haber satisfecho semejante peaje debe ser para él un timbre de orgullo; la sinceridad y la independencia provocan siempre la estólida incomprensión de los ignorantes y la mala fe de los calumniadores. Es un lote que debe aceptarse, el fardo del *liberal practicante* por estos pagos.

Comparto con Mario su denodada lucha en favor del Estado de derecho y de las instituciones que amparan el imperio de la ley y el ejercicio de la libertad. Democracia y estabilidad institucional son

condiciones básicas para cualquiera que apetezca para sí y para sus conciudadanos libertad y prosperidad. Iberoamérica no merece nada distinto de lo que ha sido aspiración universal de los pueblos libres. Son hipócritas incalificables los que aplauden la consolidación de regímenes y prácticas que no consentirían en su propio suelo, pero los consideran apropiados, en cambio, para el «exotismo» latinoamericano. Los españoles sabemos algo de ese nefasto «excepcionalismo» con el que cierta arrogancia sedicentemente *progresista* juzga con altivez lo que desconoce.

A principios de 2004 realicé mi último viaje como presidente del Gobierno a Iberoamérica. Quise visitar Cartagena de Indias para inaugurar el convento de San Francisco, restaurado por aquellas fechas gracias a un trabajo meticuloso y exhaustivo de recuperación. Me acompañaba en aquella ocasión uno de los artistas españoles de mayor proyección, el escultor Javier Mascaró, y allí celebramos una reunión de la Fundación Internacional para la Libertad. Acudieron, entre otros, Álvaro Uribe, presidente de Colombia, gran amigo; Belisario Betancourt, Jorge Quiroga y Julio María Sanguinetti, Enrique Krauze, otro buen amigo mío y de Mario Vargas Llosa, y Carlos Alberto Montaner, entre otros.

Junto con vínculos de amistad, todos compartíamos, con Mario, una preocupación muy viva por la consolidación institucional en Iberoamérica, la posibilidad de arraigo allí de la libertad económica, y de una disposición comprometida con el mundo atlántico y occidental. Esa preocupación no ha hecho desde entonces sino aumentar, al ritmo en que la región iba siendo pasto de la retórica populista, la disfuncionalidad institucional y la corrupción.

El auge de populismos y nacionalismos al que venimos asistiendo desde hace algunos años obliga a redescubrir los cimientos de la libertad, para fortalecerlos y así poder preservarla. En Latinoamérica, el populismo surgió de la crisis del comunismo tras la desaparición de la Unión Soviética. Supuso un retorno al nacionalismo revolucionario. A escala global, ese nacionalismo revolucionario, junto con el islamismo, la democracia iliberal rusa y el totalitarismo modernizado de la China comunista forman parte de una ofensiva contra las democracias liberales que debe inquietarnos a todos. Pero esa preocupación no debe, sin embargo, conducirnos a la parálisis ni a la agitación estéril. Debe reforzar nuestro compromiso con la democracia y la libertad, sobre todo allí donde la amenaza contra ellas es más grave.

En alguna ocasión he recordado, al respecto, un texto que Mario conoce bien. Se escribió con ocasión del homenaje a Salvador de Madariaga que tuvo lugar en París en 1956, en el setenta aniversario de su nacimiento. Allí Albert Camus pronunció un discurso titulado «El partido de la libertad». Ese título hacía referencia, claro, a la genérica militancia liberal de Madariaga. Dijo Camus:

> Gracias a usted, y a pocos más, los francotiradores perpetuos como nosotros tenemos un partido. ¿Qué partido? El partido de las personas a las que los implacables y totalitarios insultan. [...] Usted ha rechazado plegarse a cualquier conformismo actual y ha sabido trazar los límites fuera de los cuales nuestros ideales pierden sentido. Le hemos oído repetir, insistentemente, que la libertad no es nada sin la autoridad y que la autoridad sin la libertad no es más que el sueño del tirano; que los privilegios económicos son inaceptables, pero que no se conoce sociedad sin jerarquía y que la nivelación es lo contrario de la verdadera justicia; que el poder solo se ve legitimado por la conformidad popular, pero que el sufragio popular directo puede ser un

> fermento de anarquía o de tiranía; que los nacionalismos han sido la plaga de este tiempo y que, sin embargo, la sociedad internacional no puede obviar las naciones, pues para trascenderlas es preciso que antes existan.

Y concluyó elogiando el papel de Madariaga en la construcción de una Europa libre en estos términos:

> No le desearé el descanso que otros estimarían más que merecido. Le necesitamos a usted. Necesitamos que nos ayude a continuar lo que hemos comenzado. Y sabiendo que respondo al afán de su joven corazón, le deseo la lucha perpetua y noble en favor de la verdad y la libertad que usted y nosotros anhelamos por encima de todo. La liberación que aguardamos la debemos a sus acciones y a su ejemplo, que permanecen para nuestro común honor.

¡Cómo le cuadran a Mario las palabras de Albert Camus dirigidas a Salvador de Madariaga! Sus acciones y su ejemplo también «permanecen para nuestro común honor». Esto lo he sentido de forma muy próxima en numerosas ocasiones. Cuando Perú se deslizaba por una pendiente peligrosa bajo la presidencia de Alberto Fujimori, Mario secundó el proyecto encabezado por Alejandro Toledo y me pidió varias reuniones que pude concertar con él. Desde el Gobierno promocionamos algunos importantes programas de ayuda a Perú que yo seguí personalmente con mucha atención.

Poco después de abandonar el Gobierno, en junio de 2004, intervine en otro acto de la Fundación Internacional para la Libertad, esta vez celebrado en Madrid, en la Casa de América. Lo hice porque Mario me lo había pedido. Fue entonces cuando pronunció el mejor elogio de mi persona del que tengo recuerdo, por su contenido y por el momento en que tenía lugar. «De José María Aznar —dijo— se

pueden decir muchas cosas, pero quizá la más importante, y la que finalmente quedará en los libros de historia, es lo mejor que se puede decir de un gobernante, y es que dejó su país mucho mejor de como lo encontró. Vale la pena recordarlo en estos tiempos, después de unas semanas en las que, con esa característica ingratitud que acompaña siempre a la vida política, José María Aznar ha sido víctima de una feroz campaña de invectivas, de diatribas y acusaciones, muchas de ellas incalificables». No he podido olvidar, porque son inolvidables para mí, esas palabras de Mario.

También ha sido referencia para muchos, entre los que me cuento, la posición de Mario hacia el nacionalismo, de profunda desconfianza. Muy oportunamente situó en su día como una de las principales razones del éxito cultural iberoamericano su capacidad para traspasar fronteras nacionales, adquiriendo dimensión continental, proyectándose hacia todo el espacio que habla en español o en portugués, sin limitar su ambición al reducido ámbito nacional de cada país. Ni puedo olvidar el compromiso activo de Mario Vargas Llosa en contra del terrorismo, y su denuncia de cualquier ambigüedad o paliativo retórico en este terreno, así como su inequívoca defensa de la Constitución y la unidad nacional española cuando ha sido desafiada por el secesionismo sedicioso.

Mario posee la nacionalidad española desde 1993. Desde esa fecha, añadí a mi condición, primero de admirador y luego de amigo, la de compatriota. El vínculo de la lengua ya nos unía y hacía gratamente conversable nuestra amistad. La afinidad política y su nacionalidad de adopción estrechó ese nudo.

Siendo Mario antes que nada *escribidor*, quiero, para dar fin a estos renglones, traer aquí aquellas mismas palabras que Cervantes

pone en boca de don Quijote en una de sus donosas pláticas con el bachiller Sansón Carrasco: «Lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que, para componer historias y libros, de cualquier clase que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento». De haber conocido a Mario, el buen caballero de seguro hubiera añadido a esas virtudes de la cabeza estas del corazón: cortesía, coraje y humildad.

El ciudadano universal

Por Felipe Calderón, expresidente de los Estados Unidos Mexicanos

Para mí resulta difícil hablar de la grandeza de Vargas Llosa, este escritor-novelista-político-intelectual-pensador-ser humano latinoamericano de nuestro tiempo. Sé que su obra, premiada con la máxima distinción a la que se puede aspirar en este campo, el Premio Nobel de Literatura, ha sido prolífica. Y, aunque pluma esencial del boom latinoamericano, su espíritu libre le ha evitado estancarse en una sola estética.

Es impresionante para mí cómo ha pasado por distintas formas de abordar la escritura, desde narrativas crudas, vivas, atadas especialmente a nuestra realidad latinoamericana, hasta la ficción histórica, pasando desde luego por una inspección profunda de las miserias o, mejor dicho, de la condición humana. En toda esa gama cromática que refleja un absoluto y enriquecedor dominio de géneros literarios, aparece siempre el ojo crítico de nuestra lacerante realidad social y política. Una realidad que no pocas veces supera la ficción. Su letra es un agudo filo que describe y corta las ataduras que atrapan a nuestra exuberante, acomplejada América Latina. El don del artista maneja con maestría nuestra lengua, ennobleciendo el español, enriqueciéndolo, por ejemplo, con peruanismos y regionalismos, con hablas populares y extranjerismos arraigados ya entre nosotros. Del español del habla cotidiana al español filosófico. En cada una de sus obras deslumbra la riqueza de nuestro idioma.

Sin embargo, el Mario Vargas Llosa que más conozco, más que el gran escritor, es el ciudadano universal comprometido con la libertad, con la democracia. El pensador inconforme con los

autócratas, que abandona la comodidad de la torre de marfil intelectual y compromete su palabra y su obra con estos ideales elementales de libertad y democracia, hoy bajo acoso, hoy ultrajados, atropellados, encarcelados, asesinados en nuestro continente, en Cuba, en Nicaragua y, ahora especialmente, en Venezuela. Por desgracia, derrumbando ya esta pesadilla las puertas de México.

Mario ha sido un protagonista de la transición democrática en América Latina. Hay que recordar que, hacia el final del siglo pasado, unos más y otros menos, salvo Cuba, todos los países latinoamericanos habían llegado a la democracia. Antes de que eso ocurriese, en ese tránsito, una de las voces y plumas claves, un verdadero liderazgo cultural, fue la de Vargas Llosa. Un ejemplo para mí claro: en un foro televisado al que Octavio Paz convocó, el «Encuentro Vuelta. Siglo xx, la experiencia de la libertad», y que tímidamente la televisión mexicana —con la bendición del Gobierno — había aceptado pensando que sería orientado «meramente» a la cultura (nada de política, supongo que suponían), el peruano universal le endilgó al PRI-Gobierno, al régimen sempiterno que imperó durante setenta años en México, la descripción que a la postre devino en su epitafio: «la dictadura perfecta».

Para mí, uno de los episodios relevantes de su vida fue su candidatura a la presidencia de Perú. A diferencia de muchas orugas doctas que pontifican desde el pedestal, Mario bajó a la arena y se jugó una partida democrática, con el riesgo que eso implica: perder, y a veces perderlo todo. Estando adelante en las encuestas, terminó derrotado en la segunda vuelta en ese cúmulo de pragmatismos, oportunismos y oscuras envidias que se concentran en la vida

política. No estoy en contra de ellas, al contrario, las celebro. Pero qué duda cabe que Vargas Llosa, una visión lúcida y libertaria, hubiera marcado una diferencia en favor de Perú. Lo notable aquí no es el resultado. Lo notable es la participación política del literato. Ese acto de bravura y generosidad ciudadana, tan escasas y que tanta falta le hacen a Latinoamérica: que los ciudadanos lo sean de veras y devengan en políticos, en actores y participantes, de carne y hueso, con voz, voto y riesgo de ganar y perder, que no se explica de otra forma la sublime tarea de la construcción del bien común, que es a fin de cuentas la política como instrumento de bien. Pocos lo entienden así, como algo distinto a la ambición y al «arte del poder». Vargas Llosa lo entendió como servicio, entrega; se entregó y perdió. Dolió, seguramente. Pero qué falta hacen, ya no digamos, los premios Nobel metidos en la tarea pública, sino los ciudadanos en la política, que, cuando no participan en ella, se convierten en pasajeros contemplativos, en meros habitantes, en ocupantes de un espacio que poco ayuda y frecuentemente mucho estorba.

¿Cómo leer a Vargas Llosa? una manera sería seguirlo en orden casi cronológico. Así lo pensaba ya antes de que lo confirmara cuando, en un restaurante de Madrid, se acercó a saludarme una madre con su hija, de unos diez añitos. Apenado porque la mujer había ignorado por completo al maestro, lo presenté explicando rápidamente la estatura de nuestro comensal. Lo que hizo la mujer fue instruir a su hija para que le preguntara al escribidor: «¿Qué recomienda para empezar a leer su obra?». suponía yo que la interrupción incomodaría al maestro. Sin embargo, su reacción fue para mí aleccionadora acerca de su calidad humana: lejos de incomodarse y responder lacónico y cortante, Vargas Llosa se inclinó

para hablarle a la niña en voz baja y le dijo: «*La ciudad y los perros*». Tomé nota. Así hay que leerlo.

El escritor militante

Por Luis Lacalle Herrera, expresidente de la República Oriental del Uruguay

No es a mí como lector, simple y llano disfrutador de las páginas magistrales de Mario, a quien corresponde intentar un juicio sobre su arte de escribir. Solo sé que soy uno de los miles que, cautivos de su uso experto de nuestra lengua castellana, nos hemos sumergido en sus obras, hemos sufrido, amado, vibrado, odiado, al compás de una prosa elegante pero no frívola, realista pero no vulgar, que ha llegado a las cumbres de la literatura contemporánea española. Decimos «española» con el propósito de incluir a los millones que en el mundo nos sentimos unidos por una misma lengua, formando una comunidad intelectual y aun espiritual sin par, derramada en todos los continentes por encima de naciones.

Ese Vargas Llosa tiene y tendrá críticos que valoren su obra y nos expliquen por qué ha llegado ese autor a los máximos lauros de ese oficio. Lo nuestro es otra cosa, es valorar al político, al militante de la libertad de quien tanto hemos aprendido.

No es Mario el candidato presidencial a quien nos referimos, momento anecdótico, si se quiere, de su biografía. Es al vocero privilegiado de las ideas liberales —que compartimos— y a las que ha prestado el concurso de su prestigio, la galanura de su prosa y la fuerza de su inteligencia. En la batalla cultural que es la gran disputa político-intelectual del presente. Por un lado, aparece la tan brillante como nociva versión del marxismo encarnada en Gramsci, quien aboga por el dominio cultural de la sociedad; por otro, la concepción liberal arraigada en la civilización judeo-greco-romano-cristiana constituye la columna vertebral de nuestro mundo.

Allí es donde brilla Mario Vargas Llosa, más allá del laureado escritor, por encima de todos sus legítimos galardones, convertido en bandera y clarín de la libertad.

A él nuestro homenaje agradecido.

La cultura de la libertad

Por Eduardo Frei, expresidente de la República de Chile

Mario Vargas Llosa ocupa un lugar privilegiado en la historia de la cultura occidental contemporánea no solo por ser uno de los mejores escritores de su generación y una de las figuras más destacadas de la literatura hispanoamericana, sino, además, por su inquebrantable compromiso con la libertad, el que asumió desde el momento mismo en que se decepcionó de la Revolución cubana, luego del arbitrario encarcelamiento del escritor Heberto Padilla porque uno de sus poemas fue calificado de «contrarrevolucionario».

Ese fue el punto de partida de una trayectoria que lo llevó a ser un inclaudicable y combativo defensor de valores y compromisos que estima inquebrantables, tales como la democracia, los derechos humanos, el Estado de derecho, el pluralismo, la libertad de prensa, la tolerancia, la propiedad privada, la economía de mercado y todo lo que se puede cobijar bajo un mismo concepto: la libertad individual, el más grande legado de la civilización occidental.

En sus libros, ensayos, columnas y diversas publicaciones, insiste en que la libertad es «una actitud ante la vida», un principio fundamental «para la prosperidad de cualquier comunidad», una corriente que «reivindica al individuo como ser soberano y responsable, a la libertad como valor supremo; que defiende la democracia y la separación de poderes como el sistema que mejor concilia los valores contradictorios de la sociedad». Pero es también una convicción que reacciona frente a sus enemigos, como las dictaduras, sean de derechas o izquierdas, los nacionalismos y los fanatismos religiosos, y nos alerta frente a las ensoñaciones

revolucionarias y las utopías fracasadas que no son más que nuevas expresiones del totalitarismo.

En el plano individual, la libertad es la facultad que tiene cada persona de actuar libremente de acuerdo con su voluntad y deseos, por encima de cualquier imposición o coerción, sin vulnerar los derechos de los demás. Se concreta en los derechos humanos inherentes a cada ser humano, como el derecho fundamental a la vida, sin la cual la persona deja de existir y tener voluntad propia; y en todos aquellos derechos que les permiten a las personas desarrollar su libertad a través de una vida digna y en sociedad.

Políticamente, la libertad individual es un valor considerado esencial por parte de los verdaderos demócratas y que abarca todas las dimensiones del ser humano. Así, por ejemplo, es el derecho que tenemos a desafiar e intentar cambiar, por vías pacíficas y legales, todo lo que existe; a abandonar todo lo que creemos y a reemplazarlo por otras ideas; a organizar nuestra vida de acuerdo con nuestras libres opciones y convicciones. Por eso, la libertad es el pilar más importante sobre el que se asienta la convivencia humana.

Conocí a Mario Vargas Llosa en abril de 1985. En ese tiempo era presidente de la Fundación Frei, la que apenas llevaba poco más de dos años de existencia y que nació, y se inspiró, con el propósito de proyectar a las entonces actuales y nuevas generaciones en el pensamiento humanista y democrático de mi padre, el expresidente Eduardo Frei Montalva, fallecido tres años antes.

En aquella oportunidad, no puedo dejar de mencionarlo, contó que la primera vez que había estado en Chile fue en 1966, precisamente cuando gobernaba mi padre. Recordó la gran impresión que le dejó el país en esos años: «Era un país donde

reinaba la democracia como en pocos lugares de América. Cualquier latinoamericano amante de la libertad al llegar a Chile sentía admiración y envidia, porque aquí se rivalizaba, discutía y disentía dentro de la más absoluta libertad. Existían instituciones auténticamente representativas, nacidas de elecciones libres. Había una libertad de prensa que sorprendía y a veces hasta desconcertaba por los extremos de crítica que uno podía leer en sus páginas. Había un movimiento sindical muy fuerte que defendía los derechos de los trabajadores con tremenda energía y, además de todo eso, el país vivía una atmósfera de inquietud cultural que era notable». Luego agregó que «es una impresión que ha quedado grabada en mi memoria, la impresión de un país altamente civilizado que había alcanzado, gracias a la práctica de la institucionalidad, a la práctica de la libertad, un nivel que muy pocos países latinoamericanos tenían en ese entonces». Esa era la realidad de Chile en esos años.

Sin embargo, cuando lo invitamos el contexto era muy distinto. Chile estaba bajo la dictadura del general Pinochet, las libertades básicas estaban suspendidas y vivíamos en medio de una fuerte represión a los opositores. En ese momento creímos necesario contar con su presencia. Era un escritor de renombre mundial, era reconocida su vocación democrática y queríamos, a través de su palabra, que nos estimulara a no desmayar en nuestro propósito de encontrar una salida democrática para Chile. Fue así como, gracias a la gran amistad que tenía con Jorge Edwards, llegó a Santiago y dictó la conferencia «La cultura de la libertad, la libertad de la cultura».

Fue un encuentro de humanistas y demócratas de diversas tendencias, las mismas que luego se unirían para formar la más exitosa coalición política de la historia de Chile. La exposición de Mario Vargas Llosa fue un llamado a servir a la tarea de la libertad, la vocación por la vida, la búsqueda de la verdad y el compromiso con el hombre. Un estímulo necesario, oportuno y en el lugar preciso, porque en tierra chilena, salvo en el periodo en que se interrumpió nuestra larga tradición democrática, siempre se respetó y alentó la cultura y se hizo historia la cultura de la libertad.

Una libertad que él mismo reconoce que es difícil definirla, pero que sí se puede sentir o identificar. Todos podemos comprobar cuando está presente y disfrutarla, conocer si esta es verdadera, una apariencia o una quimera, y también sabemos cuándo la hemos perdido. Pero, más que buscar un concepto, es mejor describir el papel que ha desempeñado en la historia, tanto cuando ha estado presente como ausente, y evaluar las consecuencias que ello ha traído.

Una forma de hacerlo, nos dijo Vargas Llosa esa tarde en Santiago, es ver lo que ha sucedido en el campo de la cultura, en las letras, en la música, en las artes, etc. En cada una de ellas, cuando la libertad resplandece, tarde o temprano surge una fuerza creadora asombrosa y un sorprendente aire de renacimiento. Por el contrario, en una sociedad en la que no florece la libertad, la actividad cultural queda reducida al mínimo o casi no existe.

Pero no todo es maravilla. La libertad, así como tiene sus claros, también tiene sus oscuros. La libertad, por ejemplo, es contradictoria, pues no hay ninguna otra dimensión de la vida humana cuyo ejercicio es enteramente bueno o enteramente malo,

sino que se mueve en un ámbito de gran subjetividad. Por ejemplo, en el campo económico, la misma libertad que ha sido motor de desarrollo en muchos países también ha sido fuente de grandes desigualdades, forjando sociedades en las cuales unos pocos viven con grandes comodidades y muchos lo hacen en medio de vergonzosas precariedades. Sin perjuicio de lo anterior, esta misma libertad le ha permitido al hombre expandir ilimitadamente sus capacidades, aumentar el conocimiento y contener y vencer enfermedades, desastres naturales y diversas calamidades, entre otras epopeyas. Sin embargo, también le ha permitido desarrollar armas cada vez más destructivas destinadas al aniquilamiento total de razas, tribus, pueblos y países. Y, además, desarrollar impropias doctrinas que hablan de la superioridad racial, de la conveniencia de la esclavitud, de someter al indígena, del castigo al hereje y de la sumisión de la mujer.

Todo esto no es más que una fehaciente demostración de que la libertad es una herramienta que puede llevar a consecuencias estremecedoras si los seres humanos hacen un ejercicio codicioso e irresponsable de ella. Si bien para quienes nos identificamos con la defensa de las ideas de la libertad, esta es el mayor regalo de la creación, también es justo reconocer que ella puede no ser eterna y que nuestros errores, faltas u omisiones nos pueden llevar a abusar de ella y así provocar su pérdida. Esta es una verdad que encontramos en cualquier libro de historia y los hechos demuestran —como lo vemos frecuentemente en América Latina y otras latitudes — que probablemente esto va a continuar sucediendo.

A veces hay quienes pretenden justificar las restricciones a la libertad porque el país necesita «mano dura» para recuperar el

orden o por el «desprestigio» de la democracia, sin reparar en los efectos que pueden causar dichas creencias. En un comienzo estos gobiernos autoritarios logran disfrazar la realidad y cohesionar a los ciudadanos, quienes ceden su libertad de elegir, cuestionar y dudar ante los supuestos beneficios que entregará el nuevo régimen. En definitiva, lo que hacen estos gobiernos es hacer de la libertad algo absolutamente prescindible. Luego de un tiempo de enajenamiento complaciente del pueblo, estas justificaciones se derrumban porque más temprano que tarde queda en evidencia que se paga un precio demasiado alto por esas decisiones, como el empobrecimiento de la calidad de vida, el miedo que se irradia por toda la sociedad y las arbitrariedades de las autoridades.

Como se puede ver, la libertad nos deja grandes enseñanzas que, me temo, aún no terminamos de comprender cabalmente. Lo que sí resulta alentador, en lo que a nosotros nos compete, es que a pesar de las considerables dificultades y adversidades que afectan a América Latina, como las dictaduras, el populismo, las malas políticas económicas, las desigualdades, la desprotección social, los trabajos precarios o la falta de ellos, la carencia de escuelas y hospitales de calidad, y la desesperanza que a veces pareciera abatir a nuestros ciudadanos, estos siempre optan por la libertad y cuando la pierden no dejan de luchar por recuperarla. Podremos no tener las comodidades ni las políticas de bienestar social que sí hay en otras latitudes, y los cantos de sirena de los gobiernos autoritarios o populistas podrán parecer muy seductores, pero nuestros pueblos, en la inmensa mayoría de los casos, se empeñan en optar por el ideal libertario y en elegir gobiernos democráticos, por mucho que estos después los desilusionen.

Salvo casos muy específicos que responden a coyunturas muy especiales, no hay ninguna dictadura que pueda presumir de haber tenido un amplio apoyo popular ni los niveles de progreso que sí hemos visto en democracia. La mejor demostración de ello es que dichos regímenes recurren a la represión, a la tortura, a las desapariciones y crímenes de lesa humanidad para mantenerse eternamente en el poder y así intimidar a la población que, pese al miedo, los rechaza y jamás votaría por ellos, tal como acaba de ocurrir en Venezuela, aunque el resultado haya sido desconocido por la dictadura de Maduro. No puede ser de otra forma; a pesar de nuestros desvaríos, avances y retrocesos, la libertad es inseparable de la democracia y de los sueños más sentidos de Latinoamérica.

Estas reflexiones son las que me llevan a asumir como propia la fervorosa defensa de la cultura de la libertad que ha distinguido a la trayectoria de Mario Vargas Llosa, al igual que la más enérgica condena a los nacionalismos trasnochados, al patriotismo ramplón, a los integrismos y las más diversas formas de autoritarismos que de tiempo en tiempo renacen en nuestro continente.

Estos valores son los que nos deben llevar a levantar la voz ante lo que estamos viendo en América Latina. Fui presidente en una década en la que probablemente como nunca se había asentado la democracia. Hablábamos de una nueva era para la libertad, que estábamos frente, como probablemente no había sucedido antes, a un futuro más esplendoroso para la región. Sin embargo, la ilusión no duró mucho y volvimos al derrotero de siempre. Hoy, nuevamente, la libertad, el máximo valor de nuestra convivencia, está bajo amenaza por el auge del populismo y el autoritarismo; el poder incontrolable del narcotráfico y el crimen organizado; la

corrupción; el deterioro de la seguridad jurídica para las inversiones, y la falta de respuestas a las carencias y necesidades de la ciudadanía, entre otras causas.

En primer lugar, Latinoamérica afronta una disminución de la fe en la democracia, marcada por un auge del populismo y de las tendencias autoritarias. Según *The Economist* (2023), el 60 por ciento de los países de la región ya no son considerados democráticos. En el contexto actual, solo Uruguay y Costa Rica mantienen el estatus de democracias plenas.

Por otra parte, el descontento público con la democracia se ha intensificado, con solo un 48 por ciento de apoyo, según Latinobarómetro (2023), reflejando una caída continua desde 2010. Este desencanto alimenta la tolerancia hacia liderazgos populistas y autoritarios. El escenario político ha dado paso a candidatos personalistas, antiélite y populistas, representando un riesgo por sus enfoques autoritarios. Se sirven del sistema democrático para llegar al poder y luego desmantelan sus instituciones. En este escenario, la preservación de la democracia en América Latina requiere una acción urgente para reforzar el consenso democrático y promover una cultura política democrática.

Por otro lado, América Latina enfrenta una singular paradoja: es una región pacífica a nivel de conflictos bélicos. El último, entre Perú y Ecuador, se produjo en 1995, hace casi treinta años. Sin embargo, está altamente afectada por la violencia y el narcotráfico. La región lidera las tasas de homicidios a nivel mundial, con la mitad de estos relacionados con el crimen organizado. Este fenómeno está fuertemente vinculado a los carteles de drogas, exacerbando la violencia en países como México, Ecuador y Costa Rica, y

extendiendo sus brazos a otras naciones. La combinación de corrupción, desigualdad económica y debilidad estatal contribuye a generar un clima de inseguridad e impunidad en toda la región.

Precisamente, la corrupción y la impunidad en América Latina, acrecentadas por redes transnacionales y la debilidad judicial, son otras de las grandes preocupaciones en la región. La ausencia de probidad en el ejercicio de los asuntos públicos se arraiga en países donde el poder se usa arbitrariamente, contribuyendo a la desigualdad y frenando el progreso económico. El Índice de Percepción de la Corrupción 2023 revela un estancamiento en América Latina, con pocos países superando el umbral de transparencia aceptable. Para combatir esta realidad, urge fortalecer los sistemas judiciales, respetando su independencia y no introduciendo reformas que lo debiliten.

De igual modo, la gobernabilidad en Latinoamérica está bajo presión y enfrenta dos grandes desafíos: una economía paralizada y un entorno político fragmentado. La región sufre un crecimiento económico mínimo y una inflación muy elevada, y, en lo político, el surgimiento de gobiernos sin mayoría en el Congreso, ineficaces y con una corrupción casi generalizada.

Otro factor de la crisis que atravesamos es la radicalización de las protestas sociales. Desde el año 2019 América Latina ha vivido violentas jornadas de manifestaciones en Chile, Brasil, Perú, Colombia, Ecuador y Panamá, entre otras naciones, producto de gobiernos impopulares, de la desconfianza en la clase política, de demandas insatisfechas y del malestar económico.

Sin embargo, muchas de estas protestas fueron seguidas de disturbios a gran escala, dejando como consecuencia cientos de

fallecidos y miles de heridos y detenidos, además de abundante e inexcusable destrucción de infraestructura pública y privada, provocados mediante incendios simultáneos, saqueos y ataques armados de diverso tipo.

Algún día se esclarecerán los hechos ocurridos en los países mencionados y podremos saber qué hubo detrás de esta inédita secuencia de manifestaciones en distintos territorios, realizadas en un breve lapso y utilizando casi los mismos medios para quebrantar el orden público. Más temprano que tarde conoceremos quién o quiénes financiaron a los grupos que lideraron estas revueltas, las que, en definitiva, lo que realmente buscaron fue socavar nuestras instituciones y democracias.

Junto con lo anterior, la inestabilidad internacional también está afectando a la región. El año 2024 está marcado por conflictos globales continuados, como las guerras en Ucrania y la Franja de Gaza, con sus ramificaciones en Irán y el Líbano, además de las tensiones en Taiwán, que repercuten en América Latina, principalmente a través de efectos económicos y políticos indirectos. A su vez, la región se ve especialmente influenciada por las dinámicas entre sus principales socios comerciales, Estados Unidos y China, que debiera incrementarse en los próximos meses. A nivel mundial, se observa una reducción de la capacidad para gestionar conflictos, con el surgimiento de nuevas alianzas, una ruda competencia por la influencia económica y política y el proteccionismo que inhibe el comercio internacional. Este panorama, centrado en intereses económicos, presagia un futuro de mayor incertidumbre, afectando tanto la seguridad global como el

comercio, y plantea desafíos geopolíticos significativos para América Latina y el mundo.

En otro orden de cosas, a pesar de las oportunidades de las que disponen los países latinoamericanos, las políticas restrictivas y el exceso de burocracia limitan el aprovechamiento del potencial de América Latina en la transición energética. Por ejemplo, la región, rica en minerales, es también clave para el suministro mundial de litio, con Bolivia, Argentina y Chile a la cabeza. Sin embargo, la gestión del recurso obstaculiza su desarrollo y la llegada de inversiones.

Por último, los desafíos del cambio climático. La región enfrenta amenazas a la seguridad alimentaria y una creciente escasez de agua, poniendo en riesgo su crucial sector agrícola debido a patrones climáticos impredecibles. Además, la vulnerabilidad a eventos extremos como huracanes y deslizamientos de tierra es alta, afectando especialmente a las comunidades más marginadas. Ante estos retos, es imprescindible una acción urgente y conjunta para implementar prácticas sostenibles y mejorar la infraestructura, buscando adaptarse de manera efectiva y proteger a las poblaciones en riesgo.

Todas estas amenazas están ejerciendo una fuerte presión en las democracias latinoamericanas. Su fortaleza para enfrentarlas será vital para que no sean arrastradas por el caudal que conduce al autoritarismo y las restricciones que dichos gobiernos imponen a la libertad. Nuestra historia, llena de avances y retrocesos, nos enseña que la democracia nunca puede darse por sentada, porque todos los días está siendo amenazada.

Como nos ha advertido múltiples veces Mario Vargas Llosa, por muy fuertes y vigorosas que puedan parecer las instituciones en las que se cimenta, la libertad siempre tendrá enemigos acechando para volver a someter conciencias y voluntades. Para aplastar y privar derechos cuya vigencia hoy creemos garantizados de por vida y que ahora son amenazados por dictaduras de derechas e izquierdas y por gobiernos populistas de diversas tendencias que ningún verdadero demócrata podría consentir.

En efecto, algunos países de la región son rehenes de gobiernos populistas o directamente de dictaduras de distinto signo, muchos de ellos con vínculos con el crimen organizado, inspirado en ideologías totalitarias y que se agrupan bajo iniciativas como el Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla. Debemos tener cuidado con ellos, porque todos sabemos que su fin último es extender su influencia a otras latitudes para desestabilizar las democracias liberales y el Estado de derecho.

¿Qué nos debe tranquilizar? Lo que ya hemos dicho anteriormente se puede tomar como un hecho, que la gente prefiere en forma natural la libertad antes que la opresión. Y es que el régimen democrático es la forma de vida política que da la mayor libertad al mayor número de personas y que protege y reconoce la máxima diversidad posible. Sin embargo, no por eso podemos aspirar a que los sistemas políticos democráticos se creen y se sostengan por sí mismos a través del tiempo. Todo lo contrario, los valores democráticos son duraderos, están ahí, pero su práctica es precaria.

Es posible que en ciertos momentos la idea democrática parezca florecer y expandirse, pero si miramos con acuciosidad el curso general de la historia humana nos daremos cuenta que la presencia

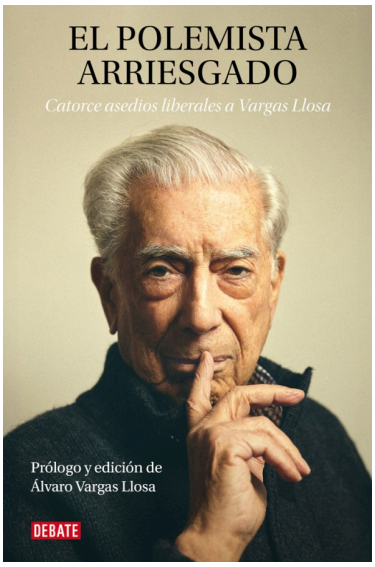
de la democracia ha sido más bien escasa y efímera. Este hecho no debe ser causa de pesimismo o desaliento, sino que hay que verlo más como un desafío. Aun cuando el deseo de la libertad puede ser innato, la práctica de la democracia tiene que ser aprendida. La posibilidad de que el eje de la historia les siga abriendo las puertas a la libertad y a las oportunidades dependerá de la dedicación y la prudencia colectiva de los mismos pueblos y no de la imaginaria benevolencia de sus líderes.

Una sociedad democrática sana no es tan solo el escenario donde los individuos persiguen sus propios objetivos personales. Las democracias prosperan cuando están en manos de ciudadanos deseosos de ejercer su bien ganada libertad, para participar en la vida de su sociedad sumando su voz al debate, eligiendo representantes que sean responsables de sus actos y aceptando la necesidad de tolerancia y compromiso en la vida pública. Los ciudadanos de una democracia gozan del derecho a la libertad individual, pero también comparten la obligación de unirse con otros, a fin de forjar un futuro en el que se sigan consagrando los valores esenciales de la libertad y el autogobierno.

Este es el rumbo que nos invita a perseverar Mario Vargas Llosa para contrarrestar las tendencias populistas y autoritarias que estamos observando en múltiples países de la región. Más de seiscientos sesenta millones de personas forman parte de América Latina, una comunidad de naciones, en su mayoría, libres y soberanas que pese a sus dificultades comparten una arraigada herencia cultural y cuentan con un gran potencial económico y geopolítico para abordar el futuro.

Ese es el fruto del legado que está construyendo este reconocido escritor, ensayista y articulista, quien además de desarrollar una carrera literaria de historias inspiradoras y conmovedoras nos ha hecho creer que la libertad y la democracia sí son un camino posible en Latinoamérica y que no tenemos por qué seguir siendo la región de la eterna promesa de bienestar y de sonados fracasos. Su compromiso cívico y su influencia en el pensamiento crítico contemporáneo dejarán, sin duda alguna, una huella profunda en el ideal democrático y libertario de millones de seguidores en todo el mundo, ya que nos ha señalado un camino para reflexionar sobre la condición humana, para cuestionar lo que nos rodea y promover nuestra siempre anhelada y necesaria libertad.

Catorce líderes políticos españoles y latinoamericanos celebran el talento (y el talante) de Mario Vargas Llosa en un homenaje que celebra su compromiso político e intelectual.



Mario Vargas Llosa pertenece a esa estirpe de escritores que se ha creído siempre en la necesidad de emplearse en el combate cívico -o político, por usar un término desprestigiado-. Tomar partido aquí y ahora, en la refriega intelectual terrenal, ha sido para él la mejor manera de apuntalar, o mantener vigentes, ciertos valores de la civilización que de otro modo hubieran perdido un importante valedor frente a la arremetida de los bárbaros.

Este polemista arriesgado, que pone en juego su prestigio en defensa de unas ideas y de una manera de pensar, es a quien rinden

homenaje los autores de estos textos, todos ellos dirigentes políticos en el pasado y en el presente. Es también la personificación de unas ideas liberales que no nacen del fanatismo, igual que estos políticos convertidos en escritores no defienden un solo pensamiento dogmático.

El liberalismo está presidido, o debería estarlo, por la constatación de sir Isaiah Berlin de que no siempre los grandes ideales son compatibles entre sí, al menos no en su expresión máxima, y de que por ello solo la humildad, el respeto del otro y la autocrítica pueden llevarnos a encontrar fórmulas que nos permitan alcanzar el mayor grado de libertad posible sin desbordar el marco de la convivencia. Sirvan pues estos textos de testimonio de las palabras de Berlin y de sentido homenaje a Mario Vargas Llosa.

Mario Vargas Llosa (Arequipa, Perú, 1936). Premio Nobel de Literatura, su carrera literaria se inició con el estreno de un drama en Piura y el libro de relatos *Los jefes*, pero alcanzó notoriedad con sus novelas *La ciudad y los perros* (1962; Premio Biblioteca Breve y Premio de la Crítica) y *La casa verde* (1966; Premio de la Crítica y Rómulo Gallegos). Es autor de piezas teatrales —*La señorita de Tacna, Kathie y el hipopótamo*, *La Chunga*, *El loco de los balcones*, *Ojos bonitos*, *cuadros feos*, *Las mil noches y una noche* y *Los cuentos de la peste*—, estudios y ensayos —*García Márquez: Historia de un deicidio*, *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*, *La orgía perpetua*, *La utopía arcaica*, *La verdad de las mentiras*, *La tentación de lo imposible*, *El viaje a la ficción*, *La civilización del espectáculo*, *La llamada de la tribu* y *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*—, memorias —*El pez en el agua*—, relatos —*Los cachorros*—, obra periodística —*El fuego de la imaginación*, *El país de las mil caras* y *El reverso de la utopía*—, *Conversación en Princeton*, con Rubén Gallo, *Medio siglo con Borges*, *Dos soledades*, *Un bárbaro en París: Textos sobre la cultura francesa, y, sobre todo, novelas: Conversación en La Catedral, Pantaleón y las visitadoras, La tía Julia y el escribidor, La guerra del fin del mundo, Historia de Mayta, ¿Quién mató a Palomino Molero?, El hablador, Elogio de la madrastra, Lituma en los Andes, Los cuadernos de don Rigoberto, La Fiesta del Chivo, El Paraíso en la otra esquina, Travesuras de la niña mala, El sueño del celta, El héroe discreto, Cinco Esquinas, Tiempos recios* y *Le dedico mi silencio*. Además de los mencionados ha recibido los premios Cervantes, Príncipe de Asturias, PEN/Nabokov y Grinzane Cavour. Es miembro de la Real Academia Española y de la Académie Française.



Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Álvaro Vargas Llosa, por el prólogo
© 2025, Mariano Rajoy, por «La libertad como valor supremo y universal»
© 2025, Mauricio Macri, por «El legado de Mario: el compromiso contra el populismo»
© 2025, Guillermo Lasso Mendoza, por «La inmensidad de un pensador liberal»
© 2025, Laura Chinchilla Miranda, por «Mario Vargas Llosa: pedagogo político»
© 2025, Andrés Pastrana, por «El gran faro liberal de América Latina»
© 2025, Miguel Ángel Rodríguez E., por «Enamorado y enamorador de la libertad»
© 2025, Jamil Mahuad, por «Vargas Llosa o las lejanas coincidencias»
© 2025, Vicente Fox, por «La lucha por la democracia»
© 2025, Iván Duque Márquez, por «Un maestro de la libertad»
© 2025, Jorge-Tuto Quiroga, por «La voz literaria y liberal comprometida»
© 2025, José María Aznar, por «Encomio del escribidor»
© 2025, Felipe Calderón, por «El ciudadano Universal»
© 2025, Luis Alberto Lacalle Herrera, por «El escritor militante»
© 2025, Eduardo Frei, por «La cultura de la libertad»
© 2025, María Corina Machado, por la introducción
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Gianfranco Tripodo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las

ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10433-57-1

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
X: @debatelibros
Instagram: @debatelibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Notas

[1] Quiero, en nombre de la Fundación Internacional para la Libertad y de mi padre, agradecer muy especialmente al expresidente de Colombia Iván Duque por haber tenido la iniciativa de proponer este volumen de homenaje a Mario Vargas Llosa. Su propuesta generosa, que recogimos inmediatamente, está en el origen del texto que el lector tiene entre sus manos.

[2] Luis Harss, Los nuestros, Madrid, Alfaguara, 2012, p. 381.

[3] Mario Vargas Llosa, *La orgía perpetua*. Flaubert y Madame Bovary, Madrid, Alfaguara, 2016, p. 178.

[4] *Ibid*., p. 3.

[5] Véase Elsa M. Rodríguez Leiva, comp., *Trataditos sobre el mundo de los libros y la lectura*, México, UNAM, 2014, p. 64.

[6] Vargas Llosa, *La orgía perpetua*, p. 203.

[7] *Ibid*., p. 155.

[8] *Ibid*., p. 79.

[9] *Ibid*., p. 13.

[10] *Ibid*., p. 63.

[11] *Ibid*., p. 79.

[12] Mario Vargas Llosa, *La llamada de la tribu*, Madrid, Alfaguara, 2018, p. 37.

[13] *Ibid*., p. 82.

[14] *Ibid*., p. 169.

[15] *Ibid*., p. 133.

[16] *Ibid*., p. 151.

[17] *Ibid*., p. 114.

[18] *Ibid*., p. 87.

[19] *Ibid*., p. 236.

[20] *Ibid*., p. 224.

[21] *Ibid*., p. 210.

[22] *Ibid*., p. 218.

[23] *Ibid*., p. 255.

[24] *Ibid*., p. 246.

[25] *Ibid*., p. 154.

[26] *Ibid*. p. 158.

[27] *Ibid*., p. 46.

[28] *Ibid*., p. 160.

[29] Jamil Mahuad et al., *Así dolarizamos al Ecuador. Memorias de un acierto histórico en América Latina*, Barcelona, Ariel, 2021, p. 18.

[30] Vargas Llosa, *La llamada de la tribu*, Madrid, Alfaguara, 2018, p. 158.

[31] Mario Vargas Llosa, «Discurso de incorporación a la Academia Francesa», 9 de febrero de 2023.

Índice

El polemista arriesgado.
Prólogo
Introducción
La libertad como valor supremo y universal
El legado de Mario: el compromiso contra el populismo
La inmensidad de un pensador liberal
Mario Vargas Llosa: pedagogo político
El gran faro liberal de América Latina
Enamorado y enamorador de la libertad
Vargas Llosa o las lejanas coincidencias
La lucha por la democracia
Un maestro de la libertad
La voz literaria y liberal comprometida
Encomio del escribidor
El ciudadano universal
El escritor militante
La cultura de la libertad
Sobre este libro
Sobre VVAA - Mario Vargas Llosa
Créditos
Notas